

Mônica Maier

*Para ti,
mi cielo*



Para ti, mi cielo

Mónica Maier

OceanofPDF.com

Edición en Formato digital:

Noviembre 2015

Título Original: Para ti, mi cielo

©Mónica Maier, 2015

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © J. G. Gordienko

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

Corrector: Gabriel Rechach

ISBN: 978-84-944561-0-7

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[EPÍLOGO](#)

*A mis chicos, por
mantener mis
reservas de amor
siempre llenas.*

OceanofPDF.com

1

Lucía se despegó en el asiento trasero y miró a través de la ventanilla. La vista le arrancó una sonrisa. Sus ojos recorrieron los muros encalados, tan blancos que refulgían bajo la luz del sol. La amplia terraza rodeaba la planta superior, desde la que se veía el mar; y los arcos de ladrillo, sostenidos por columnas, daban paso al hermoso jardín y la piscina.

Sí, definitivamente sentía que estaba de vacaciones.

Era sábado, a finales de junio. El día era luminoso y la sal y la humedad, por la cercanía del mar, se pegaban a su piel. Acababan de llegar a San Roque.

La casa se llamaba La Canela. Sus padres la compraron cuando su hermano Diego tenía seis años y ella tres. Siempre habían estado enamorados de aquel rincón desde que lo encontraron, casi por casualidad, en uno de sus viajes siendo aún novios. Estaba situada en una zona tranquila, al final de un paseo que bordeaba la playa del Salazar. Cuando la vieron por primera vez estuvieron seguros, al instante, de que era lo que estaban buscando. Desde entonces todas las vacaciones las habían pasado en aquella casa.

La cálida luz de la mañana entraba por la ventana. Lucía aún estaba deshaciendo las maletas, lo que le daba a su habitación el aire de un pequeño bazar, con montones de ropa y zapatos apilados por todas partes.

Un golpe en la puerta la hizo girarse y allí, sonriendo, estaba Sara.

—¡Bienvenida preciosa!

—¡Sara! Te he echado de menos.

Ambas amigas se fundieron en un gran abrazo.

Las dos chicas eran amigas desde hacía media vida, como decían ellas. Se habían conocido, por casualidad, un verano cuando tenían diez años. Lucía se había caído con la bicicleta y Sara y su padre la socorrieron. Tenía el brazo roto y estaba muy asustada, pero Sara le sostuvo la mano todo el camino mientras le contaba historias de valientes princesas para tranquilizarla. Desde ese día eran inseparables.

—Vaya, estás guapísima. Parece que hace una eternidad que no te veía. ¡Qué cambió chica! —dijo Sara mientras hacía girar a su amiga para verla completamente—. Este invierno te ha sentado de maravilla.

A sus diecinueve años, recién cumplidos, Lucía era alta y delgada; demasiado delgada, pensaba ella habitualmente. El pelo rizado color chocolate, al que el sol arrancaba reflejos de color dorado, enmarcaba un rostro dulce y hacía destacar unos bonitos ojos verdes, bordeados de unas espesas pestañas oscuras.

Hasta el verano anterior se la veía un poco desgarbada, insegura en su cuerpo, pero en los últimos meses esa actitud parecía haber desaparecido. Caminaba erguida, con los hombros echados hacia atrás y un ligero movimiento de caderas. El pelo le había crecido hasta la mitad de su espalda y le caía como una cascada, en suaves ondas chocolate y miel. Y en su expresión se revelaba una seguridad de la que antes carecía.

—Tú también estás preciosa —repuso Lucía con una sonrisa.

Sara era todo lo opuesto a Lucía, era menuda y tenía suaves curvas en las caderas y la cintura. Su pelo era totalmente liso, del color del oro viejo y tenía los ojos de un azul cristalino.

Hacían una curiosa pareja.

—Bueno, ¿qué planes tienes para hoy? —preguntó Sara dejándose caer distraídamente sobre la cama.

—Aparte de terminar de colocar todas mis cosas no tenía pensado nada especial, quizá ir un rato a la playa, no sé —contestó Lucía mientras se ponía una camiseta de tirantes blanca, que contrastaba con su pelo y su piel morena, encima de unos pantalones cortos de una suave tela azul marino.

—Yo he quedado con Mario en pasar por La Sal, ¿por qué no vienes? Seguro que se alegra de verte —sugirió con un deje de humor en su voz

—Seguro —repitió Lucía con ironía.

Podía imaginar su cara de alegría. Habían transcurrido casi dos años desde que Sara y él comenzaran a salir y la relación entre Lucía y el novio de su mejor amiga no había mejorado ni un ápice. Mantenían las apariencias; eso sí, para cualquiera que prestase un poco de atención sería evidente que su relación era más bien una no relación. Interactuaban lo justo.

Sara decía que, a veces, parecían dos niños que no quisieran compartir su juguete preferido, lo que no podía evitar que le hiciera cierta gracia.

La verdad es que es un sitio agradable, pensó Lucía mientras se acercaban hacia la plaza donde se ubicaba La Sal. Mario trabajaba allí como camarero. Normalmente alternaba el trabajo con sus clases, estudiaba Derecho en la universidad, aunque en vacaciones trabajaba a jornada completa.

La terraza estaba situada en el casco antiguo de San Roque y tenía cierto aire chillout, con sus butacas de aluminio blanco, con enormes cojines, y sus delicados toldos en color arena.

Desde que Sara y Mario estaban juntos se había convertido en el punto de encuentro y el lugar donde pasar las horas.

Se acomodaron en una de las amplias mesas esperando a que les tomaran nota. La plaza estaba tranquila a pesar de ser sábado, solo unas pocas personas transitaban por la calle. Una pareja que conversaba en la mesa de al lado y ellas eran los únicos clientes en ese momento. Lo más probable era que casi todo el mundo estuviese en la playa.

Mientras miraba distraídamente a su alrededor Lucía notó que su amiga esbozaba una enorme sonrisa por lo que supuso que Mario se acercaba a su mesa.

—Hola, amor.

—Hola, preciosa —Mario depositó un suave beso en los labios de Sara y se giró hacia ella con una sonrisa.

—Lucía, cuánto tiempo —rápidamente la besó en ambas mejillas—. ¿Qué tal todo? ¿Cómo te ha ido el invierno?

—Bien, tranquilo. Ya sabes, estudiar mucho, salir poco...

Ese año Lucía había comenzado Historia del Arte. La seducía la idea de intentar entender la visión del mundo de nuestros antepasados a través de las ideas o emociones que estos plasmaban en sus obras. Le apasionaban sobre todo los artistas clásicos italianos. Estaba feliz con su decisión, aunque tenía que aguantar constantemente las bromas de su hermano acerca de que con esa carrera se iba a morir de hambre. Diego, que era un chico de ciencias, estudiaba Ingeniería Industrial, no podía ser de otra manera.

—Bueno, pues te ha sentado bien. Estás guapa.

—Muchas gracias —respondió Lucía con cierto rubor.

Mario apuntó lo que le habían pedido y se encaminó hacia la barra.

—¿A que está guapísimo? —suspiró Sara girándose para mirarle mientras se alejaba.

—Ya sabes que no es mi tipo, pero a ti siempre te parece que está perfecto —replicó Lucía sonriendo abiertamente a su amiga.

Podía decir que, más que guapo, Mario era un chico atractivo. Debía medir sobre el metro setenta y cinco y era delgado. Su pelo era rubio, más oscuro en las raíces, y lo llevaba largo a la altura de la barbilla. Tenía los ojos color miel y unos rasgos delicados, demasiado para el gusto de Lucía; «demasiada cara de niño bueno», solía contestarle a Sara siempre que le preguntaba. Sin embargo, Sara se había quedado embobada con él desde el primer momento.

Mario volvió y depositó dos Coca colas light sobre la mesa.

—Esta noche hay una fiesta en la casa que tiene mi amigo Rober en la playa, ¿nos vemos allí cuando salga? —se sentó en un brazo del sillón en el que estaba Sara.

—Por mi estupendo. ¿Te animas, Luci?

—No sé —dudó—, tengo cena familiar esta noche y no sé a qué hora acabaré.

No estaba segura de querer pasar toda la noche sola con Sara y Mario haciéndose arrumacos.

Sara la miró e insistió.

—Vamos, Luci... Seguro que lo pasamos bien.

—Luego hablamos entonces, tengo que seguir trabajando —Mario se inclinó y besó fugazmente a Sara en los labios. Dio media vuelta y se marchó.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Vas a venir? —insistió Sara

Antes de que Lucía pudiese responder una voz de chico a su espalda la interrumpió.

—Hola, Sara, cuánto tiempo sin verte —la voz era profunda y tenía cierto aire burlón.

—Sí, una barbaridad, desde ayer sobre estas horas en el mismo sito —murmuró Sara con fastidio.

—¿No me invitas a sentarme? —el tono de burla seguía allí.

—Por supuesto que n... —comenzó Sara, no obstante el chico ya estaba dejándose caer en el sillón situado enfrente de Lucía.

—Hay que ver qué poca educación —chasqueó la lengua—. No me invitas a sentarme, ni me presentas a tu amiga. Me llamo Alex —Clavó en Lucía unos felinos ojos verdes.

—Yo soy Lucía —se presentó y, acto seguido, dirigió su mirada interrogante hacia Sara.

—Es mi vecino, provisionalmente. Este año Alex está pasando las vacaciones en la casa de al lado de la mía, es el nieto de Ana —explicó esta con resignación.

Lucía volvió la mirada hacia el chico y le observó con curiosidad. Estaba recostado en la butaca de manera descuidada, con sus largas piernas estiradas y jugueteaba distraídamente con un teléfono que sostenía en su mano. Vestía unos vaqueros azules desgastados, camiseta blanca y zapatillas deportivas Adidas, blancas y verdes. Todo en él tenía un aire casual. Su pelo oscuro, brillante y ondulado descansaba sobre su frente casi como si se acabase de levantar.

La mirada de Lucía se detuvo en su mano que ahora apoyaba relajada sobre la mesa. Tenía dedos largos y una suave piel morena. En conjunto era atractivo, pensó sin darle mucha importancia.

—Creo que no te había visto nunca por aquí.

—Si así hubiera sido me recordarías seguro, no soy fácil de olvidar —contestó él con media sonrisa y aire de suficiencia—. Sin embargo, yo a ti sí te recuerdo; claro que lo que veo ahora me gusta mucho más —su mirada la recorrió sin ningún disimulo—. Nada que ver con la niña larguirucha que jugaba en el patio de la casa de Sara.

La mirada incómoda de Lucía se clavó en Sara que se encogió de hombros.

—Alex, podrías dejar de ser tan... tú y ser más amable, por favor —pidió irritada.

Los ojos del chico destellaron y su sonrisa se ensanchó. Sin embargo, cuando volvió a hablar su tono era más suave.

—Lo cierto es que hacía una temporada que no venía a San Roque, aunque parte de mi infancia la pasé aquí. Cuando nos mudamos seguía viniendo todas los veranos y las fiestas a casa de mi abuela. Desde hace unos dos años no había vuelto —su tono era desapasionado, pero cierta tensión apretó su mandíbula.

La curiosidad asomaba a los ojos de Lucía y estaba a punto de preguntar cuando, por un instante, una sombra cruzó la mirada de Alex. Decidió que sería mejor dejarlo estar.

—Bueno, y ahora que ya os he entretenido un rato con mi apasionante vida es el momento de que me marche; mis obligaciones me reclaman —se puso de pie con la elegancia de un gato y, resueltamente, se dirigió hacia la barra desde donde dos chicos le observaban con cierta curiosidad.

De repente se detuvo, como si acabase de darse cuenta de que olvidaba algo importante. Retrocedió hasta la mesa y rozando apenas con sus labios la mejilla de Lucía, susurró con voz queda:

—Ha sido un placer conocerte, princesa.

Alex se acercó a los chicos que esperaban en la barra. Ambos vestían camiseta de manga corta y bermudas.

—¡Eh! ¡Vaya horas de llegar! —saludó.

—Pues no tenías cara de que te estuviera importando mucho esperar. ¿Quiénes eran esas? —el chico que preguntó era corpulento, algo más bajo que Alex, y le contemplaba con los ojos entornados desde detrás de sus gafas.

—Nadie importante, solo pasaba el rato —distráido, apoyó los codos inclinándose sobre la barra, con la mirada fija en algún punto de la pared de enfrente.

—A la rubita la conozco, es tu vecina, se llama Sara, ¿no? —apuntó el segundo chico, apartándose el rizado pelo castaño de la cara.

Alex no contestó y el silencio los envolvió durante un instante. Como si acabase de despertar de un ligero sueño sacudió la cabeza e inspiró.

—¿Qué? ¿Vamos a estar aquí todo el día? ¿No habíamos quedado en la playa para jugar un partido?

—Esa era la idea —media risa se adivinaba en el rostro del chico de las gafas—. Pero como hemos llegado y te hemos visto tan cómodo pensábamos que quizá los planes habían cambiado.

—Déjate ya de tanta risita y vamos a la playa, o ¿es que tienes miedo de que te vuelva a dar una paliza? —repuso Alex pasando un brazo con afecto alrededor del cuello de su amigo mientras se dirigían fuera de La Sal.

Lucía se despidió de Sara, no sin que antes, y tras mucho insistir, esta consiguiese que prometiera que la acompañaría a la fiesta de esa noche.

Caminaba sin prisa por el paseo hacia su casa. Hacía un día cálido, a pesar de estar ya en el mes de junio. El sol le calentaba la piel haciéndole sentir un ligero cosquilleo como si de una caricia se tratase. Aun siendo sábado, la zona de la playa que llegaba hasta su casa estaba bastante tranquila.

Contempló a varias familias con niños pequeños jugando bajo el sol y haciendo construcciones en la arena, probablemente el agua del mar estaría aún fría para bañarse.

Pasó tras el arco de entrada y, bordeando la casa, se dirigió hacia la puerta que daba a la terraza de la cocina. Divisó varias figuras y escuchó el eco de risas. Abrió la puerta y entró.

El sol se colaba a raudales por la ventana de la cocina, iluminando la amplia estancia y templando el ambiente. En el aire flotaba el olor del pan y algún tipo de pescado se estaba cocinando en el horno.

—¡Hola! ¿Qué hacéis? —Lucía se acercó y besó a su madre y a su hermano que charlaban animadamente sentados a la mesa, con dos vasos de una bebida fría en la mano.

—Tu hermano me estaba contando la aventura del fin de semana pasado en Asturias.

Observó a su madre. Se la veía relajada con la sonrisa aún en el rostro, el pelo moreno recogido en un nudo improvisado en lo alto de la cabeza.

Vestía un caftán blanco de algodón sobre su bañador, le hacía parecer más joven, pensó Lucía.

—¿Qué tal fue la mañana? ¿Te has divertido con Sara?

—Sí, ha estado bien. Fuimos a La Sal a tomar algo, tenía muchas ganas de verla.

—¿Y qué tal tu amigo Mario? —inquirió Diego con una mueca irónica.

—Sorprendentemente amable —contestó ella.

Mario y Diego tenían la misma edad. Solían ir con la misma pandilla hasta que Mario había empezado a salir con Sara. Ahora solo coincidían de vez en cuando. Nunca habían sido íntimos, pero tenían una buena relación a pesar de que Diego no aprobaba ciertos comportamientos.

—Bueno, eso es buena señal. Quizá haya madurado este invierno —dijo sin mucha convicción.

—Por cierto, y ya que hablamos de madurar —comenzó Lucía—, esta noche hay una fiesta en casa de un amigo de Mario, en la playa, y hemos quedado allí con él. ¿Podría llegar un poco más tarde, mamá?

Todo el invierno había sido una verdadera batalla campal entre Lucía y su madre. Uno de los motivos que más discusiones causó fue la hora de llegada a casa. Lucía defendía su postura de manera tan vehemente que normalmente terminaban discutiendo. Tampoco ayudaba mucho que su padre hubiera pasado casi todo el año viajando por trabajo, ya que hacía que su madre fuese mucho más estricta.

Lucía la observaba expectante mientras su madre reflexionaba durante un minuto.

—Está bien —accedió—. Pero que alguien te acompañe de vuelta a casa, ¿de acuerdo?

—No hay problema, Sara y Mario me traerán —aseguró Lucía con una sonrisa radiante.

OceanofPDF.com

2

Sara se sentó en un banco del paseo marítimo esperando a que llegase Lucía. Miró el reloj. Eran las once en punto.

El cielo parecía un terso terciopelo azul cobalto salpicado de estrellas. Una ligera ráfaga de aire hizo que la recorriera un escalofrío, por lo que se puso por encima del vestido la chaqueta que, hasta ese momento, descansaba sobre sus rodillas. Se acomodó el pelo sacándolo del cuello que lo aprisionaba. Notó el contacto de la mano de Lucía sobre su hombro y se giró con una sonrisa.

—¡Hola! ¿No llego tarde, verdad? ¿Llevas mucho esperando? —dijo sin aliento. Estaba sofocada como si hubiera venido corriendo.

—Apenas nada, unos cinco minutos —señaló su mejilla para que Lucía le diera un beso—. ¿Qué tal fue la cena?

—Tranquila, pero larga. Pensé que no llegaba —sonrió—. Mis padres están de un buen humor increíble; supongo que es por las vacaciones. Y mi hermano Diego, hecho un sol, como siempre. Así que todo paz y armonía, para variar. ¿Y tú, qué tal?

—Pues nada a destacar, estuve un rato en la playa con mi padre y luego pasé a ver a Mario.

La madre de Sara había muerto durante el parto. Ella aseguraba que no la echaba de menos porque nunca la había conocido. Lo que si añoraba de vez en cuando era una figura materna en su vida. Su padre nunca se había vuelto a casar, por lo que siempre habían sido ellos dos solos y tenían una relación muy especial.

—Por cierto, en la playa me encontré con Alex, ya sabes, el chico de esta mañana. Me comentó que quizá pasaría esta noche por la fiesta.

—¿Y me cuentas eso por...?

—Por nada especial, pensé que quizá te interesase —dijo Sara encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué me iba a interesar? Me pareció un creído y un presuntuoso. Además de un maleducado. No me interesan en absoluto esa clase de chicos.

La verdad era que últimamente no le interesaba esa ni ninguna otra. Había tenido dos relaciones en el último año que habían durado varios meses. Y los dos tipos resultaron ser unos imbéciles. Especialmente el último, al que había pescado en una discoteca metiéndose mano con una rubia. Eso le hizo daño. Así que ahora estaba centrada en sus estudios y sus amigos y de otra cosa no quería ni oír hablar.

—Pues me parece que a él tú le interesas bastante... —su tono era de clara diversión.

Lucía la miró airada. No tuvo oportunidad de responder ya que habían llegado a la fiesta y Mario las saludaba desde la puerta de entrada.

La casa se recortaba contra el cielo en lo alto de un promontorio. Sus inmensos ventanales, derramando luces por doquier, iluminaban la noche. El sonido de la música llegaba atenuado hasta la zona de aparcamiento. Alex encontró sitio al lado de un BMW X1 gris y con pericia aparcó su Suzuki HFS. Se quitó el casco, con su mano derecha retiró los mechones oscuros que le caían por la frente y con un ágil movimiento se bajó de la moto y avanzó por la ligera pendiente hacia la puerta de entrada. Entró y se perdió entre la multitud.

El enorme salón y el jardín que lo rodeaba estaban atestados de gente. Lucía y Sara se movían, en la improvisada pista de baile, al ritmo de David Guetta. Hacía calor y tenían la cara algo enrojecida. La música se detuvo un instante en espera del inicio de la siguiente canción.

—Estoy agotada, ¿tú no? Vayamos a por algo de beber —sugirió Sara al oído de Lucía para que pudiera escucharla entre el bullicio.

—Está bien, la verdad es que estoy muerta de sed —convino Lucía siguiendo a su amiga que ya se dirigía fuera de la pista.

La música volvió a sonar. Sara se inclinó sobre la barra y le pidió al camarero dos mojitos. Se giró y le tendió una de las copas a Lucía que miraba fijamente a un grupo de chicos que charlaban, entre risas, al final de la barra.

—¿Quiénes son? Me resultan familiares —preguntó sin apartar la vista de ellos.

Sara siguió la dirección de su mirada.

—No creo que les conozcas. Son David y Derrik.

—¿Derrik?

—Sí, realmente su nombre es Jose, aunque todo el mundo le llama Derrik —aclaró Sara—. Viven en la parte antigua de San Roque. Se pasan el día en la playa, jugando al vóley, o en La Sal. Es posible que los hayas visto esta mañana, estaban allí —alcanzó su copa que aún estaba encima de la barra—. ¡Ah!, por cierto, suelen frecuentar la compañía de esa clase de tipos que no te interesan en absoluto. Son amigos de Alex.

Lucía hizo memoria, eran los mismos chicos con los que Alex se había marchado esa mañana, pero en ese instante él no se encontraba con ellos. Quizá no hubiera venido, pensó esperanzada. Lo cierto es que Alex le crispaba los nervios, todo en él era arrogancia. En ese momento el más moreno de los chicos levantó sus ojos oscuros y los posó sobre ella. Su mirada era fría.

Lucía bajó la vista rápidamente hacia el suelo con el rostro arrebolado por la vergüenza y miró de soslayo en su dirección; el chico volvía a reír con su amigo y ya no le prestaba ninguna atención.

Un fuerte brazo la agarró de la cintura. Se volvió sobresaltada para encontrarse con la cálida sonrisa de su hermano Diego. Una sombra de desilusión pasó por su rostro.

—¿Esperabas que fuese otra persona? —preguntó mirándola curioso.

—Eh, no que va, solo me he sobresaltado —respondió ella rápidamente, pero notó cierta decepción aleteando en su pecho. Esbozó una breve sonrisa.

—Lucía no me advirtió de que ibas a venir —Sara se acercó y le dio dos besos.

—Lo decidimos a última hora. Me alegro, no obstante, parece que nadie se lo ha querido perder —dirigió una mirada a la abarrotada sala.

—Y Mario, ¿no ha venido?

—Sí, está jugando al billar con los chicos, ya sabes, el baile no es lo suyo —rio—. Creo que debería ir a ver qué tal le va, seguro que me echa de menos.

—Espera, te acompaño —dijo Diego caminando tras ella.

Sara se volvió.

—¿Vienes, Luci?

—No, voy a salir un rato a tomar el aire. Estoy un poco acalorada con tanto bailar.

Lucía se sumergió en la luminosa noche y durante unos segundos disfrutó de la sensación que le provocaba la caricia del aire sobre su piel ardiente. Diversos grupos se repartían cada pocos metros por el inmenso jardín, bien recostados sobre blandos cojines distribuidos por el césped, o bien tumbados en espaciosas hamacas con mullidos colchones. Se apoyó en el muro de mampostería observando el reflejo de la luna rompiendo sobre la playa de la pequeña cala, a merced de las olas. La noche se había vuelto un poco fría y un temblor la recorrió.

—¿Te estás divirtiendo?

Lucía reconoció el tono burlón y como movida por un resorte se volvió.

Alex estaba allí, de pie, observándola con un extraño brillo en los ojos. Vestía vaqueros y una camisa blanca, ligeramente remangada, que destacaba el moreno de su piel. Caminó resueltamente y se acomodó en el muro, al lado de ella.

—Creía que no habías venido.

—Y apuesto a que eso te hizo sentir feliz —su boca se curvó en una sonrisa irónica.

—No veo por qué debería hacerme eso feliz. Me es indiferente lo que hagas.

—Me han definido de muchas maneras, pero indiferente no es uno de los adjetivos que me suelen aplicar —dijo divertido.

—¿Y qué te parece arrogante, irritante, insufrible...?

—Me parece que el Scrabble se te debe dar muy bien —parecía estar pasando un buen rato a su costa.

Lucía bufó. Nunca había conocido a nadie que le hiciera perder los nervios como él.

Alex volvió su rostro hacia ella.

—Demos un paseo —sonó más como una orden que como una petición.

Lucía le miró como si estuviera borracho.

—Vamos, no te voy a morder. La playa allá abajo está increíble, merece la pena verla —le tendió la mano.

Lucía dudó, mirando la mano de Alex, firme, esperando a que ella la cogiera. Subió la vista hacia su rostro, no mostraba rastro de burla.

Finalmente, sin saber muy bien por qué, puso la mano sobre la de él que tiró ligeramente de ella dirigiéndola hacia la oscuridad.

Alex mantuvo sujeta su mano mientras recorrían el tramo de escaleras que llegaba hasta la playa. Caminaron en silencio el uno al lado del otro. Lucía podía notar el calor que emanaba del otro cuerpo a pesar de la suave brisa. Su proximidad, de pronto, hizo que se sintiera cohibida. Le observó disimuladamente, con la luz de la luna creando claroscuros sobre su rostro. El perfil recto de su nariz, sus marcados pómulos, los labios llenos y perfectamente definidos; era más que atractivo, era verdaderamente guapo. Tenía esa clase de belleza sutil que no impresiona a primera vista pero que, a fuerza de mirarle, se hacía cada vez más evidente. Se detuvieron en un saliente de rocas que avanzaba hasta introducirse dentro del mar.

—Estás muy callada.

—Disfrutaba del paseo —Lucía intentó disimular la timidez en su voz—. Es una playa preciosa —dijo dejando vagar su vista alrededor.

—Lo es. De pequeño, cuando vivía aquí, mi abuela me traía todas las tardes. Paseábamos, recogíamos conchas, hacíamos castillos; lo pasaba realmente bien —se podía percibir la añoranza en su voz—. Siempre me encantó vivir aquí.

—¿Por qué te fuiste?

—No tuve elección, mi padre aceptó un trabajo en Madrid y tuvimos que mudarnos. Más tarde, decidieron que debía terminar mis estudios en el extranjero y me enviaron a Canadá. Los últimos dos años los he pasado allí. Hace unos meses que regresé a España, sin embargo, aún no había vuelto a venir por aquí.

Lucía pudo ver de nuevo esa extraña sombra en su mirada.

—Parece que lo has echado mucho de menos. Tiene que ser duro estar lejos de casa, de la familia y los amigos. Supongo que te alegras de haber

vuelto.

—Esta vez, me alegro de verdad de estar aquí —puso un especial énfasis en sus palabras.

Lucía notó su mirada fija sobre ella y alzó los ojos hacia su rostro. De manera casi imperceptible, algo cambió en el ambiente. La intensidad que revelaban los ojos verdes que la miraban les asemejaban a dos brillantes esmeraldas resplandeciendo bajo la luz de la luna.

El corazón de Lucía comenzó a golpear fuertemente en su pecho y por un momento casi dejó de respirar. Alex alargó la mano y, con delicadeza, acomodó un rizo que se había escapado de su trenza. Al retirarla, trazó la curva de su pómulos suavemente con las yemas de los dedos. El tiempo parecía haberse detenido. Podía oír el sonido blando de las olas, mientras rompían contra las rocas, mezclado con el latido apresurado de su propio corazón.

—¡Lucía! —lentamente una voz se abrió paso en su mente.

—¡Lucía! —de nuevo escuchó su nombre, esta vez más cerca.

Por fin, consiguió liberar su mirada de los ojos de Alex, que seguían fijos en ella, y volvió su rostro hacia el lugar de donde provenía la voz. Alex se deslizó de manera sutil quedando apoyado de nuevo sobre las rocas.

—¡Lucía! ¡Por fin! —la voz de Sara sonaba aliviada—. Llevo un buen rato buscándote.

—Bajamos a dar un paseo —se excusó. Su voz resultó rara.

Sara pasó su mirada de Lucía a Alex que permanecía tranquilamente recostado sobre las rocas, como si nada de aquello le interesase en absoluto.

—Lo siento mucho, Luci, ya sé que contabas con que te llevásemos de vuelta, pero Mario no se encuentra muy bien y me gustaría acompañarle hasta su casa. Si quieres puedes esperar que vuelva a por ti...

—No te preocupes por nada —la tranquilizó Lucía viendo la angustia en el rostro de su amiga. Seguro que Sara preferiría quedarse en casa de Mario vigilando su recuperación—. Es posible que mi hermano aún esté en la fiesta y si no, siempre puedo ir dando un paseo, no me va a pasar nada, ya soy mayorcita.

Sara no pareció muy convencida.

—Yo te llevaré —ahora Alex permanecía de pie justo detrás de ella.

—No hace falta que te molestes, de veras, la fiesta todavía no ha acabado y no quiero que te pierdas lo que queda de noche por mi culpa —replicó ella en un torpe intento de disimular su inquietud. Solo pensar en volver a estar a solas con él la perturbaba profundamente.

—No es molestia —una sonrisa de suficiencia apareció en su rostro y comenzó a caminar hacia las escaleras, sin volverse a mirar si las dos chicas le seguían.

—Todo arreglado, entonces —dijo Sara satisfecha y se encaminó hacia la casa.

Lucía suspiró resignada y los siguió.

Las dos chicas se despidieron con un abrazo y Lucía se dirigió hacia la calle. Deseó que Alex hubiera cambiado de idea y pudiera irse sola caminando, había sido una noche extraña y le vendría bien pensar en lo ocurrido. No obstante, no parecía que eso fuera a suceder pues Alex la esperaba en el aparcamiento, apoyado tranquilamente sobre una enorme moto gris y negra.

—No pensarás que voy a subirme contigo en eso —le espetó con desconfianza al llegar a su altura.

—Vamos, te creía más valiente —su sonrisa se ensanchó mientras le tendía un casco.

—Pues me da que me juzgaste mal. No soy valiente en absoluto —su voz contenía una nota de pánico.

Alex había arrancado la imponente moto, que rugía en la tranquilidad de la noche como si de un enorme animal se tratase, y esperaba erguido a que ella se decidiera a subir.

Se mordió el labio inferior, con fuerza, dudando.

—Confía en mí —la voz de Alex era cálida—. No dejaré que te pase nada.

Finalmente se puso el casco, recogió a la altura de los muslos la falda de su vestido y, apoyando un pie en el estribo, subió detrás de él. Alex le tomó las manos y las guio con suavidad alrededor de su cintura.

—Agárrate fuerte —advirtió y con un rápido movimiento hizo que la moto se deslizara calle abajo.

La proximidad del cuerpo de Alex pegado al suyo, la velocidad y el frío hicieron que Lucía temblara ligeramente cuando la Suzuki se detuvo a unos metros de la entrada de su casa.

Alex la ayudó a bajar.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida y tiembles como si hubieras visto un fantasma —la observó con preocupación.

—No es nada, solo estoy un poco mareada.

—Sentémonos un rato hasta que se te pase. No confío en que no te caigas antes de llegar a la puerta —le puso la mano en la espalda y la dirigió hasta uno de los bancos que se encontraban al borde del paseo.

Lucía apoyó la cabeza en la fría piedra y cerró los ojos. Podía oír el rugir acompasado del mar. Poco a poco, el mareo y los nervios fueron cediendo y pudo abrir los ojos de nuevo.

Alex estaba sentado a su lado, en el respaldo del banco, y contemplaba fijamente la playa con aspecto pensativo. Cuando la oyó moverse bajó su mirada hacia ella.

—¿Mejor? —preguntó con suavidad.

Lucía asintió.

—Lo siento, debería haber venido más despacio. Hay veces que no sé qué es lo que me pasa por la cabeza —sonaba enfadado consigo mismo.

—No tienes por qué disculparte, normalmente me mareo hasta en el metro —y lo cierto es que notar cada perfecto músculo de tu espalda pegado a mí ha contribuido mucho a ello, se dijo Lucía sintiéndose un tanto avergonzada.

Sin dejar de mirarla, Alex se dejó caer hasta quedar sentado a su lado.

—Lucía.

—¿Sí? —musitó.

—Creo que deberías entrar. Es tarde —no quedaba ni rastro de la calidez anterior en su voz.

Le miró confundida, realmente no sabía qué había esperado que pasara. Si ni siquiera me cae bien; menuda idiota estoy hecha, pensó con rabia.

—Sí, es cierto, debería entrar —intentó disimular su disgusto.

Se incorporó bruscamente tratando de terminar con la situación lo antes posible, pero se enredó con la falda de su vestido y perdió el equilibrio. Alex se levantó y la sujetó al vuelo. Sus rostros quedaron apenas a unos centímetros. Sus ojos eran increíbles, de un verde intenso moteado con relucientes gotas de ámbar. No podía dejar de mirarlos, se sentía como hipnotizada. Tras unos segundos Alex le liberó los brazos, que aún mantenía sujetos, y se retiró un paso hacia atrás dándole espacio para volver a la realidad.

—Buenas noches, Lucía —su tono seguía siendo formal. Sin embargo, en su boca se adivinaba una sonrisa irónica.

—Buenas noches —contestó ella irritada. Dio media vuelta y con paso decidido cruzó el paseo hasta llegar a su casa.

3

La luz se filtraba desde la ventana situada encima de su cama inundando la habitación. Debía ser al menos mediodía, pensó Lucía con fastidio. Se levantó con pereza, cogió una chaqueta blanca, de suave algodón, y bajó las escaleras rumbo a la cocina. La noche pasada le había costado mucho conciliar el sueño después de la escenita con Alex. No sabía si estaba más furiosa con él por confundirla como lo hizo o con ella misma por dejarse llevar. A partir de ahora le mantendría alejado, se dijo con confianza, pero una suave sensación en el estómago al pensar en él desafió a su determinación.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Sara.

Estaba sentada cómodamente en una de las sillas de la cocina y conversaba con Diego. Ambos tenían una taza de café en la mano. En el centro de la mesa destacaba un plato lleno de bollería recién hecha.

—Buenos días —murmuró malhumorada.

—No tienes buena cara. ¿No has dormido bien?

Lucía gruñó algo parecido a un no y se dispuso a prepararse un Cola Cao.

—Bueno, no hay nada que no solucione una buena dosis de azúcar —dijo Sara con alegría empujando el plato repleto hacia ella.

Lucía examinó los diferentes bollos que se apilaban y eligió un croissant. Luego se dejó caer en una silla, con poco interés en participar en la conversación que mantenían Sara y Diego.

—Entonces, ¿Mario se encuentra mejor?

—Eso parece. Le llamé esta mañana y se estaba preparando para ir a trabajar. Supongo que algo de lo que comió no le sentó bien.

—Genial, me alegro —repuso Diego sin mucho entusiasmo.

Desperezándose Sara se levantó y depositó su taza vacía en el fregadero.

—¿Sabes, nena?, necesito un cambio de look. Voy a buscar en tu armario algún conjunto sexy para ir a la playa —acto seguido trotó escaleras arriba hacia la habitación de Lucía.

Diego observaba fijamente la taza en su mano con la frente ligeramente arrugada.

—¿Te pasa algo, hermanito?

Saliendo de su ensimismamiento le dedicó una cálida sonrisa

—No, nada, solo pensaba.

—Un euro por tus pensamientos —sonrió Lucía

—No era nada —dijo restándole importancia—. Y bien, ¿vais a ir a la playa entonces?

—Eso parece, ¿te vienes? —Lucía mordisqueaba un donut de chocolate con placer.

—Tengo que ir a comprar pintura y brochas, recuerda que le prometimos a mamá que esta semana pintaríamos el garaje. Y esta vez no te vas a escaquear —advirtió.

Lucía encogió los hombros, nunca tomaba en serio las amenazas de su hermano.

Diego paró el coche en doble fila al lado de una de las escaleras que llegaban hasta la playa, se había ofrecido a llevarlas de camino a Leroy Merlin. Ambas chicas se bajaron del coche y, con un rápido movimiento, se despidieron de él.

La playa de Poniente era una playa ancha, de fina arena dorada que cosquilleaba bajo los pies al caminar. Solía ser una de las más frecuentadas de San Roque por lo que ese domingo estaba bastante llena.

El día se había levantado caluroso. El sol brillaba con intensidad, alto en el diáfano cielo azul, y la brisa era tan ligera que apenas refrescaba la piel con su roce. Caminaron rápido por la ardiente arena, sorteando varios grupos de sombrillas y hamacas, hasta que encontraron un sitio libre, cerca de la orilla, donde extender sus toallas.

—¿Y bien? —la mirada de Sara era inquisitiva.

—¿Y bien qué?

—¿Y bien qué tal el paseo de anoche en moto con Alex? —repuso Sara poniendo los ojos en blanco.

—Mareante.

—Mareante —repitió Sara con incredulidad—. ¿Es eso lo único que vas a decir?

Lucía asintió y alzó su rostro para que le diera el sol.

—Al menos tienes que reconocer que es sexy con ese cuerpo atlético y esos labios. Mmm...

—Es un idiota —sentenció Lucía.

—Sí, pero un idiota muy, pero que muy sexy —apuntó Sara tumbándose boca abajo para que le diera el sol en la espalda.

Lucía recordó la sensación de su cuerpo apretado contra él mientras rodaban a toda velocidad por la carretera y una oleada de calor la recorrió. Decidió que era mejor cambiar de tema.

Contempló cómo Sara se extendía el protector solar. Hasta ese simple movimiento quedaba sexy en ella.

—Te queda ideal ese bikini azul —comentó.

—Muchas gracias, lo cogí de tu armario —rio la chica estirando perezosamente su cuerpo en la toalla.

Para Lucía era algo inexplicable cómo le sentaba su ropa a Sara. Lo que en ella solía quedar recatado e incluso ñoño, en el cuerpo de Sara lucía absolutamente sensual. Tenía que ver con sus voluptuosas curvas, estaba claro; podía notar las miradas que le lanzaban los chicos al trasero de su amiga al pasar por su lado.

Por su parte ella no se sentía especialmente atractiva, sabía que era mona, pero su cuerpo no le parecía en absoluto sexy con esas piernas largas y las sutiles curvas que se adivinaban en sus pechos y caderas.

Las horas pasaban de forma tranquila. Lucía dejó a un lado el libro que estaba leyendo y echó un vistazo a su alrededor. Sara seguía tumbada en la toalla, a su lado, con la cabeza enterrada en los brazos y expresión relajada. En la orilla contempló a varias parejas jugando a las palas, niños haciendo castillos y un incesante ir y venir de grupos de gente paseando. Un poco más allá, detrás de la zona de tumbonas, se veía un campo de vóley y un

grupo de chicos y chicas estaban jugando un animado partido. Parecían divertirse a juzgar por las risas y las expresiones de sus rostros.

Su vista se detuvo en uno de los chicos. Tenía la piel morena, la espalda ancha y unos brazos bien definidos. Su postura erguida denotaba seguridad. De repente, como si hubiera notado su mirada, el chico volvió su rostro y se encontró con su mirada. Era Alex.

Tras un primer instante de estupor él esbozó una amplia sonrisa y la saludó con una cómica reverencia.

Lucía le miró paralizada por la sorpresa con un cosquilleo nervioso en el estómago. En ese momento, un balón pasó cerca de Alex haciéndole volver su atención de nuevo al juego. Una de las chicas que estaban en su equipo se acercó sonriendo y le dio un pequeño golpe en el hombro reprendiéndole por haber perdido el punto. Luego le pasó la mano cariñosamente alrededor de la cintura llevándole de nuevo hacia el centro del campo.

Lucía retiró la mirada, de pronto se sentía un poco acalorada y tenía náuseas en la boca del estómago.

—Voy a por algo frío de beber —dijo precipitadamente.

Sara, medio adormilada, le hizo un vago gesto de asentimiento sin quitar la cabeza de entre los brazos.

Se levantó y se calzó sus Havaianas rojas, a juego con su bikini, dejó caer un vestido blanco de tirantes por encima del mismo y se encaminó al chiringuito que estaba unos metros más allá de sus toallas. Bajó las escaleras en dirección al cuarto de baño y, una vez allí, mojó su cara y su nuca con agua fría. De inmediato se sintió mucho mejor. Quizá le había dado demasiado el sol. Tenía que haber alguna razón que justificase la reacción de su cuerpo. Ya más calmada se dirigió hacia la barra para comprar una botella de agua.

Era casi la hora de la comida y el local se estaba llenando rápidamente. Era el típico chiringuito de playa. Las paredes, blancas y azules, estaban repletas de motivos marineros. Tenía una larga barra y al final de la misma se abría en un comedor con cristalerías, repleto de mesas de madera con sus blancos manteles, desde donde se podía ver la playa. Allí donde terminaba el comedor había una pequeña terraza con mesas de plástico blanco.

Lucía se situó en el extremo de la barra más cercano a la puerta esperando a que alguno de los camareros le prestase atención.

Llevaba ya un rato allí, y estaba pensando en darse por vencida, cuando Alex y sus amigos entraron por la puerta.

—¡Oh, no! ¡Mierda! —Miró disimuladamente hacia abajo con la esperanza de no ser vista.

No dio resultado. Alex la miraba y sonreía divertido. Se giró para decir algo a sus amigos que alzaron los hombros en señal de indiferencia y continuaron caminando hacia una de las mesas vacías que quedaban en la terraza. Caminó hasta apoyarse a su lado en la barra.

—No puedes vivir sin mí, ¿verdad, princesa? —tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vete al cuerno!

—¿Al cuerno? ¿De veras? —dejó escapar una carcajada—. Vaya, vaya. Menudos modales para una señorita. Cualquiera diría que has estudiado en un colegio privado —se mofó simulando estar escandalizado.

Lucía le encaró.

—¿De verdad que no tienes nada mejor que hacer que estar aquí agotando mi paciencia? —¡Dios mío, qué irritante podía ser!

—Lo cierto es que tengo muchas cosas buenas que hacer, aunque ninguna tan interesante como estar aquí contigo —deslizó la punta de su dedo índice por el hombro de ella.

Lucía le miró confundida. Su boca estaba curvada en una mueca irónica, sin embargo, sus ojos brillaban con intensidad mientras la miraba. Podía sentir un suave cosquilleo por donde él había rozado su piel.

—¿Y a qué se debe tanto interés por mi persona? —preguntó con sarcasmo. ¿Qué estoy haciendo?, se dijo irritada. Aunque ya era tarde, la curiosidad la había vencido.

—Exactamente no lo sé. Tienes algo diferente, algo que me resulta... perturbador y me atrae. —La miraba con ojos entrecerrados como queriendo ver a través de ella.

Lucía se quedó inmóvil, mirándole, la sorpresa pintada en su rostro. De ninguna manera se esperaba esa contestación.

Una voz la sacó de su abstracción. Un camarero se encontraba parado al otro lado de la barra esperando. Alex se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres, Lucía? —su tono era normal como si hubieran estado hablando del tiempo.

—Una botella de agua, por favor —intentó que su voz sonara tranquila aunque podía sentir la presión de los nervios aferrados a su estómago.

El camarero volvió con la botella y Alex se la tendió con amabilidad.

Cuando extendió su mano para cogerla, la mano libre de Alex se apoderó de la suya.

—Estaba pensando que quizá uno de estos días podríamos salir a dar un paseo en moto —sugirió posando sus increíbles ojos verdes en su rostro.

—No creo que sea buena idea, teniendo en cuenta cómo me sentó la última vez —repuso Lucía.

Podía sentir el calor de su piel suave en la palma de la mano. Quería estar enfadada con él pero su cuerpo la traicionaba temblando ante su leve roce. ¿Cómo podía hacerla sentir así?.

—Esta vez seré más cuidadoso. Prometo ir más despacio.

Su pulgar trazaba suaves círculos por el interior de su muñeca enviando pequeñas descargas por todo su brazo. Lucía tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad.

—De verdad, Alex, que creo que no es una buena idea. Al fin y al cabo casi no nos conocemos y no creo que tengamos mucho en común.

Si la respuesta le sorprendió o decepcionó, nada en él lo hizo ver. Soltó su mano con suavidad y esbozó una sonrisa.

—Supongo entonces que ya nos veremos por ahí —dijo y, con paso decidido, se encaminó a la terraza donde sus amigos estaban sentados.

Lucía observó cómo se alejaba. Empezaba a sentir cierto abatimiento, realmente una parte de ella deseaba haber aceptado su oferta. No me he equivocado, dijo con firmeza, es un engreído y para él es solo un juego. Recordó a la chica que le abrazaba un rato atrás, durante el partido. Ya bastaba de idiotas por ese año, había cumplido el cupo. Con un pequeño esfuerzo relegó la sensación de pesar a un rincón de su corazón y volvió a la playa.

Sara estaba sentada en la toalla con las piernas recogidas debajo de su cuerpo. Alzó la cabeza cuando la vio llegar.

—Has tardado un siglo. Ya pensaba que te habían secuestrado o algo así.

—Había mucha gente. Ya sabes, hora de comer.

Con intención, imprimió un tono de aburrimiento a sus palabras. Sara era su mejor amiga, siempre se confiaban todo, pero no tenía ganas de escuchar el ya repetitivo sermón sobre su aburrida vida sentimental y cómo debería hacer algo para remediarlo.

Para Sara, que era toda pasión y corazón, había que dejarse llevar. Era preferible arrepentirse de haber hecho algo y que no saliera bien a arrepentirse de no haberlo intentado. Lo cierto era que ellas dos eran totalmente diferentes. Lucía era cerebral, todo reflexión y cerebro. Siempre tendía a pensar las cosas detenidamente y no le gustaba correr riesgos. Y acercarse a Alex era sin duda un riesgo, para su corazón y para su cabeza. Cuando estaba con él era incapaz de pensar con claridad. Todo su cuerpo se sentía atraído hacia él. Ya había visto lo que era capaz de hacerle a su autocontrol solo con una simple mirada o un ligero roce, no quería averiguar cómo sería algo más. Sara sin duda la animaría a que quedase con él. Podía oírla diciendo un poco de diversión no te matará, Luci, e insistiría y seguiría insistiendo hasta que ella, por no escucharla más, accediera, que era lo que solía pasar. Pero esta vez no quería dejarse convencer, ¿o sí?

Eran ya más de las tres de la tarde cuando Lucía llegó a La Canela. Atravesó la puerta principal, colgó las llaves de uno de los ganchos situados detrás de la puerta para ese fin y subió directa a su habitación.

La casa estaba silenciosa y en penumbra, sus padres comían fuera y debían haber bajado las persianas antes de marcharse para que no entrara el sol.

Sacó la toalla de la bolsa de playa y la colocó sobre el respaldo de una silla.

Alcanzó el libro que estaba leyendo y se recostó sobre la cama, quería terminar el capítulo que había dejado a medio leer en la playa, luego bajaría y se prepararía algo de comer.

Buscó el marcapáginas y abrió el libro. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Las páginas estaban emborronadas y en grandes letras rojas se podía leer: ZORRA. ALÉJATE. Paralizada, dejó caer el libro.

OceanofPDF.com

4

Diego giró la manilla y la puerta comenzó a subir con un quejido. Los tres chicos echaron una mirada al atestado garaje.

—¡Dios, esto es un basurero! —exclamó Lucía con un gesto de desagrado.

—No seas quejica hermanita.

Diego entró y depositó varias bolsas repletas de botes de pintura, rodillos y brochas de diferentes tamaños en el suelo.

—Es cierto, no es para tanto —Sara avanzó hasta colocarse a su lado con un rollo de papel de pintor bajo el brazo—. Solo hay que limpiar, poner un poco de orden y como nuevo. Además, pintar es muy divertido —parecía entusiasmada.

—¿Divertido? ¿Pero tú de qué planeta vienes? —dijo Lucía con desconcierto—. Lo que es, es un asco. Todo está sucio y seguro que lleno de bichos, ¡puaj! —cogió una especie de manta con dos dedos mirándola como si en cualquier momento le fuera a saltar encima.

—Venga, Luci. Deja ya de hacer pucheros y ayúdanos a mover estas cajas. Cuanto antes empecemos antes terminaremos.

Miró a su hermano y a Sara que ya habían empezado a sacar bultos y a depositarlos en el pavimento fuera del garaje y resignada se acercó a un montón de cajas.

La tarde pasó rápida y para la hora de la cena el garaje estaba libre de trastos. Lucía miró satisfecha al interior.

—Bueno, pues ya está.

—Sí, yo creo que por hoy hemos cumplido —Sara se detuvo a su lado admirando complacida el resultado.

—Entonces vayamos dentro y démonos un ducha —Lucía tironeó a Sara del brazo y las dos juntas se encaminaron hacia la casa.

Tras la ducha, Lucía se vistió y se dirigió a la planta baja. Cuando entró en la cocina Diego ya estaba allí. Su pelo castaño, aún húmedo, caía sobre

su frente y llevaba puestos unos vaqueros desgastados y una camiseta azul de manga corta. Estaba apoyado en la encimera mirando a través de la ventana, totalmente absorto en sus pensamientos. Su gesto era apacible. Una oleada de cariño la invadió mientras le miraba.

La relación con su hermano siempre había sido especial. Diego y ella estaban muy unidos. Solo se llevaban tres años, sin embargo, su hermano siempre era como su ángel guardián. La protegía como si de un león con su cría se tratase, intentando que nada ni nadie la dañaran. Su carácter cariñoso y amable hacía que fuera un puerto seguro en el que refugiarse, en todo momento dispuesto a escuchar y a ayudar. Lucía le quería profundamente.

Al oír sus pasos dirigió su mirada hacia ella esbozando una sonrisa.

—¿Qué? ¿Cansada, hermanita?

—Agotada, me duele hasta el último músculo de mi cuerpo.

Se dejó caer en una silla.

—Pues no te des por vencida aún, que mañana tenemos que empezar a pintar —repuso divertido.

—¿Y no podrías hacerlo tú solo con Sara? —preguntó esperanzada—. Al fin y al cabo a ella le parece divertido.

—Ni de coña, ya te dije que esta vez no te escapabas.

Le dio un suave achuchón. Lucía resopló.

La puerta de la cocina se abrió y Sara apareció tras ella.

—¿Es que no se cena en esta casa? Estoy hambrienta.

Lucía y Diego se echaron a reír. Sara siempre tenía hambre. Podía comerse dos hamburguesas y a los veinte minutos hacerles buscar una pastelería para comprar cualquier cosa de chocolate. Se pasaba el día devorando toda clase de porquerías. No sabían dónde lo metía.

—Pediré una pizza.

Diego descolgó el teléfono y marcó el número de la pizzería.

—¿Qué os parece si luego vemos una peli? —sugirió Sara.

Lucía miró a su amiga extrañada.

—¿No has quedado con Mario?

—No, aún no se encuentra bien del todo y prefiere descansar después del trabajo —se encogió de hombros.

Vaya. Lucía estaba sorprendida, era rara la noche que Sara y Mario no se veían.

—La pizza vendrá en unos veinte minutos —anunció Diego dejando el teléfono sobre la mesa—. La verdad es que esta podía haber sido una noche perfecta —dijo con aire soñador—. Después de todo ya tengo dos de las tres pes: la peli y la pizza.

Sara sintió curiosidad.

—¿Y cuál es esa tercera pe?

—¿De verdad quieres saberlo? —Diego alzó una ceja, su tono era juguetón.

Un gesto de reconocimiento asomó por la cara de Sara que soltó un pequeño grito.

—¡Dios, Diego! ¿Tú también? Y yo que creía que eras la excepción que rompía la regla.

—Qué quieres, tengo veintidós años, ¿en qué voy a pensar mejor que en eso? —le guiñó un ojo divertido.

Unas horas después la caja de pizza vacía descansaba sobre la mesa de la cocina y los tres chicos estaban tumbados en el sofá viendo una película.

Lucía llevaba un rato haciendo grandes esfuerzos por mantener los ojos abiertos, pero le resultaba casi imposible. La noche pasada sin casi dormir y la sesión de limpieza en el garaje le estaban pasando factura.

—Me voy a la cama, no puedo más —su boca se abrió en un bostezo.

Se levantó con pereza y se dispuso a dirigirse a las escaleras, se detuvo al pasar al lado de Sara que estaba tumbada con las piernas encima de Diego.

—¿Te quedas a dormir?

—Sí, si no te importa. Se ha hecho un poco tarde y estoy molida —contestó la chica.

—Está bien, voy para arriba, sube cuando quieras —Lucía se inclinó y puso un beso en la mejilla de su amiga.

—¿Cómo vais, chicos?

La madre de Diego y Lucía entró al garaje sosteniendo una bandeja con varias latas de Coca Cola y unos cuencos con patatas y aceitunas.

—Esto tiene muy buen aspecto —se giró mirando a su alrededor, apreciando el trabajo que Sara, Lucía y Diego habían realizado en los últimos días.

La zona que utilizaban como trastero ya estaba terminada. Las paredes brillaban imaculadas en un tono albero, y Diego había montado varias estanterías en las que colocaron las cajas y los diferentes objetos que antes se apilaban en el suelo sin ningún orden.

—Solo nos queda pintar la zona de aparcamiento y habremos terminado —explicó Diego.

—Me voy entonces. Seguid así, estáis haciendo un buen trabajo —su madre apoyó la bandeja sobre unas cajas, le dio un apretón cariñoso en el brazo a su hijo y se fue.

—¿Me pasas una Coca?, por favor —pidió Lucía acomodándose sobre un bote de pintura.

Diego le dio una lata a su hermana y otra a Sara y se sentó en el suelo apoyando su espalda contra la pared. Sara se sentó junto a él.

—¿Te han dicho ya papá y mamá cuántos días van a estar fuera? —preguntó Lucía.

—Les falta confirmar el vuelo de vuelta, si no hay ningún cambio serán tres semanas —respondió el chico mientras cogía una patata y se la metía en la boca.

—¿Vais a tener la casa para vosotros solos durante tres semanas? —Sara estaba sorprendida

—Sí, eso parece. Está siendo un año duro por el trabajo de mi padre. Lo ha pasado casi entero viajando y mama y él han pensado que sería bueno que pasasen algo de tiempo de calidad juntos —explicó Lucía con una pequeña mueca.

—Eso es genial —chilló Sara entusiasmada—. Si no hay padres, no hay horarios. Se puso a dar saltitos extasiada.

Diego sonrió viéndola tan emocionada.

—Cálmate un poco, Sara; aunque no estén mis padres yo soy responsable de vosotras y tendremos que poner algunas normas.

—Ya veremos si eres capaz don Aguafiestas —le desafió feliz enviándole un beso.

Terminaron sus bebidas en silencio. Diego se incorporó y dejó la lata vacía sobre la bandeja.

—Vamos, perezosas, que ya se ha terminado el descanso, no me hagáis tener que levantaros. —Acto seguido comenzó a remover la pintura y a echarla en un cubilete de plástico.

Sara se acercó sigilosamente a su espalda y le dio un golpecito en el hombro. Él se giró sonriendo cuando la chica sacó la mano que llevaba escondida detrás de la espalda y rápidamente le plantó sendos brochazos de pintura blanca en las mejillas.

—¿Pero qué...? —dijo Diego entre confundido y enojado mirándose con sorpresa los dedos que estaban llenos de pintura por haberlos pasado por su cara.

Sara y Lucía estallaron en carcajadas.

—Estás realmente gracioso —dijo Lucía riendo más fuerte ante la cara de shock de su hermano.

—Ah, ¿sí? Os resulto gracioso, ¿eh? Pues ahora os vais a enterar —amenazó. Cogió otra brocha del bote de pintura y saltó sobre su hermana y Sara que huyeron como alma que lleva el diablo.

Los tres chicos corrían por el garaje entre risas esgrimiendo sus brochas y embadurnándose de pintura unos a otros.

Lucía hizo un quiebro a la derecha esquivando a su hermano que iba directamente hacia ella y este chocó con Sara cayendo ambos al suelo. Diego se sentó a horcajadas sobre ella y le inmovilizó los brazos sobre la cabeza con una de sus manos.

—¿Y ahora qué, listilla? —sus ojos bailaban por la diversión.

Sara, riendo, se retorció debajo de él intentando escabullirse, pero el peso del cuerpo del chico la mantenía presionada contra el suelo.

Con la mano que tenía libre Diego metió dos dedos en un bote de pintura y comenzó a trazar arabescos sobre el rostro enrojecido de su presa.

—¡Para, para! ¡Por favor! —gritó Sara jadeando por la risa y el esfuerzo de intentar mover a Diego de encima de ella. Podía sentir el frío suelo contra su espalda y el calor del cuerpo que la inmovilizaba subiendo por su estómago.

Diego paró, aunque mantuvo sus dedos contra la acalorada piel de la mejilla de Sara. Su mirada permaneció inmóvil en el rostro de la chica.

Lucía, que observaba la escena percibió el cambio en la actitud de su hermano. ¿Pero qué...? ¿Es posible...? No, no lo creo. Aunque puede qué...

Diego se recompuso rápidamente y se incorporó. Con una sonrisa le tendió la mano a Sara y la levantó con delicadeza.

Después de recoger el desorden generado por la guerra de pintura hicieron análisis de daños.

—Con toda la pintura que hemos desperdiciado no queda suficiente para terminar. Me voy a acercar en un momento a comprar un par de botes más —anunció Diego.

—¿Me harías un favor ya que sales? —pidió Sara—. Me olvidé el teléfono ayer en la chaqueta de Mario. ¿Te importaría pasar por La Sal a recogerlo?

—En absoluto. Sus deseos son ordenes para mí, milady —con humor se inclinó y le besó el dorso de la mano.

De vuelta a casa Diego se desvió hacia el centro de San Roque. Encontró un hueco vacío en una calle que hacía esquina, antes de entrar a la plaza donde se encontraba el local en el que trabajaba Mario, y aparcó.

Era media mañana y la terraza estaba vacía. Un hombre colocaba botellas dentro de la barra. Diego se acercó y reconoció a Ricardo, el propietario de La Sal.

—Buenos días, Ricardo. ¿Cómo va eso? —le saludó con afecto.

—Ahí vamos, no me puedo quejar —el hombre le dio un recio apretón de manos.

—Estaba buscando a Mario, ¿sabes dónde está?

—Sí, está dentro tomando su descanso. Pasa al vestuario a buscarle si quieres —le indicó una puerta de madera al final de la sala.

Diego cruzó la puerta y recorrió el estrecho pasillo que desembocaba en una pequeña sala de paredes ocre. En un lado de la sala descansaba una mesa rectangular de madera con seis sillas y por encima de ella colgaba de la pared un televisor que en ese momento permanecía apagado.

Al otro lado se podía ver una hilera de taquillas y bancos. Apoyado de espaldas, con una pierna doblada sobre una de ellas, estaba Mario.

Tenía la cabeza inclinada hacia una chica. Su pelo largo caía hacia delante ocultando sus rostros. Se encontraban muy cerca el uno del otro. La mano de él, apoyada suavemente en su cintura en una pose de intimidad.

Ella debió advertir la presencia de otra persona ya que dio unos pasos atrás rompiendo el contacto.

Mario, confuso, siguió la mirada de la chica hasta Diego. Al verle se irguió y caminó hacia él.

—Eh, tío. Qué pasa —saludó.

Diego permaneció quieto. Su rostro estaba rígido y tenía los puños apretados a los lados. Estaba furioso.

Mario siguió actuando con toda normalidad.

—Ella es Nuria, una compañera. Estábamos haciendo un descanso.

Diego la miró. Era menuda y tenía el pelo castaño recogido en una coleta. Parecía nerviosa.

—Mi turno empieza ahora, yo ya me iba —dijo la chica sin dirigirse a nadie en especial. Pasó al lado de Diego y abandonó la habitación.

—¿Me puedes decir de qué coño va todo esto? —explotó Diego. Podía contener su ira a duras penas.

—No sé de qué estás hablando —respondió Mario impasible.

—¿Qué mierda estabas haciendo con esa chica?

—Solo estaba charlando con una compañera. De todas formas lo que yo haga o deje de hacer no creo que sea asunto tuyo —remarcó el tuyo.

Diego se acercó hasta que estaba tan solo a unos centímetros y le agarró del pecho del polo que llevaba.

—Siempre que lo que tú hagas afecte a una persona a la que quiero será asunto mío. Te aconsejo que te lo pienses dos veces antes de hacer cualquier cosa que dañe a Sara.

Le soltó con fuerza suficiente para que el otro chico se tambaleara hacia atrás.

—Creía que éramos amigos —dijo Mario. Parecía estar dolido.

—Creíste mal. Espero que no tengamos que tener esta conversación de nuevo porque si es así primero te partiré la cara y luego iré y le contaré a Sara la clase de tipo que eres —le advirtió Diego. Sin darle tiempo para añadir nada más se marchó.

Una vez en el coche golpeó el volante con furia dejando salir su rabia. Luego respiró hondo varias veces intentando calmarse, no quería preocupar a las chicas.

Condujo despacio de vuelta a casa reflexionando sobre lo ocurrido. Para cuando llegó a La Canela había decidido que lo mejor sería no decir nada y mantenerse vigilante respecto de Mario.

Lucía y Sara seguían pintando cuando Diego entró de nuevo en el garaje. Dejó los dos botes de pintura en un rincón.

Sara se giró hacia él.

—¿Pudiste recoger mi teléfono? —preguntó con una sonrisa.

—No, lo siento, Mario lo dejó olvidado en casa —mintió. La verdad era que después de lo que había visto ni siquiera se acordó de pedirselo.

—¿Qué tal estaba mi amor?

A Diego se le revolvió el estómago al ver la cara de felicidad de Sara cuando hablaba de su novio. La ira volvió, le estaban entrando ganas de matarle.

—Bien —respondió escuetamente, temiendo que si decía una palabra más no fuera a ser capaz de controlarse.

Sara no pareció percatarse de la tensión en su voz.

—Gracias de todos modos por haber ido hasta allí —se acercó y le dio un suave beso en la mejilla. Luego continuó con lo que estaba haciendo.

OceanofPDF.com

5

¡Ring, ring! El timbre de la puerta sonó rompiendo la calma de la mañana.

—Ya voy yo —gritó Lucía desde su habitación. Bajó trotando las escaleras hasta el vestíbulo. Seguro que era Sara. Habían quedado para ir de tiendas, pero llegaba pronto, aún no estaba ni siquiera vestida.

—No te esperaba tan pronto —advirtió a la figura que permanecía de pie tras la puerta.

—Sin embargo, para mí la espera se ha hecho interminable —respondió una voz profunda y burlona.

Lucía se quedó inmóvil. Allí, parado en el rellano de la puerta, estaba Alex. Se le veía increíble con sus vaqueros desgastados y una simple camiseta blanca. El pelo le caía aún un poco húmedo, sobre la frente y su rostro exhibía una enorme sonrisa.

—Buenos días, princesa.

Lucía seguía perpleja.

—Buenos días —su voz salió débil.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para serenarse, los nervios atenazando su estómago. Tras lo que le pareció una eternidad al fin consiguió preguntar.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Teníamos una cita pendiente —la sonrisa de él se ensanchó aún más.

—Ah ¿sí? ¿No crees que si tuviéramos una cita pendiente yo lo recordaría?

—Puede, pero yo sí lo recuerdo, quería dar un paseo en moto contigo.

—¿Y no recuerdas también que te dije que no me parecía una buena idea?

Alex pareció hacer memoria durante unos instantes.

—No, eso no lo recuerdo —dijo inocentemente.

Se quedó mirándole sin saber qué decir. Parecía diferente, no mostraba su arrogancia habitual y en su lugar dejaba entrever una nueva actitud más amable y relajada. No sabía muy bien cómo hacerle frente a este nuevo Alex, y si tenía que ser sincera admitiría que se sentía intrigada.

—¿Por favor? —insistió él poniendo cara de cachorro perdido.

—Está bien —accedió tras unos instantes—. Pero vamos a tener que hacer algo con esa memoria selectiva que tienes.

—Perfecto, ya trabajaremos en eso más adelante —rio satisfecho—. Sin embargo, ahora preferiría que te pusieses algo de ropa y nos fuésemos. Hace una mañana perfecta para montar en moto.

Puso las manos en sus hombros girándola hacia la escalera y le dio una suave palmada en el trasero para que subiera.

—¡Eh! —se quejó Lucía mirándole con desaprobación.

—Lo siento —se disculpó disimulando una sonrisa—. Es que estás tan sexy en pijama que no he podido contenerme —le guiñó un ojo y salió al jardín a esperar a que ella se vistiera.

El paseo estaba resultando toda una sorpresa para Lucía. Al principio se sintió un poco tensa, la velocidad y la cercanía de Alex la intimidaban. Con el correr de los kilómetros se fue relajando y ahora estaba disfrutando de verdad. El viento salobre y templado se sentía como una caricia sobre su piel y la solidez del cuerpo de Alex pegado al suyo la reconfortaba y la hacía sentir segura. La carretera discurría paralela a la línea de la costa, con el azul del océano continuamente rodeándolos y llenándola de paz.

En algunas ocasiones se adentraban en pequeños pueblos, entonces Alex disminuía la velocidad y apoyaba la mano en su rodilla haciendo que un hormigueo recorriera todo su cuerpo. Ese toque casual la hacía sentir muy viva. Nunca se había sentido así antes.

Se detuvieron delante de una pequeña casita situada en un saliente de la costa. El color rojizo de las paredes se alternaba con las rejas de forja negra de las ventanas, atestadas de flores de alegres colores. Era una bella estampa.

Alex entrelazó su mano con la de ella y se dirigió hacia el interior.

—¿Dónde estamos?

—He pensado que quizá tuvieras hambre ya que no has desayunado. ¿Estoy en lo cierto?

Su estómago rugió contestando en su lugar.

Él se detuvo sosteniendo la pesada puerta de madera invitándola a pasar.

Lucía avanzó para encontrarse en el interior de un espléndido patio andaluz enmarcado por sólidos arcos de ladrillo. Geranios, rosales, azaleas y buganvillas de delicados colores se repartían en macetas por todos los rincones del patio empedrado y colgaban de las blancas paredes encaladas, envolviéndolo todo con su aroma. Una fuente de azulejos dominaba desde el centro derramando su suave murmullo por toda la estancia, rodeada por sillas y mesas finamente labradas en forja blanca.

Alex permaneció unos pasos por detrás de ella mientras miraba fascinada a su alrededor.

—Es hermoso.

Él esbozó una breve sonrisa.

—Ven, vamos —atrapó su mano y se encaminó hacia una escalera de piedra situada al final de la sala.

Lucía iba de sorpresa en sorpresa. La escalera desembocaba en una amplia terraza que parecía quedar suspendida en el saliente rocoso por encima del mar. Las vistas eran sobrecogedoras.

Se acercó a la barandilla de piedra y se asomó para disfrutar el sorprendente paisaje. Notó el calor de Alex a su espalda cuando se acercó, quedando sus cuerpos a escasos centímetros.

La suave brisa la envolvía llevándole su olor, una combinación de jabón y colonia mezclado con el olor del mar, despertando sus sentidos.

—Impresiona, ¿verdad? —su cálido aliento le rozó el cuello erizándole la piel.

—Sí, hace que te sientas insignificante.

—Tú nunca podrías ser insignificante —su voz sonó profunda y suave en su oído.

Lucía se movió inquieta intentando poner un poco de espacio entre los dos. Notando su incomodidad, Alex se distanció y fue a sentarse en una de las mesas. Al poco ella lo siguió.

Ambos permanecieron en silencio unos instantes contemplando la vista del océano que se extendía ante ellos.

—¿De qué conoces este sitio? —Lucía rompió el silencio.

Cuando Alex se disponía a contestar por las escaleras asomó una mujer. Tendría unos cuarenta y cinco años. El pelo rubio enmarcaba un rostro agradable. Vestía con elegancia; un pantalón gris perla que conjuntaba con un blusón blanco, de hilo, sin mangas. Resaltaba su esbelto cuello con un largo collar de eslabones de plata y unas diminutas perlas grises que lucía a juego con sus pendientes.

Se acercó a ellos con una sonrisa en los labios.

—Alex, cielo, qué alegría verte.

Le dio un cariñoso abrazo.

—Mírate, estás guapísimo. Te has convertido en un hombre irresistible.

Alex sonrió, parecía un poco turbado por los halagos.

—Yo también me alegro de verte, Victoria. Esta es mi amiga Lucía —posó la mano suavemente sobre su hombro.

Victoria la abrazó brevemente y le dio dos besos.

—Me alegra conocerte, Lucía. Alex no suele traer amigos por aquí.

La miraba con curiosidad mal disimulada.

—Para mí también es un placer. Tienes una casa preciosa.

—Muchas gracias, cielo. Me alegra que te guste. Esta casa ha pertenecido a mi familia durante generaciones y se ha ido legando de padres a hijos. Hace unos años mi marido y yo decidimos abrir este hotel rural. Las vistas son maravillosas y queríamos compartirlas para que otras personas también las pudieran disfrutar.

—Es un bonito motivo para comenzar un negocio.

—Gracias, Lucía, eres un encanto —Victoria le dio un afectuoso apretón.

—Y bien, supongo que no habréis parado aquí solo para verme, aunque me hubiera gustado —reprendió dulcemente a Alex.

—La verdad es que quería impresionar a Lucía con uno de tus maravillosos desayunos —dijo él con tono zalamero.

—No creas que me puedes engatusar poniéndome ojitos. El haberte visto nacer me hace inmune a tus encantos, señorito. Aunque ya que has traído a esta chica tan adorable, por esta vez, dejaré pasar que hace demasiado tiempo que no vienes a verme.

Acarició su mejilla de forma amorosa y desapareció escaleras abajo a preparar su desayuno.

—Parece que te quiere mucho.

Él esboza una cálida sonrisa.

—Es mutuo. Victoria es mi madrina. Mi madre y ella se conocen desde niñas —explicó—. Antes venía a visitarla muy a menudo. Me gusta hablar con ella, es una oyente paciente y da muy buenos consejos.

—Es bueno tener a alguien así en tu vida —afirmó ella—. En mi caso es mi hermano Diego. Él es mi mejor apoyo.

De repente se dio cuenta de que sentía curiosidad por saber más acerca de él.

—¿Y tú tienes hermanos? —preguntó

—Sí, una pequeña brujita llamada Candela —su expresión se suavizó dejando translucir el cariño que, sin duda alguna, sentía por su hermana.

Sin poder evitarlo Lucía se sintió atrapada en un cúmulo de emociones. Por un lado los diferentes matices que iba descubriendo del carácter de Alex le hacían sentir una intensa curiosidad. Quería saber más acerca de él, de su vida y de todo lo que le rodeaba. Por otra parte el halo de oscuridad que a veces mostraba la llevaba a intuir cierta violencia y a la vez vulnerabilidad en él, y la empujaba a querer protegerle de lo que fuera que le estuviera dañando. Y por último, estaba el fuerte magnetismo que existía entre ellos que la dejaba exhausta y sin respiración cuando estaban cerca y el cual no podía ignorar.

Tras disfrutar del succulento desayuno que Victoria les preparó, abandonaron la pequeña casa rural. Alex la ayudó a subirse detrás de él y se volvieron a poner en marcha.

—¿Dónde vamos ahora?

—Ya lo verás.

—¿Disfrutas haciéndome sufrir?

Su respuesta fue una suave carcajada y un pequeño acelerón que la hizo agarrarse con más fuerza a su cintura hasta que no quedaba una brizna de aire entre sus cuerpos.

Tras unos pocos kilómetros, se desviaron hacia la entrada de un camino de tierra. Pronto llegaron a una pequeña explanada y Alex detuvo la Suzuki bajo la sombra de un frondoso pino.

El lugar estaba desierto y una profunda calma reinaba en él. El silencio que los rodeaba solo se veía interrumpido por el trinar de algunos pájaros.

Lucía miró a su alrededor y no vio nada aparte de la espesura del bosque.

—¿Y ahora es cuando me descuartizas y me entierras para que nadie me encuentre? Que sepas que no es una buena idea, eres la última persona con la que me han visto —le advirtió bromeando.

Alex levantó una ceja mientras su boca se curvaba en una amplia sonrisa.

—¿Crees que doy el perfil?

—Pues ya que lo preguntas te diré que sí: eres egocéntrico y frío y, estoy segura, un tanto manipulador, aunque también puedes ser encantador cuando quieres.

—Vaya, esa sí que es una definición —soltó un silbido de admiración.

Se paró frente a ella.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo dándole un suave toque en la punta de la nariz.

Tomó su mano y comenzó a caminar hacia la barrera de arbustos y árboles que rodeaba el claro.

—Así que eres una pequeña sabelotodo, ¿eh?

Encontraron la entrada de un camino entre la maleza y se internaron en él.

—Ninguna sabelotodo, solo una chica aplicada —contestó Lucía algo molesta.

—Y además bastante gruñona.

—Ah no, eso es todo mérito tuyo.

—Y siempre tienes que decir la última palabra —apuntó él.

—No siempre —dijo Lucía con suficiencia.

Riendo con ganas Alex siguió avanzando por el angosto camino.

Después de unos quince minutos se detuvieron en un recodo libre de maleza.

Lucía se sentó sobre una gran piedra plana a la sombra de una frondosa encina.

—¿Queda mucho? —jadeaba ligeramente por la caminata y notaba el sudor correr por su espalda.

—Un poco aún.

—Así que finalmente sí querías matarme... pero de agotamiento —dijo ligeramente resentida.

—Venga, un último esfuerzo, quejica —le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Lucía le traspasó con la mirada. Cogió su mano y se levantó resignada.

—Aquí empieza la parte más dura del camino. La buena noticia es que ya queda poco —con pericia él atrapó una rama que cruzaba en medio de la senda retirándola para permitirle pasar.

Lucía maldijo para sus adentros a la vez que soltaba un suspiro. Se agachó para pasar por debajo del obstáculo que Alex mantenía apartado. Alzó la mirada con desesperación esperando ver lo mucho que se alargaba el camino.

Se quedó literalmente clavada al suelo. La parte más dura del camino, según había dicho Alex, era una bellísima cala de fina arena blanca y mar turquesa que se extendía delante de ella.

Se giró, aún confundida, pero al ver la sonrisa burlona pintada en el rostro del chico una bola ardiente de furia se abrió paso en su interior.

Viendo cambiar su atónita expresión a una de ira contenida él alzó las manos en señal de disculpa.

—Lo siento, no he podido evitarlo. Si hubieras visto la cara que pusiste... —aún se podía ver una sombra de sonrisa en sus labios.

—Muy gracioso —refunfuñó ella.

Alex pasó a su lado y avanzó por la alfombra de suave arena. Cerca de la orilla extendió una enorme toalla que llevaba en su mochila y se recostó.

—¿Vienes? —palmeó el suelo a su lado

Lucía siguió su gesto con la mirada. Asintiendo brevemente se acercó trazando el mismo camino que él había hecho un momento antes y se tumbó en el espacio libre en la toalla.

—¿Sabes? Eres toda una caja de sorpresas —ella se incorporó ligeramente apoyándose sobre los codos.

—¿Impresionada? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Tengo que reconocer que sí. No esperaba pasarlo tan bien.

—Y yo tengo que reconocer que he empleado algunas de mis mejores bazas para conseguir impresionarte —confesó. Se giró hasta quedar tumbado de lado mirándola.

—Qué gran honor que tú, ¡oh! supremo y todopoderoso dios, no hayas escatimado esfuerzos para agradarme a mí, una simple mortal —bromeó ella—. ¿Qué he hecho para merecerlo? —continuó con una sonrisa burlona.

—Quizá no sea lo que hayas hecho... aún —él se irguió quedando su cuerpo por encima del de ella a tan solo unos centímetros, sus brazos enjaulándola, apoyados con firmeza a cada lado de su pecho.

Lucía recorrió con su mirada los músculos que se tensaban en sus brazos, el amplio pecho y sus bien definidos abdominales. Sintió su pulso acelerarse.

Se fue incorporando, cerrando poco a poco el espacio que quedaba entre ellos.

—Alex... —apoyó las manos en su pecho.

—¿Qué? —su mirada atrapó la de ella.

—Que... puedes esperar sentado —le empujó con fuerza desestabilizándolo y haciéndole caer de espaldas en la arena.

La sorpresa duró solo unos segundos. Lentamente una sonrisa depredadora apareció en el rostro de Alex.

Lucía seguía riéndose a carcajadas cuando con un movimiento felino se lanzó hacia ella que, en vano, intentó levantarse y correr, pero él era mucho más rápido. La levantó de la toalla y se la echó al hombro.

Ella pataleó intentando zafarse de su sólido agarre.

—¡Suéltame! —gritó.

—Ni lo sueñes, princesa —comenzó a caminar con resolución hacia la orilla.

Al ver la dirección que tomaban, Lucía fue consciente de sus intenciones.

—¡Qué me bajas, te he dicho! —le golpeó con los puños en la espalda y se retorció con más fuerza.

Alex ni se inmutó. Se adentró con decisión entre las olas y sin dudar un segundo la dejó caer en el agua, vestida y todo.

Lucía braceó hasta salir a la superficie, sus ojos ardían de furia.

—Eres un cavernícola —le acusó.

—Si juegas, tienes que saber perder —respondió él con sorna.

—¡Idiota!

Chorreando, salió del agua y caminó de vuelta a la toalla.

Él la siguió. La observó, en silencio, mientras se sacaba la ropa mojada y se escurría el pelo que recogió en un moño flojo en lo alto de su cabeza.

Se colocó detrás de ella.

—Lucía —llamó.

Ella le ignoró.

—Lucía, mírame —insistió.

Siguió dándole la espalda mientras terminaba de secarse y se ataba al cuello un pareo que había sacado de la bolsa.

—No seas bebé, por favor...

Se giró para encararle.

—¿Bebé? —eso ya era el colmo, ¿cómo tenía la cara de acusarla?—. No he sido yo quien te ha tirado al agua vestido, eso sí que es infantil —resopló airada.

Tenía las mejillas encendidas y su pecho subía y bajaba con rapidez. Alex no podía apartar la vista de ella.

—¿Y ahora qué? ¿Ya no tienes nada que decir? —le retó con las manos apoyadas en las caderas.

Él dio un par de pasos hacia ella.

—Que eres preciosa y me muero por besarte —suavemente pasó una mano tras su nuca y la atrajo hacia sus labios.

El calor rodó por toda su piel. Los labios suaves de Alex se movían sobre su boca, acariciándola. Con la otra mano rodeó su cintura y la acercó más a él, hasta que pudo sentirlo en todo su cuerpo.

El beso se volvió más exigente. Alex dibujó el contorno de sus labios tentándola a separarlos para dejarle entrar. Cuando le recibió en su boca, la suavidad y el dulce calor de su lengua hicieron que dejase escapar un gemido.

Abandonó sus labios delineando su mandíbula con suaves besos. Bajó por el cuello, mientras sus manos extendían leves caricias arriba y abajo de su espalda, y siguió la línea de su pulso con su lengua hasta llegar a la clavícula. La recorrió con besos lentos para terminar en su hombro, haciéndola estremecer.

Despacio fue dejándose caer hasta que quedaron tumbados sobre la toalla.

—Llevo deseando hacer esto desde la primera vez que te vi —dijo contra sus labios.

Lucía tragó con fuerza. Su calor, su voz profunda y suave, las yemas de sus dedos revoloteando por la piel de su estómago; se sentía a la deriva en un mar de sensaciones.

Con cuidado, él soltó la goma que sostenía su pelo que se derramó a su alrededor en un mar de rizos. Sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento acunó su barbilla en su mano y volvió a besarla.

El timbre de un mensaje sonó en el teléfono de Lucía. Lo ignoró, perdida como estaba en la sensación de los labios de Alex sobre los suyos.

Tres pitidos más consiguieron traerla de vuelta a la realidad.

—Es mi teléfono. Tengo que contestar —se excusó.

Alex se apartó dejándole espacio para incorporarse. Lucía rebuscó en la mochila hasta que encontró el móvil.

Tenía seis Whatsapp de Sara. ¡Sara!, se había olvidado completamente de ella.

Sintiéndose culpable leyó los mensajes. El primero lo había recibido dos horas antes.

¿Se puede saber dónde estás, Luci?. Estoy llamando al timbre y no me abre nadie.

Tenía otro de diez minutos después.

Acaba de llegar tu madre y me dice que te has marchado hace un par de horas. ¿Dónde estás, petarda?

Sara la iba a matar cuando la viera por dejarla así plantada.

El resto de los mensajes tenían un tono mucho más relajado. Sara se había encontrado en La Sal con los amigos de Alex y al no verle había atado cabos, ¡qué capacidad de deducción! Se podía ganar la vida como pitonisa, eso seguro. El último mensaje decía que la esperaba en La Sal y como posdata añadía: PD: recuerda, no hagas nada que yo no haría. Y lo firmaba con un guiño.

Lucía sonrió mientras leía el último mensaje.

—¿Algo divertido? —Alex la contemplaba relajado mientras le acariciaba los nudillos de la mano que tenía libre.

Lucía subió la vista hacia él. ¡Dios! Era perfecto. Se mordió el labio. Podría quedarse una vida entera mirándole, pero tenían que marcharse. No había avisado en casa de que no iría a comer y, además, Sara la estaba esperando.

—Dime, ¿qué pasa por esa cabecita tuya? —él apartó un mechón de pelo de su cara—. Cuando haces ese gesto en algo estas pensando —afirmó.

—Creo que deberíamos irnos —dijo ella resignada.

Alex cogió su móvil y miró la hora.

—Está bien. Recojamos.

Se levantó de un salto y con una sonrisa tiró de ella hasta que la tuvo contra su cuerpo.

—Gracias por el paseo —dijo Lucía sintiéndose tímida de repente.

—Gracias por la compañía —contestó él y alzando su rostro la besó.

6

El camino de vuelta a San Roque fue tranquilo. Alex condujo sin prisa disfrutando las sensaciones que le producía tener el cuerpo de Lucía tan cerca, sus manos aferradas a su cintura. Ya en el casco antiguo buscó un sitio libre y aparcó. Paró la moto y la ayudó a bajar. Él también desmontó, pero se mantuvo apoyado en el asiento. Rodeó su cintura y la acercó hasta que quedó recostada contra su cuerpo. Ninguno de los dos hizo intención de moverse. La mañana había sido perfecta y ambos estaban reacios a dejar ir el momento.

Su mirada recorrió su rostro, no mintió cuando le dijo que era preciosa. Los ojos le brillaban con el verde vivo de la hierba en primavera y tenía los labios rosados y suaves, ligeramente hinchados por sus besos.

—Tienes pecas —dijo.

Siguió con su dedo el rastro de pequeñas motitas doradas que cubrían ligeramente la nariz y los pómulos de Lucía.

—Lo sé. En verano no hay manera de disimularlas —ella hizo una mueca de disgusto.

—No tienes que hacerlo, a mí me parecen adorables —puso un breve beso en su nariz.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Alex? —preguntó con recelo.

—Acaso insinúas que normalmente no soy encantador... —con una sonrisa traviesa buscó su cuello y lo mordisqueó con suavidad.

Lucía gimió.

Su cuerpo entero se tensó al oírla. Todo en ella le volvía loco, su olor, su tacto, su sabor. Aflojó el agarre separándola unos centímetros.

—Será mejor que nos vayamos antes de que me olvide de que estamos en plena calle y decida devorarte aquí mismo —murmuró en su oído.

El comentario hizo estremecer a Lucía. Un pequeño escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¡Eres un peligro! —aseguró Alex riendo al notar su reacción.

Caminaron unos pasos con las manos entrelazadas. Al acercarse a La Sal Lucía intentó liberarse con disimulo. Alex la miró interrogante, sin embargo, permitió que se soltara.

Recorrieron la terraza hasta ver a Sara. Miraba distraída el móvil. Mientras, junto a ella, Mario holgazaneaba apoyado en el brazo del sillón. David, uno de los amigos de Alex, estaba sentado con ellos.

Mario fue el primero en verlos.

—Vaya, vaya. Mira quiénes están aquí. Si son los desaparecidos —se burló.

Lucía le ignoró y se sentó al lado de Sara que seguía mirando su móvil indiferente a su presencia.

—¿Estás enfadada? —preguntó en un susurro.

No hubo respuesta.

—Vamos, Sara. No lo he hecho a propósito, es que me he despistado.

Silencio. Lucía empezó a ponerse nerviosa.

—Pensé que eras tú, pero abrí y estaba Alex y, no sé cómo, me convenció para ir a dar un paseo y... —las palabras salían atropelladas de su boca.

Sara dejó su móvil en la mesa y la miró con cara seria.

—¿Me perdonas? —rogó Lucía con gesto compungido.

—Con una condición —repuso su amiga.

Lucía la miró esperanzada.

—Que reconozcas que yo tenía razón y que estás colada por el idiota —una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro.

—Serás... —Lucía le dio un manotazo fingiendo indignación—. Yo aquí preocupada por si no volvías a hablarme y tú riéndote de mí.

—Reconoce al menos que te merecías que te hiciera sufrir un poco. Nena, ¡qué te has olvidado de mí! —le recordó Sara.

—Vale... Me lo merezco.

Con una sonrisa, Sara la atrajo hacia sí en un cariñoso abrazo.

—Eso sí, esta vez no te libras —la señaló con un dedo acusador—. Quiero pelos y señales. Hasta el último detalle.

—Está bien —capituló Lucía—. Pero que conste que solo lo hago porque soy la peor amiga del mundo.

—En eso te tengo que dar la razón.

Ambas chicas estallaron en risas.

—¿Qué? —preguntó Alex irritado a los dos chicos que no dejaban de mirarle con una expresión burlona en sus caras.

—¿Qué? —contestó David divertido.

—¿Se puede saber qué miráis con esa cara?

—¿Con qué cara? —el chico pestañeó intentando parecer confundido.

—¡Vete a la mierda! —explotó Alex levantándose de golpe.

—Vamos, tío, que solo estábamos bromeando —Mario le retuvo apoyando una mano en su antebrazo.

—Pues también en broma, como no paréis, vais a ver cómo se siente mi puño en vuestras caras —advirtió él. Tranquilamente se volvió a sentar.

David trató de disimular una sonrisa.

—Me parece que a alguien le han dejado a dos velas hoy.

Alex le lanzó una mirada amenazadora.

—No creo que quieras seguir por ahí —le aconsejó.

—Entendido. Ya paro —dijo su amigo conciliador—. No hace falta que estés tan irritable, qué le vamos a hacer si a la chica no le resultas irresistible... —se dobló sobre si mismo intentando ahogar una carcajada.

—Creo que me confundes contigo —apuntó Alex y rápidamente soltó un rechazazo que fue a parar directo al hombro del chico.

—Joder, tío, qué poco sentido del humor —David, recostado sobre el brazo del sillón, se frotó el hombro sin parar de reír.

Alex miró el reloj y se puso en pie.

—Me voy a casa. Para escuchar tonterías prefiero el Paramount Channel. Ellos por lo menos tienen gracia.

Observó a Lucía que charlaba alegremente con Sara. Rodeó la mesa y llegó hasta ella. Se agachó, para quedar a su misma altura, apoyando una

mano en su muslo y la otra en el brazo de la silla.

—Dime, princesa, ¿necesitas que te lleve a casa? —susurró cerca de su oído.

La piel del cuello de Lucía se volvió de gallina ante la cercanía de sus labios.

Ella se giró hacia su rostro. Como le siguiera mirando de ese modo no se hacía responsable de sus actos. Inconscientemente Lucía se humedeció los labios y los ojos de Alex volaron hacia su boca.

—Gracias —sonrió—. No hace falta. Voy con Sara.

—Bien. Entonces me voy —frotó la nariz contra su cuello—. Sé buena.

Lucía dio un pequeño respingo por su caricia.

Él rio suavemente, le dio un breve beso en la mejilla y se marchó.

Caminó pensativo, calle abajo, hasta su Suzuki. Las cosas se estaban complicando. Se puso el casco, giró la llave en el contacto y se adentró en el tráfico. Al principio lo había tomado como un entretenimiento, un pequeño reto. Se la veía tan altiva y controlada que pensó que sería divertido conseguir que cayera en sus redes y perdiese un poco los papeles. Y él confiaba en su atractivo para lograrlo. No podía negar, por otra parte, que su físico era un aliciente más en su decisión. Ese cuerpo esbelto de líneas suaves le atrajo desde el principio, sin embargo, a partir de ahora, habiendo podido vislumbrar las sensuales promesas que dormían en él, estaba seguro de que le iba a quitar el sueño. Pero había más, por supuesto. Era inteligente, divertida, dulce, orgullosa, y aunque podía ser un dolor de cabeza con ese carácter endemoniado que tenía, eso también le atraía. Prefería las chicas guerreras a las sumisas.

Apretó más el acelerador y zigzagueó entre los coches. La pregunta que tenía que hacerse era si realmente quería esto ahora en su vida, más que eso, si estaba realmente preparado para tenerlo. Habían sucedido tantas cosas en los dos últimos años. Su vida se había convertido en una montaña rusa. Ahora parecía que iba recuperando el control, pero ¿era así?, ni siquiera él lo sabía.

Giró la primera a la derecha y recorrió la calle hasta el número diez.

Se detuvo frente a una casa de estilo colonial franqueada por un alto muro. Subió la moto a la acera, desmontó y llamó al timbre.

—¿Sí? —una voz de mujer habló por el portero automático.

—Soy Alex.

Sonó un chasquido y la puerta se abrió. Un sendero de piedra serpenteaba por una pradera de césped hasta llegar a la casa. Llamó al timbre y esperó.

Una mujer menuda abrió la puerta.

—Señorito, Alex. Cuánto tiempo sin verle —le abrazó brevemente.

—Hola, Teresa —saludó Alex con una sonrisa.

—Está muy cambiado. Casi no puedo reconocer en usted al diablillo que me traía por la calle de la amargura con sus travesuras —dijo con afecto.

—Pues te puedo prometer que ese diablillo todavía está aquí —aseguró él guiñándole un ojo.

Teresa rio divertida.

—El señorito Jose está en su habitación —le indicó con un gesto.

—Muchas gracias, Teresa —besó su mejilla y enfiló el largo pasillo.

Sensaciones familiares llegaron a él en tropel mientras recorría el camino hacia la habitación de su amigo. Un millón de recuerdos le asaltaron en un momento. Recuerdos felices de dos niños jugando, corriendo, peleando, riendo. Entonces era todo mucho menos complicado.

La puerta estaba entornada. Decidido, entró sin llamar.

Derrick se quitó los cascos del iPod y apartó el libro que tenía sobre la mesa.

—¿Qué tal, tío?

Los dos chicos chocaron brevemente las manos. Alex se desplomó en el sofá de cuero frente al televisor.

—Hasta las narices. Llevo toda la mañana a piñón fijo con el Cálculo, pero no hay manera, no me entra.

—Lo siento, yo no puedo ayudarte, lo aprobé por los pelos, así que...

Alex cogió el mando de la tele y empezó a pasar los canales.

—¿Y tú qué? ¿Qué te cuentas? —Derrik apartó la silla del escritorio y se levantó para dejarse caer junto a él en el sofá.

—Poca cosa —contestó distraído mirando un capítulo de Sobrenatural que estaba empezando.

Su amigo le estudió con atención. Alex notó su mirada.

—¿Qué? —preguntó sin quitar ojo del televisor.

—Dímelo tú.

—¿Se puede saber qué os pasa a todos hoy? Parece que tengo monos en la cara —gruñó exasperado.

—Nos conocemos demasiado. Suéltalo de una vez —aconsejó el chico sin perder la calma. Con él a Alex no le valían sus numeritos ni sus amenazas.

—No sé de qué hablas.

—Está bien. Como prefieras —se levantó y encendió la PlayStation que estaba al lado del televisor.

—Me han traído el Metal Gear V. ¿Echamos una partida? —volvió a su sitio en el sofá.

Alex cogió el mando que su amigo le ofrecía y se acomodó.

Llevaban un cuarto de hora jugando y ya le habían quitado todas las vidas. No estaba funcionando. Había ido allí buscando una distracción que sacase a Lucía de su cabeza, pero no lo conseguía.

Tiró el mando encima de la mesa soltando un juramento.

Derrik, sin decir una palabra, dio al pause congelando la imagen en la pantalla.

Alex sujetó su cabeza y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Las cosas no están saliendo como yo había planeado. Creo que se me está yendo de las manos —miró a su amigo a los ojos.

Él le devolvió la mirada con interés.

—¿De qué hablamos exactamente? —su voz traslucía una nota de preocupación.

—De la amiga de Sara, Lucía.

La tensión de los hombros de Derrik se relajó un poco. No dijo nada, esperó. Sabía por experiencia que con Alex era mejor así.

—Ella es diferente. Me afecta. Cuando la tengo cerca parece como si un remolino de emociones estallara en mí. Y siento como si me fuera a descontrolar de nuevo —se pasó las manos por el pelo.

—Ella no es Adriana —afirmó Derrik.

—Lo sé. Adri ya no está —sacudió la cabeza.

—Si te afecta así quizá sería mejor que te alejaras de ella. Prefiero que no lo tomes como un consejo sino como una advertencia —declaró. Su rostro estaba serio.

—No sé, puede que tengas razón. Quizá sea lo mejor —dijo Alex pensativo.

Lucía encendió el agua de la ducha y reguló la temperatura. Se soltó el pelo que cayó en ondas cubriendo su espalda. Todavía lo tenía lleno de sal de cuando Alex la había tirado al mar esa mañana en la cala. El recuerdo le dibujó una sonrisa.

La pantalla de su móvil se encendió. Había recibido un Whatsapp. Era un número desconocido. Quizá era de Alex, pensó emocionada. El texto saltó a sus ojos en cuanto abrió el mensaje que le gritaba en grandes letras mayúsculas: NO DEBERIAS IGNORAR MIS ADVERTENCIAS. ALÉJATE.

7

—Vuelve —Sara chasqueó los dedos frente a su cara.

Lucía parpadeó un par de veces, enfocando el rostro de su amiga.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás alelada, mona.

—¿Y tú? Mira que estás pesada —dijo colgando una falda negra de nuevo en el perchero.

—Hemos recorrido ya cinco tiendas y todavía no has encontrado nada que te guste para esta noche —se quejó la chica.

Lucía cogió un vestido rosa, de tirantes, con el cuerpo entallado y la falda de tul. Le echó una mirada y lo descartó.

—Ten un poco de paciencia. Aquí seguro que encuentro algo —señaló el montón de ropa para probarse que sujetaba en su otro brazo—. Ya sabes que esta tienda me encanta.

La tienda en sí, era un pequeño local de aire romántico situado en una bocacalle cerca del paseo marítimo. En su interior los percheros de madera decapados en blanco se alternaban con muebles y estantes del mismo material. Del techo colgaban grandes lámparas de araña, adornadas con lágrimas de cristal que reflejaban la luz e iluminaban suavemente.

Lucía dio una última vuelta entre las hileras de muebles llenos de ropa y se dirigió a los probadores.

Sara la siguió.

—Vale, pero como no compres ninguno, te juro que te arrastro fuera de la tienda y esta noche vas en chándal —amenazó.

Lucía hizo un mohín y corrió la cortina del probador.

Sara se derrumbó en una butaca blanca, tapizada con una fina tela de flores, que combinaba con el resto del mobiliario; estaba muerta.

—¿Y qué? ¿Sabes algo del idiota?

Lucía terminó de quitarse los vaqueros y se metió en un vaporoso vestido azul de gasa.

—¿Qué te parece? —giró sobre sí misma.

Sara la examinó y negó.

—No me gusta, pareces Campanilla.

Cerró la cortina y se puso un mono en color chocolate.

—No me has contestado —insistió Sara.

Se miró al espejo y lo descartó. Decididamente ese color no iba bien con su tono de piel.

—Desde el otro día no ha dado señales de vida —contestó intentando aparentar indiferencia.

Había pasado más de una semana y no sabía nada de Alex. En ese tiempo no había recibido ni una sola llamada. Ni tan siquiera un triste mensaje. La incertidumbre la estaba volviendo loca. Esta vez no podía haber interpretado mal las señales. Él la besó. Había sido intenso y dulce a la vez. Ahora se sentía confundida y decepcionada. No sabía qué pensar.

—Ya sabes mi opinión, nena. No es de fiar. El Alex tierno del que tú hablas es como Papa Noel, primero te ilusiona pero luego te das cuenta de que no existe —dijo su amiga con sarcasmo.

Lucía no contestó. Quizá Sara tuviera razón y la primera impresión era la cierta.

Una vez terminaron sus compras, las dos chicas decidieron sentarse en la terraza del Starbucks del paseo marítimo.

—No sé qué regalarle a Mario por nuestro aniversario. Me estoy volviendo loca —dijo Sara con cara de fastidio.

—¿Ya hacéis dos años? —preguntó Lucía un tanto perpleja. El tiempo había pasado volando.

—Sí, dos maravillosos años —puntualizó Sara con gesto risueño.—El caso es que Mario me ha dicho que ha preparado algo muy especial —continuó— y yo quería hacerle un regalo que estuviera a la altura.

Lucía dio un sorbo a su frappuccino mientras pensaba.

—No se me ocurre nada —se encogió de hombros.

—Ya sé que no es tu persona preferida en el mundo, Luci, no obstante, podías colaborar un poco —rogó su amiga.

—Está bien, pesada. Le daré una vuelta a ver si se me ocurre algo —aseguró Lucía.

—Gracias, cielo. Ya sabía que podía contar contigo —la chica, encantada, le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Lucía rio ante tanta efusividad.

—Voy a comprar un trozo de tarta de chocolate para llevármelo a casa. ¿Tú quieres algo? —Se levantó y cogió su bolso.

—Coge otro para mí. Mientras voy un momentito al baño —repuso Sara.

Lucía asintió y fue hasta el mostrador.

Esperó mientras le ponían los dos trozos de tarta en una bandeja de plástico. Le dio las gracias al dependiente, cogió las vueltas y el paquete, y se encaminó hacia la puerta que llevaba a la terraza. Cruzaba distraída el umbral, guardando el monedero en el bolso, hasta que chocó contra un cuerpo duro como la piedra.

La sorpresa la hizo tambalearse y soltar la bolsa que llevaba en la mano. El propietario del cuerpo la sujetó con firmeza impidiendo que cayera, la estabilizó y se inclinó para recoger el paquete que ella había dejado caer.

—Uh, perdona —Lucía se disculpó aturdida.

El chico se levantó y le tendió el paquete.

—Ya veo que tenías tantas ganas de verme que no has podido evitar arrojarte a mis brazos.

Lucía dejó de arreglarse la ropa y levantó la vista.

—Tenías que ser tú —dijo entre sorprendida y disgustada.

Desde el día que se besaron había estado deseando verle, esperando nerviosa coincidir con él en cualquier lugar. Sin embargo, ahora que le tenía delante con su actitud arrogante, tras la primera reacción emocionada de su cuerpo, lo que sentía era un enfado tremendo.

—¿Se te ocurre alguien mejor?

—Se me ocurren más de siete mil millones de opciones —replicó Lucía.

Su respuesta no consiguió borrar la sonrisa de la cara de Alex.

—¿Sabes que adoro cuando eres dulce y encantadora? —se burló.

—Contigo es mi estado natural, sacas lo mejor de mí —contraatacó ella con voz melosa.

Alex se acercó más haciéndola retroceder hasta que quedó apoyada en el muro.

—No es buena idea que me provoques —advirtió él en tono sensual.

Sus pestañas velaban su mirada, totalmente concentrada en ella.

Lucía tragó con fuerza. Tenía la boca seca. Cuando le tenía tan cerca le costaba pensar.

—No te hagas ideas equivocadas. No es provocación, solo franca hostilidad —logró decir.

Alex relajó la postura y retrocedió dejando un pequeño espacio entre ambos. La miró durante unos segundos.

—Nos vemos, princesa —su pulgar le acarició la línea de la mandíbula.

—Espero que no —murmuró Lucía apoyándose en el muro y cerrando los ojos con fuerza.

Le vio alejarse. Tomó un par de respiraciones profundas para tranquilizarse, se irguió y caminó hasta la mesa donde Sara la estaba esperando para volver a casa.

El resto de la tarde Lucía estuvo malhumorada. Ese era el efecto que Alex conseguía en ella habitualmente. La sacaba de quicio como ninguna otra persona.

A las nueve comenzó a vestirse. Era la noche de las hogueras y había quedado en verse con Sara una hora después. Se duchó con calma dejando que el agua caliente resbalase por su cuerpo y la relajase.

Ya en su habitación, se puso el vestido que había comprado esa misma tarde y se recogió el pelo en una trenza suelta que dejó caer sobre su hombro. El sol había dorado su piel por lo que únicamente se dio un toque de rímel en las pestañas y se puso un poco de brillo de labios.

Observó su imagen en el espejo. Satisfecha, se calzó unas sandalias romanas de tiras doradas que le llegaban hasta media pantorrilla, agarró su bolso y se marchó.

La oscuridad comenzaba a abrirse paso en el cielo iluminada por decenas de hogueras que brillaban alzándose sobre la arena de la playa. A Lucía siempre le había parecido que esa noche tenía algo de mágico. El olor de la madera, las vibrantes llamas bailando una danza enloquecida y la calidez del fuego, contrastando con la brisa fresca que arrastraba el viento desde el mar, le conferían cierta aura de fantasía al lugar.

El grupo, esa noche, estaba bastante concurrido. Sara y Lucía caminaron hacia donde estaba sentado Mario, saludando a todo el mundo a su paso.

—Pero si ya han llegado las dos chicas más cañón de San Roque — Mario alzó el bote de cerveza que tenía en la mano a modo de saludo—. Y por suerte una de las dos es mi novia —tiró de Sara hacia él.

La chica le besó en los labios y se acomodó en el hueco que quedaba entre sus piernas.

Lucía se sentó en una toalla a su lado.

Mario cogió dos cervezas de una nevera y se las tendió.

Lucía la rechazó con un gesto.

—No me gusta la cerveza.

—Se me olvidaba que las niñas pijas como tú no beben estas cosas —se burló.

—No es eso, simplemente no me gusta —aclaró ella molesta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le increpó Sara.

—A mí, nada —sonrió burlón—. Mejor pregúntale que le pasa a la señorita estoy por encima de todo.

Tenía los ojos brillantes y arrastraba ligeramente las palabras.

—¿Por qué no la dejas en paz, Mario? —inquirió Sara enfadada.

—Déjale Sara, está borracho —Lucía intentó calmarla.

—Eso, Sara, déjame —se mofó él.

La chica le miró incrédula.

—Creo que no deberías beber más —alargó la mano y le quitó el bote de cerveza.

—Y yo creo que deberías dejarme tranquilo, Sara —dijo en tono mordaz.

Intentó recuperar el bote, pero ella lo apartó. La miró fijamente y una lenta sonrisa se dibujó en su cara.

—En vista de que sois unas aguafiestas lo mejor será que me vaya a buscar la diversión en otro sitio —se levantó y se perdió en la oscuridad.

Sara se quedó mirando la negrura por donde había desaparecido.

El toque de una mano cálida en su antebrazo la sacó de su ensimismamiento.

—¿Estás bien? —Lucía la miró preocupada.

La chica sacudió la cabeza.

—Sí, no pasa nada. Cuando se le pase volverá. No le sienta bien el alcohol, eso es todo —explicó resignada.

—¡Hola! —Diego apareció de la nada y se dejó caer entre las dos muchachas.—¿Qué tal lo pasan mis dos chicas preferidas? —rodeó con sus brazos los hombros de ambas y las atrajo hacia él.

Las chicas sonrieron, su buen humor era contagioso.

—¿Habéis escrito ya vuestros tres deseos? —quiso saber.

Sara negó con la cabeza.

—Aún no hemos tenido oportunidad.

Era tradición en la noche de las hogueras escribir tres deseos en un papel y quemarlo al fuego a medianoche, la hora bruja, para que se hicieran realidad.

—¿Y a qué esperáis? —las apremió repartiendo un trozo de papel a cada una.

Sara estiró el papel y lo apoyó en su pierna.

—¿Tienes algo para escribir? —pidió.

Diego se palpó los bolsillos frunciendo el ceño.

—No lo encuentro. Lo he debido dejar en el coche —anunció con fastidio.

—Voy a por él, anda. Dame las llaves —se ofreció Lucía.

Diego sacó las llaves del bolsillo trasero del pantalón y se las tiró a su hermana. Lucía caminó por la arena alejándose de las hogueras. Vio el

coche de Diego aparcado al lado de una de las escaleras de entrada y se dirigió hacia allí. Abrió la guantera y cogió un par de bolígrafos.

Alex se detuvo y se apoyó en una pila de hamacas. Acababa de llegar a la playa cuando la había visto. La observó mientras llegaba al coche y buscaba algo en su interior. Luego lo cerró, bajó las escaleras y avanzó de nuevo por la arena.

La luna estaba llena y su resplandor caía sobre ella como un delicado manto plateado.

Se deleitó con su imagen. Las piernas largas, bien formadas. El vestido negro de punto que abrazaba las curvas de su pecho, su cintura y sus caderas para terminar ondeando en un vuelo calado que caía justo por encima de sus rodillas.

El corazón se le aceleró. Su cuerpo reaccionaba a ella de una forma primaria. Le tenía hechizado y no lograba apartarse de su canto de sirena.

Esperó en silencio mientras miraba como se acercaba.

—No deberías pasear sola en la oscuridad.

El sonido de su voz sobresaltó a Lucía.

—Eres idiota. Me has dado un susto de muerte —le reprendió.

Alex sonrió.

—Perdona, no era mi intención.

Lucía miró a su alrededor.

—¿Qué haces aquí solo?

—Esperarte.

Lucía se acercó lentamente hasta donde él estaba. Se apoyó a su lado.

—Mentiroso —le acusó.

—No puedes saberlo —respondió él con una mueca traviesa.

—Realmente no lo sé. Pero lo que sí sé es que no hay ningún motivo para que lo hicieras —aseguró ella.

Alex alzó una ceja. Se apartó unos pasos y se sentó a horcajadas sobre una hamaca que reposaba solitaria sobre la arena.

Ella le imitó y se colocó enfrente.

—Te subestimas. Solo tú eres suficiente para hacerme esperar, no necesito más motivos —pasó las manos por detrás de sus rodillas y la acercó hacia él.

El corazón de Lucía se detuvo en seco un instante y luego comenzó a latir descontrolado.

Sus miradas estaban fijas en el rostro del otro.

—No me gusta este juego, Alex —en su voz había una súplica.

—No hay ningún juego. Me gustas —el dorso de sus dedos acariciaba su cara con infinita dulzura.

Lucía cerró los ojos por un momento e inspiró. Estaba confusa. Primero sus besos, luego su ausencia durante todos esos días. Quería creerle pero tenía dudas.

Abrió los ojos y le miró. Alex podía ver la indecisión en su cara.

—Confía en mí. Quiero conocerte y que me conozcas, solo eso, al menos por ahora —pidió.

La atrajo más hacia él y la sentó en su regazo.

—Solo eso —repitió con voz queda.

La intensidad con la que la miraba, finalmente, derribó las barreras de Lucía.

Alex percibió el cambio y muy suavemente se acercó y la besó.

Lucía sintió como la calidez se derramaba en su interior. Se sentía como si flotase, ligera, ingrávida. Los labios de Alex acariciaban los suyos deleitándose en su tacto sedoso, con calma, como si el tiempo se hubiera detenido y en ese momento solo existieran ella y él. Pasó los brazos alrededor de su cuello pegándose más a su cuerpo. Alex profundizó el beso. Sus manos se deslizaban por su cadera, su cintura, su espalda haciéndola perderse en las desordenadas sensaciones que la recorrían. Lucía pasó las manos por su pelo dejando deslizarse los suaves mechones entre sus dedos y él dejó escapar un breve gemido.

Lucía no supo cuánto tiempo estuvieron así, perdidos el uno en el otro, con sus labios y sus cuerpos entrelazados. En un instante, Alex comenzó a bajar el ritmo. Sus besos y caricias se volvieron más pausados. Finalmente

se separó de ella unos centímetros. Los dos jadeaban ligeramente y ella tenía las mejillas sonrojadas. Alex la acomodó mejor sobre sus piernas recostándola en su pecho. Ella dejó descansar su cabeza sobre su hombro. Permanecieron así largo rato, mientras sus respiraciones se sosegaban, ambos perdidos en sus pensamientos. Felices de haberse encontrado.

OceanofPDF.com

8

Lucía no podía borrar su sonrisa. La alegría la desbordaba. Había tardado un tiempo en reconocerlo, pero ahora estaba segura de que tenía sentimientos hacia Alex y creía que él experimentaba algo parecido o, al menos, eso esperaba. Pasó los dedos por sus labios evocando sus besos, todavía podía notar el calor de su boca.

El sonido de la música comenzó a llegarle más nítido. La fiesta parecía haberse animado. Avanzó, abriéndose paso entre la gente que reía y bailaba alrededor de las hogueras. Buscó con la mirada a su amiga. Sara bailaba con un chico alto que llevaba el pelo lleno de rastas.

—¡Hola! —saludó acercándose a la pareja.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Sara sin dejar de moverse.

—Mejor no preguntes, luego te lo cuento.

La chica observó la sonrisa de felicidad que traía pintada en la cara.

—Uf, esa cara. No sé si quiero saberlo.

Lucía sonrió.

—Hazme caso. Te aseguro que quieres saberlo —afirmó misteriosa.

Sara la miró con curiosidad, pero no insistió.

En ese momento un sonriente David apareció a su lado.

—Se puede saber qué haces ahí tan parada. A bailar ahora mismo —la agarró de la mano y la hizo girar, envolviéndola por la cintura con su brazo para, finalmente, dejarla caer hacia atrás.

Lucía soltó una carcajada. El chico la levantó con destreza y siguió moviéndose con ella al ritmo de Marc Anthony.

De los amigos de Alex, David, era el que mejor le caía. Era bastante simpático. Habían coincidido varias veces en La Sal y siempre se había mostrado encantador con ella. Derrik, sin embargo, era otra cosa. Alex y él parecían estar muy unidos. Por otra parte, con ella se mostraba invariablemente serio y reservado. Apenas le dirigía la palabra y, a menudo, se sentía observada cuando estaba él en el grupo.

Tras bailar varias canciones más se deshizo del agarre de David, necesitaba un cuarto de baño urgentemente.

—Sara, necesito hacer pis —susurró al oído de su amiga.

—Han puesto baños portátiles pasando la tienda de alquiler de motos acuáticas —señaló hacia un punto a su derecha—. ¿Quieres que te acompañe? —ofreció.

—No hace falta, va a ser un minuto —ya iba de camino antes de haber acabado la frase.

Suspiró de alivio al ver que no había nadie en uno de los baños y entró corriendo, cerrando la puerta tras de sí.

Al salir, advirtió a un grupo de chicas que no le quitaban ojo de encima. Revisó su vestido y lo alisó, parecía que todo estaba bien. Según se iba acercando distinguió a la chica que vio en la playa con Alex, días atrás. Cuando llegó a su altura las tres chicas avanzaron hacia ella cortándole el paso.

Lucía se detuvo extrañada.

—Hola —saludaron con voz almibarada.

—Hola —contestó ella recelosa. No sabía qué pasaba, pero no se sentía cómoda con cómo la miraban.

—¿Lo pasas bien? —preguntó la chica morena.

Lucía la estudió lentamente. Era un poco más baja que ella, aunque más atlética. Tenía los ojos y el pelo oscuros, casi negros. Se podía decir que era bonita.

—Creo que te equivocas de persona. No nos conocemos —hizo ademán de avanzar, pero ellas no se movieron.

—No nos conocemos, sin embargo, tenemos algo en común, y no sé a ti, pero a mí no me gusta nada compartir —su voz era ligeramente amenazadora.

Lucía la miró confundida.

—No sé de qué hablas —aseguró cortante—. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Dio un paso adelante, pero la otra chica la empujó haciéndola retroceder.

—No me gustan nada las niñitas como tú que se creen que pueden llegar y con chasquear los dedos cualquier chico caerá rendido a sus pies. Lo que tú no sabes —la apuntó con el dedo— es que para él solo eres mera diversión. No vales lo suficiente para mantener su atención. Alex siempre va a seguir viniendo a mí como lo ha hecho los últimos meses, porque yo sé darle lo que él quiere —sus palabras estaban llenas de malicia.

Entre la confusión una idea empezó a abrirse paso en la cabeza de Lucía.

—¿Alex y tú...? —no pudo terminar la frase.

La otra chica soltó una carcajada.

—Pareces sorprendida —se burló.

Lucía se sintió enferma. El estómago se le revolvió y le costaba respirar. Los oídos le zumbaban y notaba como las lágrimas le picaban en los ojos.

Intentó abrirse paso. La otra chica tiró de su muñeca.

—¿Dónde crees que vas? Aún no he terminado contigo.

Lucía dio un tirón y se zafó. De pronto, notó un calor acompañado de dolor que le subía por el pómulos. Sorprendida se percató de que la habían golpeado. Se llevó la mano al rostro mientras la otra chica, complacida, la observaba con una sonrisa burlona.

—Mantente alejada de él si sabes lo que te conviene —advirtió.

Se giró con aires de superioridad y comenzó a alejarse seguida por sus dos amigas.

Lucía reaccionó invadida por la rabia y corrió hacia ellas empujando a la chica por detrás y haciéndola caer de rodillas en la arena. Estaba fuera de sí.

Se lanzó sobre ella y comenzó a asestar golpes a ciegas. Tras varios segundos, un fuerte brazo la agarró por la cintura y la levantó. Con la adrenalina aún bombeando por sus venas se debatió e intentó soltarse. El chico la apretó contra él intentando apaciguarla.

—Shh, tranquila —murmuró en su oído.

Lucía luchó con él un poco más, pero al instante sintió cómo las fuerzas la abandonaban y se dejó caer flácida contra el cuerpo del muchacho.

—Ya está. Tranquila, tranquila... —él siguió intentando calmarla.

Lucía se derrumbó en la arena, dos ríos de lágrimas silenciosas rodaban por su cara. Apoyó la cabeza en sus rodillas, cerró los ojos e inspiró hondo. Apenas sin registrarlo en su cabeza, oyó la voz cortante del chico que recriminaba a las otras y las advertía de que era mejor que se fueran. Luego se agachó frente a ella, le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó el rostro.

Lucía abrió los ojos y se encontró con la oscura mirada de Derrik. Su gesto era serio.

—¿Estás bien? —le giró un poco la cabeza para poder ver mejor el lugar donde la habían golpeado.

—Sí —musitó ella. Se palpó con cuidado el pómulo y no pudo evitar hacer una mueca. Notaba la cara tirante y dolorida.

—Será mejor que te pongas un poco de hielo. Vamos, te llevo a casa —la ayudó a levantarse.

Ella, dócil, le siguió hasta su coche. Dejó que le abriese la puerta del copiloto y se acomodó en el asiento sin decir palabra.

El camino hasta su casa transcurrió en el más absoluto silencio. Lucía se esforzaba por mantener su mente vacía, no quería pensar en nada. Se sentía entumecida excepto por una fuerte opresión en el pecho que hacía que le costase respirar.

De vez en cuando, notaba la mirada observadora de Derrik. Tras unos instantes, él volvía su atención de nuevo a la carretera.

En unos minutos estuvieron en la puerta de La Canela. Derrik giró la llave en el contacto y detuvo el coche. Lentamente cambió de posición hasta quedar vuelto hacia ella.

Lucía mantenía la mirada perdida, fija al frente. Dejó pasar unos segundos antes de dirigirse a él.

—Gracias —le salió apenas un hilo de voz.

Él asintió levemente. Se miraron, pero Lucía no sabía qué más decir.

Derrik rompió la tensión.

—Creo que deberías entrar y ponerte un poco de hielo si quieres poder abrir el ojo mañana.

—Sí, será lo mejor —tiró de la manilla y abrió la puerta—. Gracias de nuevo —se incorporó para salir del coche.

—Lucía —la llamó.

Se volvió hacia él.

—¿Seguro que estás bien?

Ella esbozó una pequeña sonrisa y asintió. Cerró la puerta del coche, se despidió con la mano y entró en su casa.

Sara comenzó a preocuparse. Llevaba un buen rato sin ver a Lucía. Debía haber pasado casi una hora. En un principio, mientras bailaba, distraída como estaba, no había notado su ausencia. Luego pensó que quizá se hubiera entretenido con alguien. Ahora ya no estaba segura. Lucía no habría desaparecido tanto tiempo sin decir algo.

Buscó con la mirada a Diego en los grupos de chicos que se repartían entre las hogueras. Cuando le vio a pocos metros, bailando agarrado a una preciosa morena, fue directa hacia él.

Diego notó cómo le daban unos golpecitos en el hombro y volvió la cabeza. Advirtió la expresión tensa de Sara.

—¿Pasa algo? —se detuvo y se apartó un poco de la chica con la que bailaba.

—No, que va —hizo un gesto vago quitándole importancia—. Solo estaba buscando a Lucía. ¿La has visto?

—No, desde hace un buen rato. Pensé que estaba contigo.

—Y así era, pero fue a buscar el baño y no la he vuelto a ver —Sara se retorció las manos inquieta.

Diego frunció el ceño.

—Dame un minuto —pidió.

Regresó junto a la hoguera. Sara le vio hablar unos segundos con la chica con la que había estado bailando. La besó suavemente en la mejilla y se marchó.

—Vamos, te acompaño a buscarla —anunció cuando llegó a su lado.

Llevaban más de veinte minutos buscando y aún no habían conseguido encontrar a Lucía. Recorrieron todos los sitios que se les ocurrieron, fue

inútil. Finalmente pensaron que quizá habría vuelto a la hoguera y al no verlos se habría marchado a casa por lo que decidieron ir a comprobarlo.

—El móvil sigue apagado o fuera de cobertura —exclamó Sara nerviosa guardando el teléfono.

Diego conducía sentado junto a ella. Acarició su rodilla de forma tranquilizadora.

—Cálmate, preciosa. Seguro que está bien. Habrá sido algún tipo de malentendido.

—Más le vale, porque sino la mato —aseguró decidida la chica.

En la radio sonaba Bruno Marx y Diego subió un poco la música intentando relajar a su acompañante.

—¡Para!

El grito sobresaltó a Diego que miró confundido hacia el asiento del copiloto.

—¡Para, por favor!

Sin pensarlo se echó a un lado. Apenas el coche se detuvo Sara salió corriendo sin preocuparse siquiera por cerrar la puerta. Él la siguió sin comprender nada. Se detuvo junto a ella, que cubría su boca con la mano mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

Con gesto tenso siguió su mirada. El espectáculo que vio ante él le hizo arder de furia. Mario se encontraba tumbado sobre la arena. Su camiseta era un montón a sus pies. Sentada a horcajadas sobre él se encontraba una chica y Mario besaba la piel que dejaba expuesta su camisa abierta.

Sin comprender del todo lo que estaba viendo, Sara se dio la vuelta, quería escapar de allí. Era incapaz de presenciar aquella escena. Diego la alcanzó y le agarró la mano para detenerla.

Ella sin volverse le rogó.

—Llévame a casa, por favor —su voz estaba cargada de dolor.

Diego intentó dejar a un lado la ira y centrarse en Sara. La dirigió hacia su coche, hizo que entrase y cerró la puerta. Luego lo rodeó hasta el lado del conductor, entró y, sin perder tiempo, arrancó y los alejó de allí.

Aparcó en la puerta de su casa. Sara se bajó del coche y se detuvo a contemplar las brillantes estrellas y la paz que derramaba la noche. Parecía

mentira cómo tu mundo se podía derrumbar en un solo instante mientras la vida seguía indiferente su curso imperturbable.

Caminaron en silencio hasta la puerta. Sara esperó mientras él deslizaba la llave en la cerradura. Abrió la puerta y la hizo pasar. Se detuvo en la entrada del salón abrazada a sí misma.

Diego la observó desde el vestíbulo mientras cerraba la puerta. Se la veía tan perdida. Inspiró con fuerza e intentó alejar la idea que se repetía una y otra vez en su cabeza de ir a buscar a Mario y darle una paliza. Despacio, se acercó a Sara y la abrazó. Notó cómo temblaba entre sus brazos y el dolor que le causó sentirla tan frágil hizo que todo pensamiento ajeno a esa chica dulce que sollozaba aferrada a él desapareciera.

Tras varios minutos abrazados sin moverse, Diego se separó un poco de ella y buscó su rostro con la mirada. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja, una oleada de ternura le asaltó dejándole un tanto desconcertado.

Parecía más calmada por lo que le cogió la mano y, tirando suavemente de ella, la llevó hasta el sofá.

—Voy a subir a ver si Lucía está en su habitación, enseguida vuelvo — dejó caer un suave beso en su mejilla y salió del salón.

Subió rápidamente las escaleras hasta la habitación de su hermana y abrió la puerta con cuidado. Lucía dormía tendida sobre la cama. Aliviado, cerró la puerta sin hacer ruido y regresó junto a Sara.

Con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados Sara intentaba poner en orden el caos que reinaba en su cabeza. Sintió el sofá hundirse bajo el peso de Diego y abrió los ojos. El chico sostenía delante de ella una tarrina de helado de chocolate y una cuchara.

Sara alzó las cejas.

—Dicen que ayuda —explicó él con dulzura abriendo el helado y ofreciéndole una cucharada.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de Sara mientras el sabor dulce e intenso del chocolate invadía su boca.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Sara saboreó una nueva cucharada de helado.

—No estoy segura. Todavía no lo entiendo, no logro asimilar la imagen de la playa. Pensaba que éramos felices, ¿sabes? —hizo una pequeña mueca de disgusto—. Me siento como una tonta. Nunca pensé que Mario me podría hacer algo así.

—No es culpa tuya, preciosa. Hay veces que creemos conocer a una persona, pero la cara que nos da no tiene nada que ver con su verdadero yo —tomó su mano y la miró a los ojos—. Sé que esto no es lo que quieres escuchar ahora, pero es la verdad: Mario no te merece, no te ha merecido nunca y nunca lo hará.

—Quizá —repuso ella—. Sin embargo, eso no ayuda a mi corazón roto.

—El tiempo lo hará, cariño —Diego tiró de ella y con ternura la envolvió en sus brazos.

Con lágrimas de nuevo en los ojos y arropada por el calor del cuerpo de Diego, Sara se preguntó cómo iba a lograr sobrevivir ese tiempo.

9

La madre de Lucía asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio.

—Cielo, si quieres acompañarnos al aeropuerto tienes que levantarte ya —dijo en un susurro para no despertar a Sara que dormía a su lado.

Lucía abrió apenas los ojos.

—Ya voy, mamá —contestó con voz somnolienta, bostezando.

Su madre cerró la puerta y Lucía se estiró en la cama intentando desperezarse.

Se fijó en su amiga que dormía en la cama supletoria a su lado. No recordaba que le hubiera dicho que se quedaría a dormir en su casa. A la vuelta se lo preguntaría; era temprano y prefirió no despertarla.

Salió de la cama sorteando a Sara, cogió algo de ropa del armario y se dirigió al baño para darse una ducha.

Giró la llave del agua para que se fuera calentando. Apoyada en el lavabo observó su imagen en el espejo. Tenía unas enormes ojeras y los ojos rojos e hinchados de llorar. Además, en el pómulos izquierdo se notaba un pequeño bulto, ligeramente amoratado del golpe recibido la noche anterior.

La noche anterior... volvió a notar ese dolor sordo en el pecho. No era el momento de pensar en eso, se dijo, bastante tenía con intentar disimular los estragos en su cara para que nadie hiciera preguntas. Apartó los pensamientos al rincón más alejado que pudo en su mente y comenzó a prepararse.

Tras ducharse, vestirse y arreglar, como pudo, el desastre que era su cara bajó a la cocina. Su madre estaba terminando de recoger los restos del desayuno. Lucía se acercó por detrás y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cielo —sonrió—. ¿Has dormido bien?

—Sí, más o menos —dijo vagamente.

Su madre se volvió para mirarla. Su rostro se contrajo preocupado al ver la leve hinchazón del pómulos.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —le sujetó la barbilla inspeccionando el golpe más de cerca.

—No es nada, mamá. Anoche entré en la habitación con la luz apagada, calculé mal y me di contra el marco de la puerta del baño —mintió.

—Pues vaya golpe te debiste dar, mi vida, se te está poniendo morado. Te he dicho mil veces que no andes a oscuras por la casa, que un día vamos a tener un susto —chasqueó la lengua disgustada.

Lucía asintió y fue a prepararse su Cola Cao, no quería seguir hablando de ese tema.

—Buenos días —Diego entró en la cocina.

Besó a su madre y se acercó a besar a su hermana. Cuando vio el golpe levantó las cejas interrogante.

—Luego —musitó Lucía.

Diego frunció el ceño, aunque finalmente asintió.

Lucía, sentada en la mesa, observó a su hermano mientras este se tomaba el café; tampoco parecía estar de muy buen humor esa mañana.

Su padre entreabrió la puerta de la cocina.

—Ya está todo listo, os espero fuera en cinco minutos —avisó y desapareció de nuevo.

El aeropuerto quedaba a unos escasos cuarenta minutos de San Roque. Era un aeropuerto pequeño, con varios mostradores de aerolíneas y coches de alquiler, unas pocas tiendas y dos cafeterías. Las escasas personas que había caminaban de un lado a otro con maletas y carritos.

Comprobaron en las pantallas informativas que su vuelo iba en hora y se dirigieron a los mostradores de facturación. Ya facturadas las maletas, en la entrada de la zona de embarque, entre besos, abrazos y deseos de un buen viaje, se despidieron de sus padres.

Una vez emprendieron el camino de vuelta Diego dejó parlotear a su hermana durante un rato, sabía que estaba intentando desviar su atención. Cuando llegó a la conclusión de que no le iba a decir nada por su propia voluntad, esperó a que esta hiciese una pequeña pausa y preguntó a bocajarro.

—¿Qué pasó anoche?

—Nada, me empezó a doler la cabeza y me fui a casa.

—¿Sin avisar?

—Le envié un mensaje a Sara —rezó porque su amiga le cubriese las espaldas.

—Pues Sara no lo recibió, ya que vino a buscarme porque no te encontraba. Estuvimos intentando localizarte durante más de media hora.

Lucía maldijo mentalmente.

—¿Quién te ha golpeado? —volvió Diego de nuevo a la carga.

Ella se tensó.

—Nadie, ha sido un accidente tonto.

—No me mientas, Lucía —la advertencia quedó implícita en su tono. Por el rabillo del ojo vio como ella se mordía el labio.

—Sabes que me voy a enterar de todas maneras —la presionó.

Dándose por vencida, Lucía suspiró.

—Fue una chica del pueblo.

—¿Y qué motivo creía ella que tenía para hacerte eso? —inquirió.

—Un chico.

—¿Qué chico? —exigió saber Diego.

—Eso ya no importa.

—A mí sí me importa —aclaró él remarcando las palabras—. Me gusta saber con quién andas y más si ese alguien provoca que te partan la cara y no hace nada para impedirlo.

—Él no estaba allí —le salió sin pensar, sin embargo, no entendía por qué le estaba disculpando—. Y prefiero no hablar más de ello porque ya no hay nada de qué hablar. No es que antes, realmente, lo hubiera habido, pero pasase lo que pasase, por mi parte no se va a volver a repetir —insistió zanjando el tema.

Diego la miró pensativo durante unos instantes. Asió la mano de su hermana y dulcificó el tono.

—Como quieras, hermanita. Ya sabes que siempre estoy aquí para ti.

Lucía apretó su mano y sonrió.

—Lo sé, créeme. Y hablando de anoche —Lucía cambió de tema—, ¿cómo es que se ha quedado Sara a dormir en casa? No recuerdo que me hubiera dicho nada al respecto.

El gesto de Diego se endureció.

—Quizá es mejor que te lo cuente ella.

El tono de voz de su hermano preocupó a Lucía.

—Diego, dime qué pasa —le pidió.

El chico la miró un instante, apretó los labios y suspiró.

—Cuando volvíamos a casa, a buscarte, vimos a Mario en la playa.

—Y tuvieron una pelea —aventuró Lucía.

Diego la miró con expresión grave.

—Estaba a medio vestir, con una chica sentada encima y él la estaba besando.

Lucía abrió los ojos como platos.

—¡Será cerdo! —bufó indignada—. A este le voy a decir cuatro cositas cuando me lo eche a la cara.

Diego sonrió, su hermana iba a tener que ponerse a la cola, aunque a diferencia de ella, él no pensaba utilizar, precisamente, las palabras.

El coche giró para entrar en su calle y le vio. Su moto estaba aparcada junto a la acera, el casco descansaba sobre el depósito. Él se apoyaba en la pared con una rodilla flexionada. Miraba distraído hacia abajo. Parecía sumido en sus pensamientos.

Al oír el ruido del motor levantó la vista. Lucía percibió sin duda alguna cuándo la vio. Su corazón se saltó un latido. Podía sentir su intensa mirada concentrada en ella.

Diego detuvo el coche. Vio a su hermana, que aferraba el tirador, indecisa. Miró a Alex, de pie en la acera, expectante. Entonces empezó a atar cabos.

—No tienes que hablar con él si no quieres.

Lucía suspiró.

—Será mejor que lo haga y aclare las cosas.

Salieron del coche y Diego abrazó a su hermana.

—Si me necesitas, estoy dentro.

Ella asintió y se soltó de su abrazo.

Caminó hacia Alex intentando aparentar una seguridad que no sentía. Se paró a medio metro, quería mantener la cabeza despejada.

Se observaron durante unos instantes.

—¿Qué haces aquí, Alex? ¿Te has caído de la cama? —eran menos de las diez y la noche de las hogueras solía alargarse hasta el amanecer.

—Buenos días, a ti también —esbozó algo parecido a una sonrisa, pero su tono estaba desprovisto de su habitual sarcasmo.

Lucía permaneció en silencio, no estaba de humor.

—Derrik me llamó esta mañana —añadió él a modo de explicación.

No podía verle bien tras las gafas de aviador, pero notó que miraba las sombras debajo de sus ojos hinchados y después el pequeño cardenal que iba adquiriendo tintes amarillos y verdes por los bordes.

—¿Estás bien?

Lucía ignoró su pregunta.

—¿Es cierto, Alex? ¿Sales con ella? —las palabras en voz baja salieron de su boca, tenía que saber la verdad.

—Rosa no tenía derecho a acorralarte anoche. Siempre ha sabido lo que podía esperar de mí, nunca le he dado falsas esperanzas al respecto.

—Entonces es verdad —ya no era una pregunta.

—No salgo con ella, Lucía —dijo con calma.

—Pero sí te metes en su cama —replicó ella.

El silencio fue más esclarecedor que cualquier respuesta.

—Confié en ti... —estaba dolida. Se sintió traicionada y humillada.

—Puedes hacerlo. No te he mentido —su semblante y su voz seguían siendo tranquilos. Alargó una mano hacia ella y Lucía le detuvo con un gesto.

—No puedo hacerlo —tomó aire y exhaló —. Mejor dejémoslo así.

Alex buscó sus ojos y la miró unos segundos.

—Está bien. Si eso es lo que quieres... —se acercó y la besó suavemente debajo del cardenal. Se puso el casco, se montó en su moto y aceleró metiendo primera.

Algo dentro de Lucía se quebró y su corazón saltó en mil pedazos, ni siquiera había hecho el menor intento de retenerla. Se quedó mirándole hasta que desapareció en la distancia y después entró en casa.

Sara seguía en la cama con la mirada fija en el techo. Llevaba un rato despierta pero no encontraba las fuerzas para levantarse. La puerta se abrió un poco y asomó la cabeza de Lucía. La vio escudriñar entre las sombras.

—Estoy despierta —dijo Sara.

Lucía entró en la habitación y subió la persiana para dejar pasar un poco de luz. Se sentó en la cama a su lado.

—Buenos días, cielo. ¿Cómo estás?

La expresión apenada de Lucía significaba que ya había hablado con Diego.

Sara se encogió de hombros y siguió mirando al techo unos instantes. Se incorporó en la cama. Apoyó la espalda en la pared y se abrazó las rodillas.

—Decepcionada, sobre todo, además de dolida, confundida, herida en mi orgullo y furiosa. —se presionó los ojos con las palmas de las manos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a hablar con él?

—Por ahora no quiero verle, Luci. No puedo mirarle a la cara después de esto —se retorció los dedos con fuerza, como siempre que estaba nerviosa o angustiada—. No puedo quitarme la imagen de la cabeza, su cara mientras la besaba, sus manos recorriendo su cuerpo; y yo allí parada, mirando, como si fuese un mal sueño, pensando que no podía estar haciéndome eso, que él me quería. Me sentí morir... —gimió.

Lucía la atrajo en un abrazo y, como si se hubiese roto un dique, las lágrimas comenzaron a manar sin control. La acunó durante un rato dejando que se desahogase. Cuando consiguió tranquilizarse un poco, se apartó. Lucía abrió un cajón y le dio un paquete de pañuelos.

Sara se secó las lágrimas y se sonó.

—No sé qué hacer, me siento pérdida.

—No tienes que tomar ninguna decisión ahora, cielo. Tómate tu tiempo para pensar. Deja que se asiente todo en tu cabeza —Lucía le apretó suavemente las manos intentando infundirle ánimos—. Yo voy a estar a tu lado.

Sara respiró hondo y asintió.

—¿Puedo quedarme aquí unos días? No quiero que mi padre se preocupe si me ve en este estado.

—Por supuesto que sí, cariño. Ya sabes que aquí siempre eres bienvenida.

Las dos chicas se volvieron a abrazar.

Sara arrugó el pañuelo empapado que tenía en la mano y lo dejó sobre la cama.

De pronto, miró a Lucía y recordó.

—¿Y a ti, qué te pasó ayer? ¿Por qué desapareciste sin decir nada? —le recriminó mientras sacaba un nuevo pañuelo del paquete y volvía a sonarse.

Los ojos de Lucía se volvieron vidriosos. La tensión de las últimas horas amenazaba con salir mientras ella intentaba retener las lágrimas.

Sara la miró confundida.

—Pero Luci...

No pudo terminar la frase porque su amiga empezó a sollozar ruidosamente. Ahora fue ella la que tuvo que abrazar a Lucía.

—El amor es un asco —dijo esta entre hipo— y los hombres son unos cerdos.

Sara no pudo evitar sonreír entre las lágrimas viendo el desastre que eran las dos en ese momento.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos porque como sigamos así, entre las dos, acabamos con la sequía en España —le tendió un pañuelo a su amiga.

Lucía hizo un gesto a medio camino entre un puchero y una sonrisa.

Dos golpes sonaron y tras la puerta apareció Diego.

—¿Qué es este drama? —exclamó viendo las lágrimas correr por el rostro de las dos chicas—. Esto va a acabar conmigo, las dos a la vez no. Dejad de llorar por favor, hacedlo por mí —suplicó con cara de pena.

Las chicas al ver el gesto desesperado en la cara del muchacho prorrumpieron en risas.

—Vamos, os invito a una terapia de helado —dijo más relajado al ver su reacción.

Lucía le miró extrañada por la sugerencia. ¿Terapia de helado? ¿Habían salido esas palabras de la boca de su hermano?

—No preguntes por qué lo sé, hermanita, pero me han dicho que funciona —le guiñó un ojo a Sara y tiró de ellas en dirección a la cocina.

10

¡Brr! El teléfono móvil de Sara volvió a vibrar señalando que había recibido un nuevo Whatsapp.

—¿Cuántos van ya? —inquirió Lucía.

—Unos quince o veinte, no llevo la cuenta —dijo con gesto compungido.

Sobre las once de la mañana Sara recibió la primera llamada de Mario. No tuvo fuerzas para contestar al teléfono. Él insistió varias veces más, con el mismo resultado. Tras esto empezaron a llegarle mensajes al Whatsapp. Desde hacía aproximadamente tres horas había empezado a llamar cada media hora, también. Nerviosa por el timbre que sonaba una y otra vez, finalmente había decidido quitarle el sonido al teléfono y darle la vuelta para no poder ver la pantalla. Aún así cada vez que el aparato vibraba Sara daba un respingo.

—¿No piensas contestar en ningún momento?

—No.

—Quizá debieras hablar con él, cielo —sugirió Lucía suavemente—. Sé que tienes mucho que pensar, pero no podrás mantener las cosas así durante mucho tiempo. Cuando vaya a tu casa y vea que no estás, ¿cuánto crees que tardará en venir aquí?

Como si hubiera sido una premonición, sonó el timbre. Sara empalideció y notó como un río helado corría por sus venas, comenzó a temblar. Sabía que no podía retrasarlo más, que tenía que enfrentarse a él, sin embargo, su cuerpo no le respondía, no podía moverse.

Cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. Había llegado el momento y tenía que cerrar ese capítulo, por muy doloroso que se le hiciera.

Diego estaba en la puerta. Su cuerpo cubría el vano por lo que no podía ver quién estaba al otro lado. Advirtió su postura rígida y supo, sin duda alguna, que era Mario. Se armó de valor, ignoró el nudo que notaba en su pecho y caminó hacia ellos.

—No tienes ni una sola oportunidad de que te deje acercarte a ella —le escuchó decir. Sara posó la mano sobre su hombro.

—Está bien, Diego. Creo que tenemos que hablar.

Echó la vista por encima de su hombro.

—¿Estás segura? —sus ojos la estudiaban intentando buscar la verdad.

—Sí, lo estoy —repuso suavemente.

Diego la observó un instante más, asintió y se marchó por el pasillo.

Sara avanzó unos pasos y entornó la puerta tras de sí. Estaban frente a frente.

Mario, nada más verla, pronunció su nombre y suspiró agradecido. Intentó abrazarla pero Sara retrocedió alzando las manos como si con ese simple gesto pudiera mantenerlo alejado.

—Perdóname, cariño. Soy un imbécil —se pasó las manos por el pelo.

Sara le miraba sin decir nada.

—No sé qué me pasó, no tenía que haberte hablado así, ni haberme ido —gesticulaba nervioso.

Ella seguía en silencio, observándole. Mirando esa cara que tanto amaba y escuchando las excusas que salían de su boca. De esa boca que tantas veces la había besado con pasión, con ternura. Y que, ahora sabía, tantas veces la había mentido y besado a otras.

Desconcertado ante su silencio intentó acercarse de nuevo, pero ella le detuvo con un gesto.

—Te vi —su voz era apenas un murmullo.

—¿Que me viste? —repitió él sin entender a que se refería.

—Sí, te vi —alzó la voz mirándole directamente a los ojos—. Te vi con ella en la playa —Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Mario al comprender a qué se refería.

—Escúchame, Sara —se acercó a ella, que esta vez se lo permitió—. Estaba borracho y no tenía una buena noche, habíamos discutido... Sé que no es excusa pero no sabía lo que hacía. —La abrazó y ella se mantuvo rígida en sus brazos.

—Perdóname, mi vida. Lo siento tanto —intentó tomar sus labios.

Le dio un empujón en el pecho, apartándole.

—Dime, ¿qué es lo que sientes, Mario? —explotó casi gritando—. ¿Haberme mentido, haberme roto el corazón o que me haya enterado? —ahora estaba furiosa.

—Sara, te quiero. Ha sido un error. Me equivoqué.

—Tienes razón, sí que ha sido un error. Ha sido un error confiarte mi corazón. Y ahora que lo has hecho pedazos no puedes volver a recomponerlo —los sollozos que sacudían su pecho no le dejaron añadir nada más.

—Sara, por favor... —se derrumbó cayendo de rodillas abrazándose a su cintura. Ella negó con la cabeza.

—No puedo, Mario. No puedo... —se zafó de su agarre, cerró la puerta y corrió hasta desplomarse en la cama.

Pasaron un par de días. Desde esa tarde, en la cual Sara estuvo más de una hora llorando encerrada en la habitación de Lucía, no había vuelto a derramar una lágrima ni a nombrar a su exnovio. Era como si al haber cerrado la puerta, dejándole allí arrodillado, ella hubiera cerrado también su corazón y sus sentimientos.

El agua recorría su piel en una fría caricia mientras sus músculos se calentaban por el esfuerzo. Llegó a la pared, dio la vuelta y se impulsó mientras mantenía el ritmo con unas potentes brazadas. Se había levantado inquieto y el ejercicio físico le relajaba. Los últimos días se sentía un tanto raro, intranquilo. La presencia de la mejor amiga de su hermana en su casa le tenía un poco desconcertado. Sara siempre le había parecido preciosa y sexy, pero hasta ese momento no había sentido ningún tipo de atracción hacia ella. Era más bien una relación filial, como si se tratase de otra hermana pequeña. Le tenía cariño y se lo pasaban bien juntos, nada más allá. Sin embargo, en los últimos días, tenía una sensación distinta como si algo hubiese cambiado entre ellos. Cuando estaban en la misma sala notaba cierta tensión alrededor. Quizá fuera solo cosa suya porque Sara se mostraba con él igual que siempre.

Vio a las dos chicas cruzar el jardín en dirección a las hamacas. Hizo el último largo y salió del agua.

—Buenos días, dormilonas —saludó caminando hacía ellas con una toalla en la mano.

Su hermana le dio una sonrisa mientras extendía su toalla en la hamaca.

—¿Te has levantado deportista? —inquirió Sara estirando su cuerpo bajo el sol de la mañana.

—Ya sabes que este físico no se mantiene del aire —se jactó él.

—Ten cuidado no te lo vayas a creer —respondió la chica divertida.

Se recogió el pelo en un moño suelto en lo alto de la cabeza y se quitó las gafas de sol para darse protector solar en la cara.

Diego observó las sombras oscuras bajo sus ojos.

—¿No has dormido bien?

Instintivamente Sara se llevó las manos a sus marcadas ojeras.

—Últimamente me cuesta un poco conciliar el sueño.

Su tono de voz y su gesto, ligeramente apenado, le causaron tales ganas de estrecharla entre sus brazos que durante unos instantes se quedó bloqueado.

—Diego, baja...

Sara le zarandeó con suavidad.

—Perdona, ¿qué decías? —parpadeó varias veces centrando su visión.

—Estabas en las nubes. Te preguntaba si quieres algo de beber.

—No, gracias. No tengo sed ahora.

La chica le sonrió y caminó hacia la casa. La siguió con la vista. Sabía que no era el mejor momento. Acababa de romper con Mario. Pero iba a tener que hacer algo para descubrir qué le estaba pasando con ella si no quería volverse loco.

El resto del día pasó tranquilo. Se bañaron en la piscina, hicieron pasta para comer y, después, vieron una película, bastante aburrida, que consiguió que se quedaran todos dormidos.

A eso de las ocho sonó un mensaje en el teléfono de Lucía.

—Es David. Hoy hay cine de verano y me pregunta si vamos a ir.

Los últimos días David le había enviado varios mensajes proponiéndole planes.

Sara y Diego estaban en el sofá, él sentado y ella recostada con las piernas encima.

— ¿Tú qué dices, pequeñaja? ¿Te apetece?

—Por mí está bien. No puedo quedarme encerrada en vuestra casa para siempre —hizo un mohín y le tiró un cojín a la cara—, y no me llames pequeñaja.

—Pero es que lo eres —obtenía una satisfacción perversa al provocarla.

Sara le tiró otro cojín y él se encogió para protegerse, acto seguido se abalanzó sobre ella y empezó a golpearla con el mismo cojín que hacía un momento la chica le había tirado.

Sara intentó oponer resistencia sujetándole los brazos pero Diego era más fuerte, así que optó por protegerse el rostro. Viendo que estaba con la guardia baja, Diego empezó a hacerle cosquillas.

—No, cosquillas no —suplicó Sara retorciéndose entre carcajadas.

En un momento dado, ambos perdieron el equilibrio y rodaron al suelo.

—Sois tal para cual —dijo Lucía negando con la cabeza, viendo como su hermano y Sara reían como dos niños, tirados en el suelo, jadeantes y con el pelo despeinado—. Voy a vestirme.

Los dos chicos se pusieron serios por un momento, al ver la cara de resignación de Lucía mientras salía del salón, para luego mirarse y estallar de nuevo en carcajadas.

El cine de verano lo montaban en un antiguo palacio condal situado en el límite del casco antiguo de San Roque. Era un edificio rectangular, de corte herreriano, en piedra y ladrillo. En su centro se alzaba una torre coronada por un capitel piramidal terminado en punta, revestido de pizarra negra. La parte trasera consistía en un patio de suelo empedrado rodeado por un grueso muro construido del mismo material que el resto del edificio.

Cuando llegaron no había mucha gente, la mayoría de las sillas aún se encontraban vacías.

—¿Vais a coger sitio mientras compro algo de beber? —sugirió Diego.

—Te acompaño, me apetece algo dulce —dijo Sara cogiéndose de su brazo.

Lucía sonrió a su golosa amiga.

—Ok. Entonces yo me encargo del sitio.

Se dirigió hacia el patio y avanzó entre las hileras de sillas buscando tres asientos. Finalmente eligió unos que le parecieron bien situados y se sentó a esperar.

—Hola —una figura saltó el respaldo dejándose caer en el asiento a su lado.

—¡Ah! David, me asustaste.

—Te estaba buscando —el chico sonreía de oreja a oreja.

—Pues bien, ya me has encontrado —repuso ella devolviéndole la sonrisa.

—Veo que por fin te has decidido a salir de casa. Me alegro.

—Han sido unos días algo complicados —dijo Lucía a modo de explicación.

—Algo he oído —pero no añadió nada más al respecto.

—¿Con quién has venido? —lo dejó caer del modo más casual que pudo, pero la realidad era que quería saber si tendría que ver a Alex esa noche.

Como si solo por decir su nombre le hubiera invocado apareció a su lado seguido por Derrik.

—Hola, princesa —la saludó, pero no se acercó a ella. Se apoyó en el muro de piedra mirándola con su eterna sonrisa burlona.

—Lucía —Derrik también la saludo.

—Hola —respondió ella intentando mantener su mirada alejada de Alex.

David ignoró la presencia de sus amigos y continuó con su conversación.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Lucía se encogió de hombros.

—Creo que aún no tenemos planes.

—Estábamos pensando en ir al parque natural. Las playas allí son la leche. Son totalmente vírgenes y suele haber poca gente. ¿Por qué no venís?

—¿A dónde hay que ir? —Sara apareció por el pasillo cargada con una bolsa de chucherías. Se sentó al lado de Lucía.

—Al parque natural —respondió David.

—Me encantan esas playas. Genial, nos apuntamos.

Lucía le echó una mirada asesina. Lo que menos le apetecía era pasar el día con Alex en una playa perdida.

—¿Qué? —dijo Sara al ver cómo la miraba su amiga.

—Recuérdame que te mate —siseó esta en su oído.

—Carpe diem, amiga —dijo con una sonrisa y chocó su Coca Cola con la de ella.

La luz se apagó y todos tomaron asiento. David y Sara la flanqueaban cada uno a uno de sus lados, Diego se acomodó a continuación de Sara y, Derrik y Alex, en los asientos de atrás.

Lucía se removía inquieta en el asiento, no lograba concentrarse en la película. Sentía los ojos de Alex clavados constantemente en su nuca. Cuando ya no pudo más, se levantó y salió fuera, necesitaba un poco de espacio.

Caminó por los solitarios pasillos y se sentó en el vano de uno de los grandes ventanales que se abrían en el muro. El lugar se encontraba ligeramente en penumbra ya que los postigos de madera estaban entornados. Respiró hondo y cerró los ojos.

No le hizo falta abrirlos para saber que no estaba sola y quién estaba a su lado.

—¿Ahora te dedicas a perseguir a las chicas por pasillos oscuros? —preguntó con los ojos aún cerrados.

Escuchó su risa suave.

—Lo cierto es que hasta el momento no me había hecho falta. Pero tú me lo estás poniendo difícil. Contigo, como siempre, no me vale lo habitual.

Lucía abrió los ojos. Alex se apoyaba en el muro a su lado y la miraba con expresión indescifrable.

—¿Debería sentirme halagada? —exclamó con ironía.

Alex enarcó una ceja.

—Podría decirse que sí. ¿No te gustan los cumplidos?

—Digamos que me escaman. No me fío de tus intenciones cuando eres amable.

—Chica lista. ¿Me creerías si te digo que voy a ser bueno?

Lucía miró su sonrisa canalla, estaba segura de que derretía corazones.

—Le dijo el lobo a la oveja.

Él volvió a reír. Se inclinó para susurrar en su oído.

—Tranquila, por ahora, no te voy a comer.

Lucía sintió su cálido aliento y la respiración se le aceleró. Su cercanía la desarmaba.

Alex cogió sus manos y tiró de ella para levantarla.

—¿Qué estás haciendo? —clamó Lucía. La había pillado desprevenida y con el impulso cayó entre sus brazos.

—Llevarte dentro antes de que Sara note que no estamos y mande la caballería a buscarte.

—Ah —dijo confundida por las sensaciones que recorrían su cuerpo en todas las partes donde se tocaba con el de él.

—¿Decepcionada? —inquirió burlón.

Lucía, recuperando el control de sí misma, se apartó un poco.

—En absoluto —le contradijo irguiendo la cabeza arrogante.

Alex rodeó su cintura cerrando de nuevo el espacio entre ellos. Sus ojos brillaban con malicia mientras acercaba su rostro. Lucía no podía dejar de mirar su sensual boca e instintivamente entreabrió los labios. En el último momento Alex giró la cabeza levemente y besó su comisura.

—Perfecto. Entonces volvamos.

Le miró furiosa. Estaba jugando con ella.

Ignorando su gesto, Alex asió su mano y comenzó a caminar de vuelta con una sonrisa satisfecha.

11

Lucía se frotó los brazos. Corría una leve brisa que le puso la piel de gallina. Era temprano aún, las nueve, más o menos. Esperaban en la calle a que llegasen los demás. David se había empeñado en salir pronto para aprovechar mejor el día así que ahí estaban, con apenas ocho horas de sueño, bostezando sin parar.

—Ahí vienen —dijo Sara.

Miró al fondo de la calle y distinguió el Volkswagen Golf de Derrik que se acercaba, pero Alex no iba en su interior. Le oyó antes de verle, el bramar del motor de la Suzuki retumbaba en el silencio de la calle. Su corazón empezó una alocada carrera, como siempre que él estaba cerca.

—Ya estamos todos —anunció Sara satisfecha cuando los tres chicos se bajaron de los vehículos—. ¿Cómo nos organizamos?

Eran seis, ya que Sara había convencido a Diego para que los acompañase.

—Vamos bastante cargados —David abrió el maletero—. Si os parece nos repartimos tres y tres y dividimos la comida y el resto de las cosas entre los dos coches.

—Yo voy en moto.

La mirada de Alex cayó sobre Lucía cuando lo dijo. ¿Acaso era una invitación?. No pudo ni considerarlo. David le tomó la mano y la metió en el coche de Derrik.

—Lucía viene con nosotros —declaró sin darle tiempo para protestar.

Se pusieron en marcha. Alex iba delante de ellos por lo que estaba constantemente dentro de su campo de visión. La carretera hasta su destino era una prolongación de curvas suaves. Lucía miraba hipnotizada el cuerpo de Alex, viendo sus músculos ondular y tensarse al frenar, reducir, tumbar y levantarse en un baile de movimientos elegantes y coordinados. Recordaba su cercanía y el calor que se filtraba a través de sus ropas templando su piel, su fuerza avivando sus sentidos. Anheló su contacto deseando ir junto él, sentir la brisa deslizarse por su cabello.

No fue capaz de seguir ni una sola palabra de la conversación que mantenían los dos chicos delante de ella, absorta como estaba en su imagen. La moto dobló tras un campo de girasoles, sus altos tallos mecidos por el viento. Finalmente, se detuvo en lo alto de una colina.

Lucía bajó del coche. A lo lejos se podía ver un mar de dunas, contenido por el majestuoso océano que se extendía, infinito, hasta fundirse con el azul del cielo en el horizonte. Melancólica dejó su vista vagar por el bello paisaje.

—Alegra esa cara —Sara se acercó por detrás.

Lucía esbozó una sonrisa, pero se quedó en un pobre intento. Su amiga le tendió un par de bolsas de playa. Los chicos cargados con el resto de las cosas ya habían comenzado a bajar.

—Lo intentaré.

—Eso no es suficiente —la riñó cariñosamente—. Vamos a pasar un gran día, repite conmigo.

—Vamos a pasar un gran día —dijo sin mucha convicción.

—Eso es —le dio una gran sonrisa—. Ahora solo tienes que repetirlo cien veces más.

Lucía contempló el rostro sonriente de su amiga.

—¿Cómo lo haces, Sara? Pareces llevarlo tan bien.

—¿Realmente lo crees? —su gesto se tornó serio—. Me siento rota por dentro, Lucía, pero estar triste y llorar no va a arreglar nada. Así es la vida. Te lleva del cielo al infierno en un instante —chasqueó los dedos— sin que muchas veces sepas porqué. Pero hay que vivirla y yo elijo seguir adelante. Así que todos los días cuando me despierto y recuerdo que Mario ya no está a mi lado, en vez de dejarme llevar por la pena, me obligo a levantarme, me visto y me pinto la sonrisa en la cara, y finjo que soy feliz. De alguna manera sé que un día me levantaré y ya no tendré que fingir más porque se habrá hecho realidad.

Lucía, consternada, la abrazó con fuerza. No se había dado cuenta de hasta qué punto sufría su amiga.

—Lo siento, no quería ponerte triste. He sido muy insensible solo pensando en mí y mis absurdos problemas cuando estos no son nada comparados con lo que te ha ocurrido a ti —se disculpó sinceramente.

Sara se enjugó una lágrima que, traicionera, le resbalaba por la mejilla.

—No pasa nada, amor. Tengo que vivir con ello. Y ahora muévete —tiró de ella poniendo de nuevo una sonrisa en su rostro— y bajemos antes de que se den cuenta de que no vamos detrás y vengan a buscarnos.

Ya en la playa, de mejor humor, ayudaron a los chicos a colocar las cosas. Una vez acabaron, Lucía se acercó para unirse a Sara y a Diego que estaban tumbados en unas toallas debajo de la sombrilla. Al instante apareció Alex que dejó caer una baraja de cartas frente a ellos. Sonrió con malicia.

—Alguien por aquí se anima a perder una partida de mus —les desafió.

Lucía se picó, no podía con su arrogancia.

— ¿Querías decir que te animas a perder una partida de mus? —dijo sarcástica.

—Vaya, vaya. ¿Y vas a ser tú quien me gane?

—Tú lo has dicho.

—Eso me gustaría verlo.

Se sentó frente a ella y sacó la baraja de la caja.

—Está bien, señorita sabelotodo, veamos lo que sabes hacer.

Diego y Derrik se unieron a la partida. Alex dispuso los chinos en el centro.

—Corta —dejó la baraja delante de Lucía. Esta lo hizo y sacó el as de espadas.

—Derrik, repartes. Lucía, eres mano.

—Corrida y sin señas —anunció Derrik. Barajó las cartas y comenzó a repartir.

—Así que dices que eres buena en esto —Alex la provocó.

Lucía observó sus labios que se curvaban burlones.

—Digamos que me defiendo.

—Muy bien, princesa. Vamos allá —miró sus cartas y le guiñó un ojo—. Tú hablas.

Durante la siguiente hora Diego y Lucía se pusieron por delante tres juegos a dos, pero en la última partida Alex y Derrik les empataron.

Era la partida decisiva e iban perdiendo por puntos. Alex y Derrik estaban a punto de ganar. Lucía miraba a Alex, que era mano, intentando cazar alguna seña.

—Juego sí —dijo el chico.

Diego y Derrik no tenían.

—Juego sí —dijo Lucía.

—Diez —apostó Alex. La observaba tamborileando los dedos sobre las cartas—. ¿Tienes miedo, princesa? —se mofó.

Lucía frunció el ceño. Si no se arriesgaba iban a perder la partida. Estudió el rostro de Alex buscando algún indicio. Él sonrió retador.

—Quiero —dijo finalmente.

— ¿Estás segura de que quieres hacer eso? —su sonrisa se volvió pícara.

Lucía asintió.

—Bien, tú lo has querido —Alex levantó sus cartas. Tenía dos reyes, un caballo y un as—. Treinta y una —dijo complacido.

David soltó una carcajada.

—Chicos, creo que habéis perdido —anunció.

Lucía ladeó la cabeza y miró a Alex. Levantó sus cartas una por una. Tenía el siete de espadas, el siete de copas, el siete de bastos y la sota de oros, la Real. Una sonrisa iluminó su rostro.

Alex abrió los ojos como platos, miró a Lucía y de nuevo a las cartas.

Todos los demás estallaron en carcajadas.

Lucía se levantó. Miró a Alex.

—Y ahora si quieres vuelves a por otra —espetó con chulería y caminó hacia la orilla.

Alex se levantó tras ella. Lucía, al verle, echó a correr y se metió en el agua. Alex la alcanzó y la hundió brevemente.

—Esto para que se te bajen los humos —exclamó divertido.

—Tienes mal perder —rio ella y empujó sus hombros con fuerza hacia abajo hundiéndole.

Antes de que Alex pudiera sacar la cabeza del agua comenzó a alejarse huyendo de él. En tres brazadas la alcanzó y tiró de su pie volviéndola a hundir. Lucía intentó escapar de nuevo pero Alex la atrapó cogiéndola por la cintura.

Ella estaba sin aliento por el esfuerzo de la huida y las carcajadas. Alex soltó un brazo de su agarre y le apartó el pelo del rostro.

—¿Tienes ya suficiente? —quiso saber entre risas.

—Sí, lo siento. No volveré a insinuar que eres un torpe jugando al mus —bromeó ella.

—Eres una listilla —hundió los dedos en sus costillas haciéndole cosquillas.

—Vale, vale. Ya paro —aseguró sofocada alzando las manos en señal de rendición.

Alex suspendió el asalto y la sostuvo por la cintura. Lucía apoyó las manos sobre sus hombros y cogió aire.

El suave balanceo de las olas los mecía y las rocas los mantenían protegidos de la brisa. Ambos estaban en silencio. Sus respiraciones ligeramente aceleradas. Alex deslizó la palma de su mano por la espalda de Lucía en una caricia lenta. Sus ojos la observaban atentos, intentando captar todas sus reacciones. El sol extendía reflejos en la superficie del agua a su alrededor, iluminando su piel. Tenía las pupilas dilatadas y el iris era un anillo verde a su alrededor. Bajó la vista hasta sus labios. Volvió a mirarla a los ojos y dejó resbalar el dorso de sus dedos por su mejilla y su cuello hasta llegar a la nuca. Un temblor la recorrió.

Suavemente la acercó y la besó. Dibujó sus labios con los suyos haciendo a su pulso acelerarse. Muy despacio, deshizo el nudo de la parte superior de su bikini y lo arrastró fuera de su cuerpo. Lucía titubeó, pero él separó sus labios y la besó más profundo, tentándola. La atrajo más cerca, piel contra piel. Su cuerpo se volvió maleable, adaptándose al de él, a sus planos y curvas. Alex salpicó de pequeños besos su cuello. Dejó que sus manos subieran por sus costados y delicadamente cubrieron sus pechos. Con ternura las deslizó en una caricia lenta que hizo correr fuego por sus venas.

Jadeaba cuando Alex separó su boca de la suya. La mantuvo abrazada. Fue consciente de que él estaba conteniendo su deseo. Sus manos eran delicadas pero su cuerpo estaba tenso. La intimidad del momento la turbó. Se apartó y recuperó la parte de arriba de su bikini.

—¿Ya quieres escapar?

—Esto no es buena idea —mantuvo la mirada baja mientras anudaba el bikini.

—¿Por qué? Tú lo deseas, yo lo deseo. ¿Cuál es el problema?

—Tú y yo como parte del mismo todo. No creo que funcione —terminó de colocarse—. Y yo no lo deseo —aclaró.

Alex puso un dedo bajo su barbilla y le hizo alzar el rostro hasta mirarle a la cara.

—Sabes tan bien como yo que eso no es verdad.

—¿Ahora lees la mente?

—No hace falta. Toda tú me lo dices —su voz era como una caricia—. Me lo dicen tus ojos, tus pupilas se dilatan cuando me acerco —se pegó a ella para probarlo—. Me lo dice tu piel que se calienta y se eriza cuando te toco —dejó resbalar las yemas de sus dedos desde los hombros hasta llegar a las palmas de sus manos donde entrelazó sus dedos con los de ella—. Y tus labios entreabiertos, tan suaves y tentadores que no puedo dejar de besarlos —los frotó con los suyos, muy despacio.

—No, Alex. Para —Lucía puso las manos en su pecho y le empujó débilmente.

Él permitió que se separase unos centímetros, pero no la soltó. Trabajó su mirada con la de ella.

—No quiero seguir con esto.

No quería dejarla ir, pero el ruego en su voz le llevó a hacerlo. Vio cómo se alejaba nadando hacia la orilla. Llenó sus pulmones de aire y exhaló. Permaneció un rato flotando en el agua hasta que el deseo le abandonó y luego volvió a la playa.

Llevaba más de una hora recostado en la toalla, observándola desde detrás de sus gafas de sol. Ella no apartaba la vista de las páginas de su

libro. Apostaba a que evitaba mirarle. Sus ojos recorrieron la curva de su cuello y bajaron lentamente por su cuerpo, disfrutando. Aún sentía las punzadas del deseo insatisfecho. Pero no era solo eso, iba más allá. Desde que la vio por primera vez sentada en la terraza de La Sal no podía quitársela de la cabeza. Se había mantenido alejado pero se encontró pensando en ella a cada momento. Cuando estaba cerca la cosa no era mejor. Un sentimiento de desazón se abría paso en su interior. Necesitarla le hacía sentir desvalido.

Derrick se dejó caer a su lado tendiéndole una lata de Coca Cola.

—¿Admirando el paisaje? —señaló al motivo de sus quebraderos de cabeza.

—Qué quieres que te diga... —exclamó exasperado.

Su amigo rio al escuchar su tono irritado.

—Te está haciendo sudar, ¿eh?

Alex soltó algo parecido a un gruñido.

—Amigo, creo que vas a tener que aprender a tolerar mejor la frustración —divertido, le dio una palmada en la espalda.

—Si solo fuera eso... —se mesó el pelo—. Más que frustrado estoy acojonado —confesó.

Derrick se quitó las gafas de sol y le miró a los ojos.

—Quizá va siendo hora de que pases página y asumas algunos riesgos.

—No tiene por qué salir bien —objetó Alex.

—Nunca lo vas a saber si no lo intentas. Hay cosas por las que merece la pena arriesgarse.

—¿Dónde queda el aléjate de ella de días atrás? —inquirió Alex con sorna.

—Puede que estuviera equivocado —dijo encogiéndose de hombros—. Mantener a los demás a distancia te garantiza no sufrir pero también te impide vivir plenamente.

—Empiezas a sonar como un artículo de la Cosmopolitan —se burló Alex.

—Lo que tú digas —declaró Derrik sin inmutarse—. Pero yo me lo platearía antes de que alguien se te adelante.

Buscó con la mirada a Lucía. Estaba en el agua. Contempló como reía despreocupada mientras David la tomaba de la cintura y la subía a hombros para tirarla después. Quizá su amigo tuviera razón. Puede que fuera el momento de tomar ciertas decisiones.

OceanofPDF.com

12

La música atronó en sus oídos cuando el gorila de la entrada abrió la puerta. Heaven era uno de los sitios de moda ese verano. Pasaron a través de las dos enormes columnas blancas que franqueaban la entrada. Aún era pronto y no estaba muy lleno, solo pequeños grupos aquí y allá. Algunas personas bailaban en la pista.

Las dos chicas caminaron sorteando a la gente mientras escudriñaban la sala a su alrededor.

—Ya los veo —Sara señaló hacia el fondo del local. Cogió a Lucía de la mano y avanzó tirando de ella.

Cuando llegaron David y Derrik las recibieron con dos besos. Alex estaba acodado en la barra. Observó a Lucía de arriba a abajo, sonriente, y le guiñó un ojo.

Las chicas se acomodaron en unos taburetes. Diego estaba con un amigo de la universidad que estaba pasando unos días de vacaciones en un pueblo cercano a San Roque. Se acercó y las besó. Luego hizo las presentaciones.

—Lucas, esta es mi hermana Lucía y esa pequeñaja con mala leche que está a su lado es su amiga Sara.

La chica le echó una mirada asesina.

—No le hagas ni caso. Es un poco idiota —aclaró dándole dos besos.

Lucas ocupó un hueco libre en la barra al lado de Lucía.

—¿Qué quieres tomar? —ofreció.

—Un Brugal con Coca light, gracias —ella le sonrió amablemente.

—Tenía ganas de conocerte, tu hermano habla mucho de ti —dijo mientras le entregaba su copa.

—Espero que solo cosas buenas.

—Eso no lo dudes ni un segundo. Y por lo que veo no exageraba. Eres incluso más guapa de lo que imaginaba.

—Gracias, tú tampoco estás mal —bromeó ella.

En ese momento empezó a sonar Bailando de Enrique Iglesias y Sara tiró de Diego, que con cara de resignación se dejó llevar a la pista de baile.

Lucía les miró divertida. Cuando se volvió Lucas la estaba observando.

—¿Quieres bailar? —apoyó la mano en su cintura.

Ella dudó un segundo. Su mirada fue hasta Alex. Él charlaba tranquilo con Derrik, sin prestarle la más mínima atención.

—¿Por qué no? —se levantó y cogió la mano que el chico le ofrecía.

Salieron a la pista y se unieron a Sara y Diego.

Alex miraba de reojo a Lucía con el ceño fruncido mientras esta bailaba muy sonriente con el amigo de Diego.

—Tranquilo hombre, solo están bailando —Derrik le puso una cerveza en la mano.

Alex miró de nuevo a la pareja con gesto torvo y resopló. Sentía un nudo en el estómago.

Sonó una nueva canción y Lucas retuvo a Lucía en la pista tomándola de la cintura y acercándola a él. Alex veía como la miraba con claro deseo y algo parecido a la furia empezó a hervir en su pecho. Quería ir hasta allí y arrancar las manos del chico del cuerpo de Lucía. Cuando estaba con él siempre permanecía a la defensiva. Sin embargo, allí estaba esa noche, divirtiéndose sin ningún reparo con aquel idiota que había traído su hermano.

Derrik que observaba a su amigo vio como su mandíbula se tensaba cada vez más.

—Cualquiera diría que estás celoso.

—No digas gilipolleces —replicó Alex dando un trago de la botella.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero te estás comportando como un novio celoso. O eso o como un acosador. Reconoce que te has enganchado, tío. Y ¡deja de mirarla con esa cara que la vas a desgastar! —sonrió y chocó la cerveza con la de Alex.

Alex también sonrió, a su pesar, y le dio un trago a su cerveza. Notó que al final de la barra una chica rubia no dejaba de observarle. La miró y ella caminó hasta colocarse junto a él. Pidió un Beefeater con tónica. No paraba de echarle miraditas, estaba claro que esperaba que él le diera pie. La chica era bonita y sexy y comenzó a hablar con ella intentando distraerse, pero

era incapaz de seguir el hilo de la conversación; su atención volvía constantemente a Lucía. Atónito llegó a una clara conclusión, Derrik tenía razón: estaba celoso.

Vio cómo Lucas dejaba sola un momento a Lucía y no dudó. Soltó la cerveza en la barra y caminó decidido hacia ella. Contempló cómo se movía con sensualidad, siguiendo el ritmo de la música. Se colocó a su espalda y rodeó su cintura atrayéndola hacia su pecho. Ella se sobresaltó y miró por encima del hombro. Al verle se tensó un instante. Alex cerró su abrazo. Le estudió durante unos segundos y una cálida sonrisa apareció en su rostro y se relajó contra él.

Se movían al ritmo de la música. Lucía arqueó la espalda, dejando su cuello expuesto. Alex se inclinó y posó sus labios en él. Lentamente ella subió los brazos y los puso alrededor de su cuello, enredando los dedos en el sedoso cabello de su nuca. Alex aferró sus muñecas. Luego bajó por sus antebrazos, por la curva de sus codos. Acarició con sus pulgares la curvatura de sus pechos. La respiración de Lucía era rápida y entrecortada. Lentamente tomó su cintura y la giró hasta que la tuvo frente a él. Su mirada era brumosa. Estaba preciosa y le estaba volviendo loco. Quería besarla. Ella debió notar su anhelo porque su gesto se contrajo e intentó soltarse. Alex la mantuvo junto a él.

—Esta vez no vas a salir corriendo. Ya me he cansado de jugar —la sostuvo por el codo y la llevó hasta donde estaba el resto del grupo—. Lo siento chicos pero la señorita y yo tenemos cosas que aclarar. Nos vemos —le tendió su cazadora a Lucía y salieron del local.

Sara y Diego habían ido detrás al ver a Alex sacar precipitadamente a Lucía de la pista.

—Parece que alguien está un poco tenso esta noche —canturreó la chica con cierta maldad, mirando como los dos se dirigían a la salida.

—A veces resulta duro rendirse ante lo evidente —repuso Derrik esbozando media sonrisa.

—¿Tengo que preocuparme? —Diego seguía la escena con el ceño fruncido.

—Solo de no poder seguirme el ritmo —advirtió Sara con una sonrisa llevándole de nuevo a la pista—. Tu hermana sabe cuidarse solita, créeme.

Bailaron un rato bromeando y riendo. Luego el ritmo de la música se volvió más lento y Diego rodeó su cintura. Ella le echó los brazos al cuello. Se balanceaban con los cuerpos muy cerca el uno del otro. Se sentía bien estando así con él, con sus fuertes brazos rodeándola. En los últimos días Diego se había vuelto una constante en su vida. Su serena presencia la reconfortaba. También era paciente y divertido. Le miró a través de sus pestañas; parecía concentrado en sus pensamientos, con los ojos ligeramente entrecerrados. El pelo castaño le brillaba bajo la luz de los focos. Quiso pasar las manos por entre los desordenados mechones.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó jocoso arqueando una ceja.

Sara se ruborizó. Había estado tan absorta que llevaba un buen rato mirándole fijamente sin ni siquiera pestañear.

—Apenas —movió la mano en un gesto de indiferencia—. De hecho estaba pensando que eres el tipo más feo con el que he bailado en mi vida.

Diego soltó una carcajada.

—Me está bien empleado —acomodó los brazos a su alrededor acercándola un poco más—. Hmm... Hueles bien —olisqueó su cuello haciéndole cosquillas con la nariz.

—¿Sí? —ladeó la cabeza siguiéndole el juego.

—Tan bien que dan ganas de comerte —la mordisqueó risueño.

—Veo que no has tardado en buscarme un sustituto.

La voz de Mario estalló a su espalda congelando la sonrisa en su cara. Despacio se dio la vuelta. Diego colocó las manos firmemente a ambos lados de su cintura ignorando la mirada furibunda del otro chico.

—No creo que tú seas la persona más adecuada para reprocharme nada, ¿o debo recordarte por qué rompimos? —espetó Sara con rabia.

—Al menos cuando estabas conmigo te comportabas con más clase y no como una cualquiera que deja que la soben delante de todo el mundo.

Diego oprimió con fuerza su cintura. Sara estaba segura de que en cualquier momento iba a saltar sobre Mario. Puso una mano en su antebrazo intentando calmarle.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia —replicó altiva—. Y hablando de clase... te refieres a la que tienen tus amiguitas —miró con malicia a una rubia oxigenada, parada a medio metro de él, esperando embutida en un minivestido de tubo que dejaba poco a la imaginación.

—Siempre has sido una perra arrogante...

En ese momento la situación se descontroló. Sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo Diego la apartó a un lado y se abalanzó sobre Mario. Conectó un puñetazo en su mandíbula. Mario aguantó el equilibrio y le lanzó un derechazo que pegó justo debajo del ojo izquierdo de Diego. Este, con la adrenalina corriendo por sus venas, se repuso y le asestó otro golpe en el estómago que le hizo caer al suelo encogido sobre sí mismo. Luego lanzó una patada al cuerpo caído del otro muchacho, pero no llegó a golpearle, Derrik y Lucas le sujetaron rodeándole los brazos intentando que se calmara.

Con los dedos apretando su boca y expresión horrorizada Sara vio como varias personas incorporaban a Mario. Tenía varios golpes en la cara y le sangraba el labio. Su mirada rabiosa la taladró mientras se alejaba. Se acercó a Diego con los ojos vidriosos. Los chicos habían conseguido aplacarles pero aún tenía el rostro desencajado por la tensión. Estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sujeta entre sus manos. Se acuclilló frente a él y buscó sus ojos. El chico levantó la cabeza lo suficiente para apenas mirarla. Sus ojos ardían y su boca era una fina línea. Sara colocó una mano en la parte del rostro que no tenía golpeada y él se apoyó en ella cerrando los ojos. Permanecieron así un momento, hasta que la respiración de Diego se sosegó.

—Si querías dejar de bailar solo tenías que decirlo —bromeó Sara con voz suave.

Diego le devolvió una sonrisa sin humor. Sara se levantó y tiró de él para incorporarle.

—Vamos, por hoy la fiesta ha terminado —sin soltarle la mano le arrastró hasta la barra y se despidieron de sus amigos.

—¿Puedes conducir? Si no te encuentras bien o estás mareado o te duele la cabeza, podemos ir andando o llamar a Lucas o... —Sara hablaba sin

parar parada en la puerta del copiloto mientras él abría el coche.

—Ha sido solo un puñetazo. Venga, no seas exagerada y sube al coche —dijo deslizándose tras el volante.

—¿Estás seguro? —le miró preocupada mientras se acomodaba—. De verdad que no me importa entrar y...

Diego se inclinó hacia ella hasta que sus rostros estuvieron a pocos centímetros.

—Estoy bien y agradezco tu preocupación. Pero ahora, por favor, deja de parlotear como si fueras mamá gallina y vayamos a casa —se inclinó un poco más sobre su asiento y la vio abrir los ojos como platos y contener la respiración. Sin dejar de mirarla agarró el cinturón de seguridad y la rodeó, anclándolo. Luego volvió a su asiento, se puso el suyo y arrancó. Tras unos segundos la oyó exhalar. Divertido y complacido disimuló una sonrisa y condujo de vuelta a su casa.

Alex paró la Suzuki al final de un camino mal asfaltado. Ayudó a Lucía a bajar y caminó con ella de la mano. Retazos de nubes ocultaban a intervalos la luz de la luna dibujando figuras en el sendero. Lucía contempló la imponente silueta del faro. La esbelta torre de piedra desde la que se alargaban brazos de luz trazando el cielo nocturno.

—Vamos —la guió hasta una plataforma de hormigón enclavada en lo alto del acantilado.

El mar rugía al estrellarse en su base. Se sentaron en silencio durante un rato mirando el horizonte.

—Tú no me conoces —comenzó Alex. Su mirada perdida en la oscuridad del mar que se extendía ante ellos—. Soy una persona complicada. La verdad, es que nunca he sido lo que se dice un santo. Mi carácter es impulsivo y bastante indómito. Tengo obsesión por la justicia, o al menos por lo que yo creo justo, por lo que me cuesta plegarme a las normas. Esto ha hecho que haya sido un imán para los problemas desde que puedo recordar —alzó un hombro en señal de resignación—. Mis padres siempre han sido bastante tolerantes con ello, decían que era un rebelde con buen corazón, una mezcla moderna entre Robin Hood y James Dean (mi madre y su afición por el cine...) —sus labios se curvaron en una mueca—. Hace

tres años conocí a Adriana. Nunca me había enamorado —su tono de voz era duro con un matiz de ironía—. La primera vez que vi su pelo rojo fuego y esos ojos azules, tan transparentes, que parecía que te podías hundir en ellos, me quedé parado en medio del paseo marítimo con la boca abierta como un idiota cualquiera. El resto fue fácil, ella se había fijado en mí y comenzamos a salir. Al principio fue divertido, siempre se le ocurrían planes locos y arriesgados. Luego la cosa fue degenerando. Bebía hasta perder el sentido, consumía todo tipo de sustancias y se descontrolaba —hizo una pequeña pausa—. No es que yo no bebiese o no hubiese tonteado alguna vez con las drogas, pero ella estaba desfasada —calló un momento con la mirada ausente como si estuviera buceando entre sus recuerdos—. Una noche, ya estaba muy pasada. Le dije que la iba a llevar a casa. Se rio, según ella yo no era nadie para decirle lo que tenía que hacer. Se lo estaba pasando bien y quería quedarse y bailar y seguir bebiendo. Cogió al tipo de al lado y empezó a alejarse camino de la pista con paso tambaleante. La retuve aferrando su muñeca pero se soltó y siguió su camino.

Estaba muy enfadado y salí a tomar el aire. Una vez que me hube despejado un poco, decidí que no podía dejarla allí en semejante estado y volví dentro para llevármela. No la vi en la pista, ni tampoco en la barra o en las mesas. Me dirigí a los baños, quizá se había empezado a encontrar mal. Abrí la puerta del baño de las chicas y la llamé. No estaba allí. Dudé mirando el cartel del círculo y la flecha. No tenía sentido que estuviera allí dentro, pero no había salido del local, de eso estaba seguro. Entré y miré a mi alrededor. Tras una de las puertas se oían unos murmullos y risas. Empujé con suavidad y la vi apoyada contra la pared, con los ojos cerrados, las manos del tipo perdidas debajo de su falda. Sobre la tapa del inodoro estaban tirados un pequeño espejo con un par de rayas de cocaína y una tarjeta de crédito. Debí emitir algún sonido porque ella abrió los ojos. Me miró. No dijo nada. Cuando el tipo chupó su cuello entrecerró los ojos y me ignoró. Me fui de allí furioso, cogí la moto y salí haciendo rueda. No recuerdo dónde estuve, solo la sensación de rabia y la velocidad. Llegué a mi casa ya amaneciendo. Mi madre me esperaba en la cocina con una taza de café. Adriana había tenido un accidente de coche —hizo una pausa para coger aliento—. Murió en el mismo instante del impacto. El tío que conducía iba puesto hasta arriba de coca y se salió de la carretera. Supongo que dejé caer el casco, porque el rostro de mi madre se crispó cuando con un estruendo terrible golpeó el suelo, pero yo ni siquiera lo noté, estaba

como adormecido, no sentía nada. Pasados unos días la realidad me golpeó y me engulló. No podía soportarlo. Caí en una espiral auto destructiva de alcohol y violencia. Bebía hasta perder el conocimiento. Me enrollaba cada día con una chica distinta y provocaba y participaba en cada ocasión de pelea que encontraba. Sentía una ira incontenible contra todo, pero más que nada contra mí mismo. Mis padres finalmente tomaron cartas en el asunto y me enviaron a estudiar fuera, a Canadá. Querían que cambiase de aires y de hábitos. Allí, poco a poco, con la distancia, disciplina y terapia encarrilé de nuevo mi vida. Volver a España supuso un reto. Intento ir con pies de plomo, sin involucrarme demasiado con nada ni con nadie. En Madrid consigo mantenerme en el buen camino. Regresar aquí, a San Roque, ha sido mucho más difícil. Mantenerme a distancia de mis emociones me ayuda a mantener el control. Hasta ahora lo estaba consiguiendo, hasta que te vi a ti...

13

Alex jugueteaba con los dedos de Lucía. Su expresión era seria, pero serena, estaba libre de la tensión que habitualmente mostraba, como si el haber compartido con ella esa parte de su pasado le hubiera liberado.

El silencio los envolvía, pero no era incómodo. Lucía se sentía más cerca de él ahora. Se había abierto a ella y le había mostrado sus miedos. Lo malo es que con ello la había desarmado. Ya no quedaba nada del muro que construyó para mantenerle alejado de su corazón. Y eso era peligroso. Ni él mismo sabía si era capaz de bajar las defensas como para dejar acercarse a alguien lo suficiente.

Entrelazó los dedos con los suyos y él levantó la vista de sus manos unidas. Lucía recorrió su rostro. Su gesto era contenido, no revelaba ninguna emoción. Sus duras facciones, perfiladas por la luz de la luna, parecían esculpidas en piedra, aún así era hermoso. Estudió sus ojos, brillaban con intensidad, incluso en esa oscuridad que les rodeaba podía notarlo, traicionando la apariencia de serenidad que mostraba. Delineó su labio inferior con el dedo índice. Su boca estaba hecha para el pecado, pensó dejando escapar un suspiro.

Con una lenta sonrisa Alex sujetó su mano impidiendo que la alejara y besó una a una las yemas de sus dedos. Luego los extendió y depositó un suave beso en su palma abierta.

Una calidez familiar corrió desde las puntas de los dedos de Lucía inundando todo su cuerpo. Alex sujetó su barbilla entre el índice y el pulgar con suavidad, mirándola a los ojos. Quería besarla, podía leerlo en su expresión, pero no se acercó. Se mantuvo quieto dejando que ella tomara la decisión. Lo que él no sabía era que ya estaba tomada, ella ya no podía negarle, había traspasado sus defensas y tomado su corazón. Lo único que podía hacer era rendirse, reconocer que se había enamorado y rezar para que no se lo rompiera en mil pedazos.

Se acercó a su rostro y le besó. Alex sostuvo su cara con ambas manos, su lengua recorrió su boca, acariciadora. Sus movimientos eran lentos y pausados, se deleitaba en su roce, en su sabor. La quería a su lado sin remedio y esta vez intentaría no fallar.

—Aún no has dicho nada —subía y bajaba las palmas de las manos por la piel femenina, del hombro a la muñeca y vuelta, en una caricia inconsciente.

Lucía se acomodó mejor contra su pecho.

—Gracias por compartir esa parte de tu pasado conmigo.

—¿Ya está?

—No tengo nada más que decir. Del resto no me corresponde opinar. No soy quien para juzgarte ni a ti, ni tus actos. Todos tenemos derecho a cometer errores.

Alex arqueó una ceja suspicaz.

—Lo único que puedo asegurarte, si te sirve de algo, es que nunca te dañaría a propósito —le acarició la cara con ternura—. Puedes confiar en mí porque yo pienso hacerlo en ti. Mis expectativas son altas y no voy a permitir que me defraudes —aseguró con una sonrisa.

—Intentaré estar a la altura —murmuró irónico contra sus labios, abrazándola más fuerte. Lucía pudo sentir la promesa en su mirada.

—Ya está. Creo que ya es suficiente —Diego apartó la mano con la que Sara apretaba la bolsa de gel helado contra la hinchazón que empezaba a aparecer en su cara.

—Deja de quejarte, pareces una nena —se burló volviendo a presionar con delicadeza sobre el rostro del chico.

—Me estás volviendo loco con tantas atenciones —se quejó él torciendo el gesto—. Ya te he dicho que estoy bien, ¡si no puedo sentir media cara, cómo me va a doler!

—Deberías agradecerme que intente que no se estropee más tu fea cara.

—Muchas gracias por tu interés, pequeñaja. Pero hasta ahora me ha ido bastante bien con esta fea cara —marcó comillas con los dedos— y seguro que no faltarán candidatas que se preocupen por aliviar mis dolores.

Sara rodó los ojos.

—A no ser que quieras ser tú la única que juegue conmigo a los médicos...

—En tus sueños —Sara apretó la bolsa de gel contra su cara.

—¡Ay! Joder, que duele.

—Vaya, lo siento. No me había dado cuenta —dijo con voz dulce.

Diego sonrió para sus adentros. Adoraba a esa chica.

Lucía cerró la puerta y le hizo un gesto a Alex para que se mantuviera en silencio. Era tarde y muy posiblemente Sara y Diego estuvieran dormidos. Cuando Alex se detuvo en la puerta de su casa fue incapaz de dejarle ir. Sin pensar, había tirado de él para que la acompañara. El salón estaba a oscuras salvo por la luz del televisor. Entreabrió la puerta y se asomó. Diego y Sara estaban dormidos en el sofá en un enredo de brazos y piernas. Lucía los observó un instante, sonriendo. Muy despacio, para no hacer ruido, cogió el mando a distancia que estaba sobre la mesa y apagó el televisor. Volvió al pasillo donde había dejado a Alex.

—Se han quedado dormidos. Están de foto —susurró divertida.

Comenzaron a subir las escaleras. Alex la seguía aferrando su cintura. Se detuvieron en la puerta de su habitación. Lucía palpó la pared buscando el interruptor de la luz. Cerró los ojos al sentir los labios de Alex revolotear por su cuello. Por fin, encontró el interruptor y lo pulsó.

Alex sintió la rigidez de Lucía y la oyó jadear. Apartó la boca de su piel y se irguió detrás de ella. Parecía que había pasado un tornado por la habitación, estaba destrozada. Los cajones estaban volcados y las puertas de los armarios permanecían abiertas. La ropa y todo lo que contenían yacían desperdigados por el suelo. En el espejo, en grandes letras rojas, se leía: ÚLTIMO AVISO, ZORRA.

Lucía se dio la vuelta y escondió la cara contra el pecho de Alex, estaba temblando. Él la abrazó fuerte mirando atónito el panorama.

Cuando se hubo recuperado de la impresión, Lucía se apartó de él. Miró el cuarto patas arriba. Furiosa, entró. Cogió la primera prenda que vio en el suelo y comenzó a frotar el espejo. Esto ya había llegado demasiado lejos.

—¿Me vas a contar de qué va todo esto? —preguntó Alex con voz suave.

Le miró a través del espejo. Con un suspiro soltó la camiseta que estaba usando como trapo improvisado.

—Alguien está jugando conmigo. He recibido algunas amenazas desde que estoy en San Roque.

—¿Qué tipo de amenazas?

—Insultos y advertencias sobre que me aleje. Pero nunca dicen de quién. Es como si lo debiera saber.

—Ya veo —unas arrugas aparecieron en la frente de Alex—. ¿Quieres que llamemos a la policía?

—Preferiría no hacerlo. Solo es una broma de mal gusto, alguien que intenta divertirse a mi costa —dijo convencida— y no quisiera que llamasen a mis padres y les estropearan el viaje.

—¿Estás segura? Esta vez me parece que el bromista se ha pasado de la raya...

—Sí, estoy segura. No te preocupes, no es más que un poco de pintura y desorden —intentó sonreír, tenía los ojos vidriosos—. Solo estoy un poco disgustada.

—Ven aquí —Alex la atrajo hacia él y la abrazó con ternura. Besó su pelo y apoyó la mejilla contra su coronilla—. Está bien, no te preocupes, te ayudaré a recoger.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —la voz somnolienta de Sara les llegó desde la puerta—. ¿Es que os ha dado por hacer limpieza a estas horas? —dijo señalando todos los trastos en el suelo.

Alex miró a Lucía y vio la indecisión en su rostro.

—Alguien ha entrado en la casa y ha revuelto toda la habitación.

—¡Oh, Dios! —Sara se llevó las manos al pecho—. No me digas que han entrado a robar. Y con nosotros durmiendo abajo —su tez se puso pálida.

Alex se acercó y la llevó hasta una silla.

—¿Es que no sabéis la hora que es? ¿Por qué narices hacéis tanto ruido? —Diego avanzaba por el pasillo frotándose los ojos—. ¿Pero qué coño ha pasado aquí? —observó el desorden desde la puerta.

—Han entrado a robar —apuntó Sara rápidamente.

—Lo cierto es que no han sido unos ladrones —aclaró Alex—. Alguien ha querido asustar a Lucía.

Diego se acercó a su hermana que permanecía callada sentada en la cama revuelta.

—¿Estás bien, hermanita?

—Sí, con ganas de matar a alguien, pero bien.

Alex esbozó una pequeña sonrisa al oírla.

—¿Quién ha podido hacerlo? —preguntó Diego.

—¿Habéis subido a la habitación cuando habéis llegado? —preguntó Alex.

Diego negó con la cabeza. Todos miraron a Sara.

—No, fui a la cocina directa y de ahí al salón con Diego.

—Entonces ha podido ser cualquiera, ni siquiera sabemos a qué hora lo hicieron —concluyó Alex.

—Seguro que ha sido la arpía de Rosa y su séquito. ¿No te advirtió en la playa que te mantuvieses alejada de Alex? Me crucé con ella en el Heaven y diría que no estaba muy contenta viendo como bailabais —espetó Sara blandiendo un dedo acusador.

—¿Es cierto? —Alex se acercó a Lucía— ¿Te amenazó?

Lucía se encogió de hombros mirando al suelo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se arrodilló a su lado buscando sus ojos.

—No le di importancia. Pensé que era solo una fanfarronada.

—Deberías habérmelo dicho.

—No pensé que te importara —se mordió el labio.

Alex notó lo cansada que estaba.

—Deberías acostarte. Ya terminaremos de recoger mañana —la besó en la frente y se levantó.

—Sí, será lo mejor. Suficientes emociones por esta noche —dijo Diego—. Podéis dormir en mi habitación, yo dormiré en el salón. Cogió a su hermana y a Sara de la mano y las guió por el pasillo hasta su cuarto.

Alex esperó hasta que las dos chicas estuvieron acostadas, se despidió de Diego y salió de la casa. Miró su reloj. Eran cerca de las cuatro. Aceleró la moto. Disfrutó el viento frío atravesándole, necesitaba tranquilizarse.

Aparcó en el camino del espigón. Podía oír voces a lo lejos. Sabía que aún estaría allí. Caminó decidido hacia el grupo buscando con la mirada hasta que dio con ella. La chica notó que alguien se acercaba y miró hacia él. Sus ojos se abrieron con sorpresa y una lenta sonrisa se dibujó en su boca.

—Vaya, vaya. Mira lo que trajo el viento —se apartó el pelo recogiénolo a un lado de su cuello con un sensual gesto.

—Demos una vuelta —Alex le tendió la mano.

Rosa se pasó la lengua por el labio inferior y dejó que él la levantara. Caminaron unos metros hasta quedar fuera de la vista de los demás. Alex se detuvo y se giró para estar frente a ella.

—Sabía que no tardarías en venir a buscarme —le rodeó el cuello con sus brazos aferrándose a él—. Esa niñata no es suficiente para ti —pegó su cuerpo contra el suyo buscando sus labios.

—Apártate —su voz era fría como el hielo. Soltó los brazos de la chica de alrededor de su cuello.

Rosa le miró confundida.

—¿En qué estabas pensando? Amenazarla. ¿Es qué has perdido el juicio? Te has pasado de la raya —se apartó unos pasos de la chica—. Entre tú y yo nunca ha habido nada que no fuera sexo. Nunca te prometí otra cosa. No quiero que vuelvas a acercarte a ella. Esta vez has ido demasiado lejos.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por ella? Ni siquiera vale lo suficiente como para defenderse solita. No se merece tu esfuerzo —siseó con desprecio.

—Quiero que la dejes en paz, ni la nombres a no ser que quieras ser el blanco de mi ira —la agarró con fuerza por el brazo.

—¿Sabes, Alex? No me das miedo. Sigue con tu putita y olvídate de mí. Ya volverás con el rabo entre las piernas —se soltó de su agarre de un tirón.

—Estás advertida, Rosa. Te aseguro que no te iba a gustar tener problemas conmigo, así que evítalo —le dedicó una última mirada asqueada y se marchó.

Sara no podía dormir. La noche había sido intensa, primero la discusión con Mario y la posterior pelea entre él y Diego, y luego la habitación destrozada y el tema de las amenazas a Lucía. Se sentía inquieta. Bajaría a la cocina a por un vaso de leche, eso siempre la calmaba.

Salió de la cama y caminó de puntillas para no despertar a su amiga que dormía en la cama de su hermano. Bajó las escaleras a oscuras. Al pasar por la puerta del salón se detuvo. La luz de la luna entraba por los ventanales que tenían las cortinas descorridas. Podía distinguir perfectamente a Diego en el sofá. Dudó un instante.

Caminó despacio hasta detenerse junto a él. Observó cómo dormía. Su respiración era tranquila. Estaba estirado con los brazos cruzados por encima de la cabeza. Sus rasgos se suavizaban con el sueño y destacaban sus labios llenos y suaves. Se sentó despacio a su lado. Solo vestía unos pantalones cortos. Advirtió, con sorpresa, que un hormigueo se iniciaba en el fondo de su estómago. Vacilante, aventuró sus manos en un lento recorrido por su torso, delineando los marcados músculos. Tenía un bonito cuerpo.

Con los ojos aún cerrados él se movió ligeramente ante su roce. Sara sonrió. Titubeó unos segundos y luego acercó su boca hasta los labios del chico. Los rozó brevemente, apenas una caricia.

La ligera presión hizo que Diego abriera los ojos. La miró un instante con ojos nublados por el sueño. Mientras su mente registraba la situación sus pupilas se dilataron borrando cualquier rastro de adormecimiento. La tomó de la nuca con suavidad hasta llevarla de nuevo a su boca. Probó sus labios con pasión y con la otra mano le acarició la cadera. Con un movimiento rápido la sentó a horcajadas sobre él. Presionó su palma por su costado hasta su estómago. Tensó la mano en el denso pelo femenino haciéndola inclinar la cabeza para tener mejor acceso a su cuello. Frotó los labios en la sensible piel. Subió un poco su camiseta y sustituyó la mano por su boca, que comenzó a repartir besos siguiendo el camino que marcaba el elástico de su ropa interior.

Sara gimió e introdujo las manos en su pelo. Diego alzó los ojos hasta encontrar los de ella. Sin apartar su mirada de él, Sara agarró el extremo de

su camiseta y la sacó por su cabeza. Diego la acercó hasta sentir el calor de su cuerpo y la besó de nuevo hasta perderse el uno en el otro.

OceanofPDF.com

14

Lucía estiró los brazos y movió la cabeza hacia ambos lados. Se había despertado temprano. Le tomó cerca de dos horas acabar de colocar la habitación. Había terminado hacía unos minutos. Cogió la leche de la nevera y la vertió en una taza de cerámica con vaquitas pintadas. Le añadió dos cucharadas de Cola Cao y la puso en el microondas. Se apoyó contra la encimera mientras se calentaba. Oyó los pies descalzos de Sara en el pasillo.

—Buenos días, cielo —entró en la cocina y la abrazó—. ¿Qué tal has dormido?

—Poco. Me he levantado temprano. Quería arreglar el desastre de arriba.

—¿Por qué no me has despertado? Te hubiera ayudado —la reprendió suavemente.

—Estabas tan profundamente dormida y con tal expresión de felicidad en la cara que me ha dado pena —Lucía se encogió de hombros y dio un sorbo a su Cola Cao—. ¿Algún sueño dulce? Porque aún tienes esa expresión bobalicona en la cara.

—Quizá. Nunca me acuerdo de lo que sueño —Sara se concentró en coger agua en la jarra para llenar la cafetera. Si ella supiera...—. Me sorprende que no me hubieras contado nada de lo que estaba pasando con esos mensajes. ¿Y si en vez de una broma hubiera sido algún loco? Últimamente contigo no gano para sustos.

—Anda, no dramáticas. Simplemente no le di importancia y no quería que te preocuparas, que eres siempre muy exagerada.

—Nena, ¿sabes que me tienes aquí para todo, verdad? —dijo poniéndose seria y un poco preocupada.

—Claro que sí, como siempre. ¿Quién sino iba a meter las narices en mis asuntos constantemente? —le dio un exagerado beso.

—Buenos días —la voz alegre de Diego resonó en la cocina—. ¿Cómo estás hermanita? —se paró delante de ella y le puso las manos sobre los hombros—. Tienes ojeras.

—He madrugado.

—Me lo tenías que haber contado.

—Tú también... —empezaba a cansarse de tanto sermón—. Lo siento, no ha estado bien no quería decir nada, no lo volveré a hacer —recitó.

—No es para tomárselo a broma —le lanzó una mirada reprobadora por encima del hombro mientras sacaba una taza del armario—. Podría haberte pasado algo.

—Pero lo importante es que no ha sido así y Alex me mandó un mensaje esta mañana diciendo que estuviera tranquila que ya lo ha solucionado. Así qué olvidémonos del asunto y a otra cosa mariposa.

Su hermano negó con la cabeza ante su inconsciencia. Se sirvió un café y se sentó a la mesa.

—Te veo muy risueño —ladeó la cabeza estudiando la expresión de Diego.

—No, que va.

—Sí, tienes una sonrisilla estúpida bailando en la cara —movió la mano alrededor de su rostro.

—Habré dormido bien.

—Pues ya me daréis la receta porque después de lo de ayer yo estoy hecha unos zorros y he dormido de pena —aseguró.

Sara se atragantó con el café y casi tuvo que escupirlo. Diego miraba a su taza muy interesado en el contenido. ¿Qué he dicho?, se preguntó Lucía ante la reacción de sus compañeros de desayuno. Bueno, ya lo averiguaría, en cuanto tuviera ocasión. Se estiró como un gato y se fue directa a la ducha.

En el momento que Lucía hubo salido de la cocina Sara se levantó de la mesa y fue a la pila a dejar la taza vacía. Estaba nerviosa. Lo sucedido la noche anterior había sido maravilloso. Diego era tierno, dulce, ardiente. Hizo que se sintiera bella y deseada. Pero una vez calmada la pasión y a la luz del día no sabía muy bien cómo comportarse. Por su expresión podía discernir que algo había cambiado en su relación. Pero hasta qué grado y qué era lo que quería él, le era imposible adivinarlo. Tan siquiera imaginaba hasta ayer que Diego pudiese sentir algo hacia ella además de cariño y amistad. Por no hablar de ella misma, que creía estar totalmente cerrada a

cualquier tipo de interacción sexual y/o romántica con alguien del sexo opuesto. Mucho menos con el hermano mayor de su mejor amiga.

Diego la contemplaba mientras enjuagaba la taza perdida en sus pensamientos. Llevaba la misma camiseta que la noche anterior había acabado hecha un montón en el suelo. Su imaginación voló recreándose en el recuerdo de lo que sabía que se encontraba debajo. Dejó su taza despacio sobre la mesa y se acercó a su espalda. Rodeó su cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

—Buenos días de nuevo, preciosa —puso un pequeño beso en la zona sensible detrás de su oreja.

Sara dio un respingo y su piel se erizó.

—Buenos días —siguió concentrada en su tarea sin mirarle.

—¿Has dormido bien? —preguntó con tono travieso.

—Ajá.

—Hum... No te has levantado muy habladora hoy —le mordisqueó el lóbulo de la oreja y a Sara le temblaron las piernas. La giró hasta ver su preciosa cara. Arqueó una ceja al notar la confusión en sus ojos—. ¿Estamos bien?

—Depende, ¿qué es para ti estar bien? —hizo una mueca nerviosa.

Él acarició su cuello con el dorso de la mano.

—Esto —besó el camino que había hecho su mano—. Esto —besó su mandíbula—. Esto —besó sus párpados—. Y esto —besó con ardor sus labios.

Sara se deshizo ante su toque y se dejó arrastrar cuando la alzó por la cintura y la sentó sobre la encimera. Se colocó entre sus piernas sin dejar de besarla. Acarició sus muslos, su cintura y sus pechos haciéndola jadear.

—¿Te ha parecido suficientemente esclarecedor? —su respiración también era entrecortada.

—Sí, creo que me hago una pequeña idea —una resplandeciente sonrisa se abría camino en su rostro.

—Perfecto, me alegro de que estemos de acuerdo —dejó caer un beso en la punta de su nariz y la bajó de nuevo al suelo.

Lucía tenía ganas de estar un rato a solas. Había cogido sus Havainas, un ligero vestido azul de algodón y había salido a la playa. El lugar aún estaba tranquilo. Caminó un rato sin destino fijo, deleitándose con el sonido del mar y la sensación de sus pies hundiéndose en la fresca arena, recién pulida por las olas. Necesitaba un poco de paz después del circo en el que se había convertido su vida los últimos días. Eso y que también había decidido darle un poco de intimidad a los tortolitos. Porque tenía muy claro que entre su hermano y Sara había surgido algo. Pobres, como actores desde luego no tenían precio. Era imposible no darse cuenta de las miradas, los susurros y los roces casuales que cruzaban a todas horas. Por ahora estaba dispuesta a dejarles disfrutar de su ilusión de secreto compartido, sin interferir. Ya decidirían ellos si lo que tenían se convertía en algo de lo que quisieran hacer partícipes a los demás.

Se sentó en la arena y sacó el móvil. Echaba de menos a Alex, quería verle. Las cosas entre ellos parecía que avanzaban. Muy despacio. Los dos iban con pies de plomo. Pero definitivamente creía que iban por el mismo camino. No sabría decir si tenían una relación en el sentido estricto y romántico de la palabra, no habían hablado de nada de eso. Disfrutaban estando juntos y se veían mucho. Hablaban, reían, se enviaban decenas de Whatsapp al día y, por supuesto, no podía ser de otra manera, tratándose de ellos dos, discutían por tonterías y se reconciliaban con millones de dulces, tiernos, apasionados y excitantes besos. Sin ninguna duda, esa era la parte que más le gustaba, sí.

Deslizó el índice por la pantalla del teléfono.

Hola. ¿Duermes?

Buenos días, princesa. En la playa.

¿Otra vez te has caído de la cama?

Muy graciosa. Insinúas que soy un holgazán?

Pensaba que no te gustaba madrugar

Me has pillado. Solo si la ocasión lo merece. Hay buenas olas. ¿Vienes?

Claro.

No tardes.

Impaciente.

Por ti, siempre.

Sin palabras. Ahora te veo.

Llegó justo a tiempo para verle coger las últimas olas. Alex salió con la tabla bajo el brazo y la piel húmeda y reluciente bajo el sol. ¡Guau! Podría pasar por un digno descendiente de Poseidón. Caminó hacia donde ella estaba de pie. Clavó la tabla en la arena, se pasó las manos por el pelo para retirarse las gotas de agua, la apretó contra él y la besó de tal manera que la dejó sin aliento.

—¡Qué efusividad!

—Te echaba de menos —mordisqueó sus labios juguetón.

—Yo a ti también, pero me estas mojando.

Una risa ahogada salió de su pecho.

—Perdona. Tu boca me atrae como un imán —la soltó con otro pequeño beso. Se sentó en una toalla que estaba extendida al lado de donde había dejado la tabla. Tiró de ella y la acomodó entre sus piernas—. Me encanta tenerte para mí solo tan temprano —susurró en su oído.

Lucía sonrió cuando su aliento le hizo cosquillas.

—Decidí darles un poco de espacio a los Amantes de Teruel. Tanto cruce de miraditas de cachorro enamorado me estaba rompiendo el corazón —dramática, se puso la mano en el pecho.

—No seas mala. Deberías decirles que lo sabes y dejar de hacerles sufrir —dijo haciendo tirabuzones con los mechones sueltos que rozaban su nuca.

—Primero: no soy mala, soy discreta. Segundo: si alguien tiene que decir algo aquí, esos son ellos que son los implicados. Y tercero: sufrir, lo que se dice sufrir no creo yo que estén sufriendo mucho —le guiñó un ojo pícara.

—Muy bien, señorita sabelotodo, como son tu hermano y tu mejor amiga tú sabrás lo que haces. Además llevarle la contraria a tu preciosa y dura cabeza es inútil, así que mejor me ahorro el esfuerzo —se levantó y comenzó a recoger sus cosas.

Lucía le siguió.

—¿Qué vas a hacer ahora? —se sacudió la falda quitándose la arena.

—Pensaba darme una ducha e ir a buscarte. Pero te has adelantado —sonrió—. Ya que estás aquí me puedes acompañar, si quieres.

—¿Adónde? —preguntó Lucía suspicaz.

—La propuesta inicial se refería a mi casa para que pudiera ducharme, pero si te sientes atrevida podemos ampliarla hasta debajo del agua..., junto a mí —sus ojos brillaron maliciosos.

—¿Siempre eres tan sutil? —replicó Lucía irónica.

—Mi propuesta había sido totalmente inocente. Es tu mente calenturienta la que ha interpretado a su gusto. Quizá tu subconsciente te está diciendo algo.

—¡Ja! Ya te gustaría a ti.

—Pues sí, no te voy a engañar pero será cuando tú quieras —la besó dulcemente y se encaminaron hacia su casa.

Alex abrió la puerta y se apartó para que Lucía pudiese pasar. Dejó caer las llaves en un aparador de madera, en el recibidor. Enfiló el pasillo hacia su habitación. Lucía se quedó parada, indecisa, sin saber dónde debía ir. Al ver que no le seguía Alex se volvió.

—Puedes venir, no hay nadie. Mi abuela ha salido a tomar café con sus amigas.

Lucía avanzó tras él hasta su habitación. Cuando entró se sorprendió. Era luminosa y estaba muy ordenada. La cama estaba hecha y, a excepción de un traje de neopreno en el respaldo de una silla, no se veía más ropa alrededor. Su cuarto solía ser todo lo contrario. Siempre tenía pequeñas cantidades de ropa y zapatos descansando por los rincones. En la pared del fondo vio un escritorio blanco, con patas de metal cromado. Sobre él tenía un portátil y un iPod.

—Siéntate donde quieras. No tardo.

Desapareció tras una puerta al fondo que Lucía, supuso, debía ser el cuarto de baño.

Una vez sola, miró a su alrededor y decidió sentarse en la cama. Parecía cómoda. Se recostó sobre la almohada, olía a él. Sintiendo cohibida se incorporó rápidamente. En una balda de la mesilla de noche se apilaban varias revistas de motociclismo. Cogió una y comenzó a hojearla por encima.

La puerta del baño crujió al abrirse y Lucía levantó la vista. Se le secó la boca. Alex estaba en medio de la habitación, con el pelo y el cuerpo, aún

mojados y, tan solo, una toalla alrededor de su cintura.

—¿Se-se pue-de saber qué estás haciendo? —balbuceó como pudo al verle acercarse hacia ella.

—Coger mi ropa —anunció tranquilamente. Abrió el armario y sacó unos vaqueros y una camiseta.

Lucía no podía quitarle los ojos de encima. Era lo más sexy que había visto en su vida.

—¿Te importa?

Lucía se retiró un poco para dejarle abrir un cajón del que sacó unos bóxers negros. El cuello de Alex quedaba a la altura de su cara, con un pequeño movimiento podría poner sus labios en él, pensó. No, no era una buena idea, los dos solos, en su habitación y él con solo una toalla... decididamente no. Alex se incorporó y Lucía soltó el aire que sin darse cuenta había estado conteniendo.

—Tardo un minuto —le guiñó un ojo y volvió al baño.

Lucía se dejó caer sobre la cama con un suspiro ahogado. ¡Dios, cómo se iban a complicar las cosas!

15

Era sexy y femenina. Diego observaba a Sara moverse por la cocina. Llevaba puestos, encima del bikini, solo unos pequeños pantalones cortos vaqueros que acentuaban la curva de su trasero. Siguió la línea de la columna por su espalda hasta llegar a la nuca y a la suave y delicada piel que la recubría. Cuando la besaba en ese punto su piel se estremecía. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas que semejaban gruesas espigas doradas por el sol.

Estaba loco por ella. Quizá una parte de él ya lo estuviera hace tiempo, pero no supo reconocerlo hasta entonces. Siempre se había sentido protector con ella y le tenía un gran cariño. No obstante, ahora, después de haberse besado y haber hecho el amor, porque desde la primera vez fue así, la intensidad de los sentimientos que le invadieron hicieron que fuera un acto de amor, ya no tenía duda alguna de lo que albergaba su corazón.

—Estaría muy bien que dejaras de mirarme el culo y me echaras una mano —dijo Sara divertida mirándole por encima del hombro mientras picaba las patatas.

—No es culpa mía distraerme, es que es tan mono y respingón.

—Vamos, levanta y trae el tuyo hasta aquí si no quieres que te de una azotaina.

—Mmm, eso suena caliente —se levantó y caminó hasta su lado.

—Eres imposible —Sara soltó una carcajada.

—Y tú una mala influencia, así que estamos en tablas —le dio una palmada en el trasero y un pequeño beso en el cuello—. Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Me puedes hacer de pinche. ¿Se te da bien picar?

—Por supuesto. Has visto algo que se me de mal.

Sara volvió a reír incrédula.

—Entonces pica el huevo y los tomates —le pasó el cuchillo y la tabla de cortar—. Demuéstrame qué sabes hacer, chico —bromeó.

Durante unos quince minutos pelaron, cortaron y prepararon los distintos ingredientes, entre bromas y risas.

—Esto ya está —anunció Diego una vez hubo añadido el último ingrediente al bol de ensalada—. ¿Ahora qué hago?

—Simplemente echar el aliño que he preparado. El cuenco está ahí —Sara señaló un recipiente a su lado, al fondo de la encimera.

Los brazos de Diego la rodearon, sus manos apoyadas una a cada lado en el mármol. Presionó su cuerpo contra su espalda y Sara exhaló fuertemente.

—Creo que buscabas esto —le acercó el cuenco con el aliño, aunque sin separar su cuerpo ni un milímetro.

—Sí, pero he encontrado algo que me gusta más —rozó la nariz contra su nuca— creo que ya te he dicho que hueles para comerte.

—Hmm... —Sara disfrutó de la sensación de sus labios recorriendo su cuello.

Diego le dio la vuelta hasta tenerla frente a frente. La besó despacio jugando con sus labios.

—Sabes dulce —dijo contra su boca.

—Es la fruta —cogió un trozo de melón y se lo dio a probar.

—Muy bueno, pero te prefiero a ti —se volvió a introducir en su boca, profundo, sin darle tregua.

Sara soltó un gemido y le pasó los brazos por el cuello hasta que no quedó espacio entre sus cuerpos.

Sonó el tintineo de las llaves en la puerta. Diego se apartó de Sara, escuchando, sin soltarla. Exclamó una maldición y de mala gana volvió a su ensalada.

Sara sentía la respiración acelerada y las mejillas calientes, se quedó mirando fijamente la macedonia, intentando serenarse.

—Qué bien huele —Lucía entró en la cocina seguida por Alex.

—Es verdad —corroboró el chico—. Qué hambre.

—¿Qué tenemos de comida? —Lucía se asomó sobre el hombro de su amiga. Sara era una gran cocinera, no en vano, era ella quién desde que tuvo edad suficiente para que su padre se fiase de que no iba a causar ninguna catástrofe en la cocina cocinaba en su casa.

—Ensalada, pollo asado y macedonia de fruta. ¿Le parece apropiado el menú a la señora? —bromeó dándole una palmada a su amiga en la mano que intentaba meter en el cuenco que estaba terminando de preparar.

—Me parece genial, ¿y a ti? —le preguntó a Alex.

—A mí, perfecto —enlazó los brazos en su cintura— pero yo cambiaría el postre —susurró en su oído.

Lucía rio y se recostó sobre su pecho apretando más los brazos de él en su cintura.

Diego contempló a su hermana con Alex. Se la veía feliz. Miró a Sara con cierto anhelo. Habían hablado un par de veces sobre el porqué de mantener su relación oculta. Sara alegaba que era pronto y no quería que nadie pudiera interferir, prefería disfrutarlo solo para ellos dos durante algo de tiempo. Por un lado podía entender sus motivos, pero temía que hubiera alguna razón oculta como que no estuviese segura. Además le molestaba no poder besarla o abrazarla siempre que le viniese en gana. Mejor dejar de darle vueltas, lo que tuviera que ser sería.

—Voy poniendo la mesa ¿queréis comer fuera?

—Por mi está bien —dijo Sara.

—Sí, hace un día buenísimo —apuntó Lucía.

—Pues fuera, entonces —Diego comenzó a sacar los platos del armario.

—Te ayudo —ofreció Alex y salió tras él cargado con los vasos.

—Te fuiste pronto esta mañana.

Lucía observó como Sara movía la ensalada.

—Sí, tenía ganas de pasear por la playa.

—¿Solo de eso?

—Vale, y de estar con Alex —reconoció divertida—. Nunca le había visto haciendo surf. Es increíble. No le podía quitar los ojos de encima.

—Así que ¿va bien?

—Eso creo. Aunque es difícil saber lo que piensa. Le cuesta abrirse —cogió un trozo de fruta del cuenco de macedonia.

—Pues pregúntale.

—No, tiene que ser él. No creo que presionarle me lleve a ningún lado.

—¿Y a qué lado quieres llegar? —preguntó perspicaz.

Lucía suspiró y apoyó la barbilla en los brazos que tenía cruzados sobre la mesa.

Sara contempló la expresión en la cara de su amiga.

—Nena, siento decirte que lo tuyo ya no tiene remedio. Es amor —se acercó y le acarició el pelo—. Si quieres un consejo, disfrútalo, porque aunque Alex no diga nada nunca le he visto mirar a nadie como lo hace contigo —se acercó y la besó con cariño—. Y ahora vamos a comer, que como nos descuidemos los chicos no nos dejan ni las migas.

Cogieron el bol de ensalada y el pan y salieron al jardín.

—Si como una pinchada más exploto —Lucía se arrellanó en la silla frotándose el estómago como si así fuera a digerir antes la comida.

—Lo que me parece increíble es que una cosita como ella sea capaz de devorar así —Alex miraba alucinado a Sara que seguía mojando pan en la salsa del pollo.

—Pues aún no ha terminado —anunció Diego divertido.

—Estoy aquí, os estoy oyendo —Sara terminó con el pan y se sirvió una ración de macedonia.

—Increíble —musitó Alex contemplando cómo la chica terminaba con un bol entero de macedonia con helado.

Diego se levantó y comenzó a recoger la mesa.

—Vamos, pequeña. Muévete un poco que así bajas la comida —le puso una pequeña pila de platos sucios en las manos.

—Si no he comido tanto —se quejó Sara.

Diego negó sonriendo, recogió varias fuentes y con un gesto la invitó a que le siguiera a la cocina.

Dejaron los platos y las fuentes en la pila. Con una perfecta sincronización Diego aclaraba y Sara iba colocando las piezas en el lavavajillas.

—Formamos un buen equipo —dijo Diego pasándole un plato.

—Desde luego. El mejor —rio Sara.

Terminaron y Sara se acercó a la nevera.

—Por favor, dime que no vas a comer más o voy a empezar a asustarme —suplicó Diego bromeando.

Sara le echó una mirada reprobadora.

—Solo voy a coger un poco de agua fría, gracioso.

Mientras cerraba la puerta de la nevera Diego se acercó a ella.

—Me moría de ganas de abrazarte —susurró rodeándola desde atrás con la barbilla apoyada en su hombro.

Sara se dio la vuelta y le besó dulcemente. Hundió las manos en su pelo mientras Diego avanzaba presionando su cuerpo contra el de ella hasta tenerla apoyada contra la nevera. Separó su boca unos centímetros.

—Creo que deberíamos dejar toda esta tontería de andar escondiéndonos.

Sara negó con la cabeza.

—Solo un poco más de tiempo —pidió.

—Pero es que no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo? Yo te gusto, tú me gustas. Es algo natural.

—Solo te pido que tengas un poco de paciencia más —le miró suplicante.

—Está bien. Como quieras —cedió—. Mirándolo bien, tiene su morbo —pasó la palma abierta por el trasero de Sara—. Eso sí, avísame cuando decidas que ya puedes ser mi novia.

—¿Novia? —el corazón comenzó a golpear con fuerza en sus costillas. Él quería que fuera su novia. Nunca hubiera creído que buscara eso. Estaba claro que estaban bien juntos y que no podían quitarse las manos de encima. Pero, ¿novia? Eso eran palabras mayores. Implicaba compromiso con la otra persona. Estaba desconcertada, sin embargo, una sensación dulce comenzó a extenderse por su cuerpo.

—Pareces sorprendida.

—Es solo que no pensaba que estuviéramos en eso.

Diego dibujó la delicada línea de su mandíbula con el dorso de la mano, con ternura.

—Decididamente yo sí estoy en ello. Me vuelves loco y no quiero estar ni un segundo separado de ti —afirmó mirándola intensamente a los ojos—. Ahora solo queda saber en qué estás tú.

—Preparamos un poco de café, me estoy quedando... —Lucía no terminó la frase. Se paró en la puerta de la cocina mirando la escena.

Sara empalideció y, bruscamente, apartó a Diego de su lado.

—Perdonad, no quería interrumpir —se disculpó. Estaba claro que no era un buen momento. Eran patentes la incomodidad de Sara y la tensión que recorría a su hermano—. Será mejor que me vaya.

—¡Dios! —Sara se apoyó contra la encimera, sentía como si las piernas no la fueran a sostener.

Diego se volvió hacia ella. Su boca era una fina línea. La reacción de Sara ante la aparición de su hermana le había enfurecido.

—¿Qué pasa, Sara? ¿Tan horrible es que se enteren de que estás conmigo? —la voz le temblaba por la rabia.

Sara le observaba muda.

—No hace falta que digas nada. Ya he visto perfectamente dónde estás tú.

Finalmente la decepción en la voz de Diego la hizo reaccionar dando un paso hacia él.

—Mírame —le agarró la cara con las dos manos—. Estoy contigo. Con-ti-go —le besó profundamente.

Diego se aferró a ella devolviéndole el beso.

—Perdóname —musitó apoyando su frente en la de él—. Me sentía confundida y asustada y he reaccionado mal. No tengo nada que esconder respecto a ti. El problema está en mí y en esta maldita inseguridad que me ha provocado todo lo sucedido con Mario. Me lleva a dudar de mi capacidad para atraer a alguien que quiera estar conmigo y solo conmigo, por lo que soy y como soy. De alguna tonta manera creí que si podía encerrarnos en una burbuja todo estaría bien.

—No hay nada ni nadie que pudiera impedirme estar a tu lado. Créeme. Y ahora tú decides —acunó su rostro en la palma de la mano—. ¿Le decimos a Lucía que se olvide de lo que ha visto o nos comportamos como una pareja normal?

Sara lo tenía claro esta vez, no iba a dejar que el fantasma de Mario se interpusiese. Tomó la mano de Diego con fuerza, entrelazando los dedos

con los suyos y así avanzó con él hacia el jardín.

Sentados en la mesa del porche Lucía y Alex contemplaron cómo Sara y Diego salían cogidos de la mano.

—Veo que al final se han decidido —comentó Alex señalando con un gesto las manos entrelazadas.

Lucía sonrió. Hacían una buena pareja. Ella les conocía bien y sabía que su hermano nunca haría sufrir a Sara. Se alegró por ellos.

El teléfono de Alex sonó interrumpiendo sus pensamientos. Lucía le observó contestar. Una gran sonrisa apareció en su cara. Con un gesto se disculpó y se levantó de la mesa para proseguir con su conversación.

—Bien, entonces vosotros... —Lucía volvió su atención a la nueva pareja.

—No te hagas la tonta, hermanita. Ya lo sabías. Cuando nos has visto en la cocina ni siquiera has parpadeado —la cortó Diego, divertido.

—Está bien, me has pillado. Pero es que era imposible no darse cuenta con tanta tensión sexual flotando en el ambiente.

—¿Y te parece bien? —quiso saber Sara algo inquieta.

—Cariño, me parece perfecto. Sois dos de las personas que más quiero y deseo vuestra felicidad. Y si la encontráis estando juntos, pues mejor que mejor.

Sara no pudo contenerse y la estrujó en un fuerte abrazo.

—Y ahora que ya estamos todos felices y contentos voy a preparar el café.

Estaba llenando la cafetera cuando apareció Alex.

—¿Vas a querer café? —Lucía cerró la tapa y le dio al botón de encendido.

—Lo siento, princesa, pero ha surgido algo y tengo que irme. Una amiga de la universidad viene de paso por España y va a pasar a verme. He prometido ir a recogerla al aeropuerto —cogió el casco mientras hablaba—. Si te parece, te llamo luego —posó un rápido beso en sus labios y desapareció.

Sentada en la mesa con la taza de café vacía en la mano no dejaba de darle vueltas. ¿Quién sería esa misteriosa amiga por la que Alex dejaba todo en un segundo?

—Como sigas pensándolo tanto te va a doler la cabeza —Sara la miraba recostada en su silla jugueteando con la cucharilla del café—. Te ha dicho que es una amiga, puedes creerle y tranquilizarte o seguir imaginando historias hasta que te estalle la cabeza. Además, seguro que es fea y lleva gafas de culo de botella.

Lucía rió, Sara siempre sabía cómo quitarle hierro al asunto. Tenía razón, no debía desconfiar de Alex. Si lo miraba bien él nunca la había engañado, ni siquiera en el caso de Rosa. Aunque la muy bruja trató de convencerla de lo contrario. La verdad era que Alex hacía ya varias semanas que no quedaba con ella cuando se vieron en La Sal por primera vez. Tenía que dejar de ser tan paranoica.

16

A las once, Lucía se removía inquieta en su asiento. Alex había llamado. Quedaron en verse en una de las terrazas de la playa. Ya habría recogido a Isabella, que era cómo se llamaba su compañera de universidad, al parecer era italiana y la traería con él.

Vio la Suzuki acercarse por la avenida y parar en un hueco libre al lado de la acera. Desde donde estaba solo podía distinguir a Alex, la chica quedaba tapada por él. Alex se quitó el casco y la ayudó a bajar. Unas piernas esbeltas y de piel morena, envueltas en un delicado short negro, tocaron el suelo sobre unas sandalias doradas de tacón. El resto del cuerpo conjuntaba perfectamente con la parte inferior: delgado, pero tonificado; de cintura estrecha y con un escote que podría despertar envidias, firme y proporcionado.

La imagen consiguió que a Lucía se le hiciera un nudo en el estómago. La chica se quitó el casco y ella terminó de desesperarse. Una melena morena peinada en perfectas ondas, incluso después de quitarse el casco, flotó hasta media espalda. Alex desmontó y sonriendo la asió de la mano, caminando hacia donde les esperaban.

—Cielo, cambia la cara —siseó Sara.

—¿Pero tú la has visto?

—Está claro que de bajita y con gafas no tiene nada. Yo diría que parece más un ángel de Victoria's Secret.

—Eso no ayuda, Sara.

—Pero eso no es lo importante —prosiguió—. Tú confías en Alex y él te ha dicho que es solo una buena amiga. Así que pon una sonrisa en tu linda cara y demuéstrole a la italiana lo segura y lo fantástica que eres.

Llegaron hasta su mesa y Alex hizo las presentaciones.

—Chicos, esta es Isabella. Bella, él es Diego y su chica, Sara —a esta le salió una sonrisa nerviosa, aún no se acostumbraba a oír su nombre unido al de Diego en sentido romántico.

—A Derrik ya le conoces —señaló a su amigo.

—Por supuesto —le dio un fuerte abrazo—. ¿Cómo estás? Hacía tiempo que no hablábamos.

—Cierto. Y se me había olvidado que el Skype no te hace justicia. Estas guapísima —la besó en ambas mejillas.

—Hola, princesa —Alex besó a Lucía dulcemente en los labios—. Y lo mejor para el final. Ella es Lucía.

Isabella había saludado cordialmente a todos, pero cuando llegó a ella su sonrisa se ensanchó.

—Me alegro muchísimo de conocerte, Lucía. Alex me habla tanto de ti. Estaba comenzando a pensar que eras una fantasía, tanta perfección en una sola chica...—apoyó suavemente la mano en el hombro de Alex.

Lucía forzó una sonrisa, por el contrario ella se había enterado de su existencia esa misma tarde.

Según pasaba la noche Lucía se iba poniendo más nerviosa. Isabella era encantadora, preciosa y tenía ese acento sexy. Notaba que entre Alex y ella había una relación especial. Se veía en la intimidad de sus gestos, en cómo interactuaban el uno con el otro. No pudo evitar sentir una punzada de celos. Se conocían bien y estaba claro que también se entendían muy bien. Se preguntaba si habría habido algo entre ellos. Desde luego por cómo se trataban podía imaginar que era muy probable.

—Estás muy callada esta noche —Alex interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Estoy bien. Solo un poco cansada.

—¿Seguro qué es solo eso?

Lucía asintió con un gesto.

—Ya te voy conociendo y eres una mentirosa horrible. ¿Qué ocurre? —sujetaba su mano suavemente y trazaba círculos en la palma con el pulgar.

—Me preguntaba si entre Bella y tú ha habido alguna vez algo —preguntó. No estaba segura de si quería saber la respuesta, pero seguir con la duda le pareció mucho peor.

—¿Algo como qué?

—Vamos, no te hagas el tonto. Sabes a lo que me refiero, si habéis sido algo más que amigos...

Alex alzó una ceja.

—No me digas, princesa, que eso te inquieta.

—No es eso, es solo... que se os ve tan compenetrados. Sabes. Da igual, déjalo —fijó su mirada en el horizonte con un suspiro.

Con suavidad Alex le hizo volver la cara hasta que le miró a los ojos.

—La ves tan alegre y desenfadada que no lo imaginarías —miró hacia la arena donde Isabella bailaba con Derrik entre risas—, pero detrás tiene una triste historia. Su novio murió en un accidente de tráfico. Bella iba con él, habían bebido. Después de eso tuvo una fuerte depresión, llegó a intentar quitarse la vida. Cuando nos conocimos en la universidad Bella ya lo tenía casi bajo control, pero supo reconocer en mí las cicatrices del desastre. Me ayudó mucho —hizo una pequeña pausa y la miró a los ojos—. Como ves tenemos muchas cosas en común y la quiero, pero es un amor de hermanos —le acarició la cara con ternura—. Mi amor por ti es de otro tipo.

Lucía aún se estaba mortificando y sintiéndose estúpida por su reacción ante la presencia de Isabella cuando la palabra amor empezó a filtrarse en su cerebro. Alex la miraba con esa intensidad que le calentaba el corazón y le deshacía los huesos.

Él le apartó el pelo y siguió la línea de su clavícula con el pulgar. Y ella rozó la mejilla contra su mano.

—Te quiero.

Todo se detuvo y luego desapareció. Ya no había nada, ni música, ni voces, solo ellos y esas dos palabras que él había pronunciado.

—Te quiero —Lucía lo pronunció lento y bajo, sintiendo cada palabra deslizarse entre sus labios.

Cuando la besó fue como si todo hubiera vuelto a encajar en su lugar y él fuera de nuevo él mismo. Y supo que haría todo por esta chica. Ahora comprendía el significado de la frase darle el cielo y las estrellas.

Se sentía como si caminase entre nubes. Ligeramente aturdía y muy feliz. Entró en el baño de chicas. Se miró en el espejo, se veía diferente como si algo hubiera cambiado en ella. Tenía los ojos brillantes y un cierto rubor en las mejillas. Sus labios parecían más rosados y suaves. Sacó el brillo de

labios del bolso y se los repasó. Pero el cambio no había sido solo a nivel físico, algo dentro de ella era diferente.

La puerta se abrió y apareció Isabella.

—¿Tú también por aquí? —se dirigió a ella con su eterna sonrisa.

Lucía asintió. Debía disculparse y ese era el momento.

—Isabella, quería pedirte perdón por mi comportamiento de esta noche. Creo que no he sido demasiado amable contigo.

La chica la escuchó sin cambiar su expresión alegre.

—Alex me ha contado como os conocisteis y que perdiste a tu novio en un accidente. Lo siento de veras —hizo una pausa para tragar saliva, confesar sus debilidades nunca se le había dado bien—. En fin, creo que he estado un poco celosa de ti y de Alex —la miró avergonzada.

Isabella terminó de secarse las manos y tiró las toallas de papel. Su semblante era más serio.

—Alex y yo somos muy parecidos. Nos comprendemos casi sin hablar. La mayor parte del tiempo es un engreído, pero le adoro. Es como el hermano que nunca tuve. Soy feliz de que te haya conocido, tú le sientas bien. Hacía mucho tiempo que no le veía tan relajado y feliz. Pero si aceptas un consejo, no permitas que te aleje de él.

Lucía la miró confundida.

—Le conozco bien y no le gusta perder el control. Contigo está muy involucrado. No dejes que se asuste y huya —le apretó las manos suavemente.

Lucía asintió.

—¡Ah!, y me alegro de que lo hayamos aclarado, no te pega nada lo de la novia celosa. Prefiero que seamos buenas amigas —su sonrisa era sincera—. Y ahora, y ya que me voy en unas horas, ¿qué te parece si nos divertimos un poco?

El resto de la noche lo pasaron riendo y bailando, sin apenas darse cuenta de que el tiempo corría. Isabella era muy divertida y había encajado muy bien con todo el grupo.

Era ya tarde cuando se despidieron. Lucía le dio un enorme abrazo a Isabella.

—Cuídate y cuídale —le dijo esta al oído.

—Tú también.

Mientras Isabella se despedía de los demás. Alex rodeó a Lucía y la meció entre sus brazos.

—Tengo que irme, Bella coge temprano el avión.

—Está bien. Mañana hablamos —le besó en los labios. No quería separarse aún de él, pero se obligó a sonreír y apartarse.

Vio cómo se montaban en la moto y se perdían calle abajo. Finalmente subió al coche de Diego que estaba esperando, junto a Sara, para llevarlas a casa.

El pitido del teléfono la sobresaltó. No sabía qué hora era. Todavía era de noche.

Se incorporó en la cama intentando despejarse.

Me alegra que estés despierta.

No lo estaba.

Pero ahora sí.

Lucía sonrió.

Sí, ahora sí. ¿Pasa algo?

Nada. Pensaba en ti.

Y me encanta saberlo. Pero me hubiera encantado igual saberlo por la mañana.

Te pones muy gruñona cuando tienes sueño.

...

¿Ves?

Te echo de menos.

Y yo a ti

Tengo ganas de verte.

Sí... ¿Nos vemos temprano?

Perfecto. ¿Cómo de temprano?

Cómo tú quieras.

—Te parece suficientemente temprano ahora.

Dio un bote en la cama al oír su voz. Alex estaba apoyado en la barandilla de la terraza de su habitación.

—Pero estás tonto. Casi me matas del susto —se llevó una mano al pecho intentando calmar los apresurados latidos de su corazón—. ¿Cómo has subido?

—Trepando. No está muy alto —avanzó hasta sentarse en su cama.

El corazón de Lucía volvió a galopar en su pecho.

—¿Qué has hecho con Isabella?

—La he dejado en casa durmiendo. Su avión no sale hasta las nueve —le retiró el pelo de la cara con ternura.

Ninguno de los dos hablaba, solo se miraban a los ojos. Alex levantó su mano para poder besar su palma. Siguió repartiendo besos subiendo por su brazo, el cuello, la mandíbula hasta llegar a su boca. Lucía metió las manos bajo su camiseta deseando sentir el tacto de su piel desnuda. El calor y la intensidad iban subiendo. Lucía tiró de la camiseta de Alex sacándosela y dejándola caer a los pies de la cama. Alex hizo lo mismo con su camión. Despacio, fue bajando hasta quedar ambos tendidos sobre la cama. Deslizaba su dedo recorriendo la piel suave de su cintura.

Lucía miró como recorría su estómago.

—¿Quieres que pare? —la voz de Alex sonó ronca.

—No —negó con la cabeza atrayéndole de nuevo a su boca. Confiaba en él.

Terminaron de desnudarse entre un mar de caricias. Con cuidado, Alex la colocó debajo de él. Entrelazaron sus dedos. Se besaban con calma dejándose inundar por las sensaciones hasta desbordarles. Piel contra piel fueron uno solo, susurrando palabras de amor cuando todo estalló.

Más tarde, todavía aferrados, Alex contemplaba el rostro tranquilo de Lucía. Su respiración era suave mientras dormía. Tenía que llevar a Isabella al aeropuerto, debía levantarse, pero se resistía a soltarla. Se sentía tan bien tenerla entre sus brazos.

Cuando ya no pudo retrasarlo más, la besó y salió de la cama. Se vistió sin hacer ruido con cuidado de no despertarla, estaba preciosa, sus rasgos suavizados por el sueño le conferían un aura de paz. Cogió su casco, le dio un último beso y se marchó.

Lucía se despertó cuando la claridad del día inundó la habitación. Estaba sola. Debía hacer bastante rato que Alex se había marchado. Lo último que recordaba era haberse quedado dormida abrazada a él. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Se sentía extrañamente feliz. Como si no cupiese en su propia piel. Cerró los ojos y se estiró en la cama. Durante unos minutos rememoró cada instante compartido, cada beso, cada caricia.

La puerta del cuarto se entreabrió y Sara asomó la cabeza. Al ver que Lucía estaba despierta esbozó una sonrisa y entró. Se dejó caer en la cama junto a ella.

—Hola —se acurrucó asiendo el brazo de su amiga.

—Buenos días —Lucía le dio un beso.

—Al final, la noche no fue tan mal, ¿no? Por cómo empezó pensé que iba a ser un desastre absoluto —con el codo en la almohada apoyó la cabeza en la palma de la mano—. Isabella es maja. Me lo pasé bien —concluyó.

—Sí, no estuvo mal —la sonrisa de Lucía le ocupaba toda la cara.

—¿A qué viene esa sonrisa deslumbrante? —Sara ladeó la cabeza como si la estuviera estudiando.

—¿Qué sonrisa?

—La del gato que se ha comido al canario.

Lucía rio.

—Desembucha —Sara la señaló con un dedo acusador.

—Qué quieres que te diga... Que la vida es maravillosa, que yo soy feliz...

—Bla, bla, bla —interrumpió—. Detalles, quiero detalles. ¿Qué hay de diferente entre anoche y esta mañana para que parezca que te ha poseído un oso amoroso? —inquirió suspicaz.

Lucía suspiró con cara de tonta.

—Me dijo que me quería —la enorme sonrisa volvió a su rostro.

—¡Guau, chica! Eso sí que es un avance. ¿Ves?, al final tenía yo razón. Si es que me tienes que hacer mas caso, nunca me equivoco.

—Vale, vale. No te crezcas o tiro de lista de meteduras de pata —bromeó Lucía.

—Ya, en serio. Me alegro mucho —la abrazó un instante.

Lucía la siguió mirando con su sonrisa.

—¿Qué? ¿Hay algo más? —inquirió curiosa.

Oyeron pasos en la escalera y Alex apareció en la puerta. Se quedó apoyado contra el marco. Sonreía y su mirada estaba centrada en Lucía.

—Podrías dar los buenos días, al menos —se quejó Sara irónica.

—Buenos días, Sara —no desvió la vista ni un segundo.

Lucía tampoco podía dejar de mirarle.

Sara observó a un lado y al otro.

—Creo que aquí sobro —apuntó divertida—. Vamos a ir a mi casa a por algo de ropa. Luego nos vemos —le dijo a Lucía. Se levantó de un salto y salió por la puerta esquivando el cuerpo de Alex.

Siguieron callados contemplándose con anhelo unos instantes. Alex rompió el contacto acercándose.

—Hola —se agachó frente a ella y besó sus labios.

—Hola —respondió, sintiéndose algo tímida—. ¿Ya dejaste a Bella?

—Sí, ahora mismo. He venido directo desde el aeropuerto —se sentó en el borde de la cama—. ¿Cómo estás? —le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja mirándola con atención.

—Bien, muy bien —recostó la cabeza en su pecho y él la rodeó con sus brazos. Podía oír los rítmicos latidos de su corazón—. ¿Y tú?

—Voy a tener que mirar el diccionario para cerciorarme, pero creo que aún no hay una palabra que defina esta sensación —besó su coronilla y se acomodó en el respaldo de la cama sin soltarla. Deseaba ese contacto, necesitaba sentirla junto a él. Nunca había tenido esa urgencia de estar cerca de alguien. Era todo nuevo para él. No entendía muy bien el porqué. Lo

único que sabía es que nada más dejar el aeropuerto solo podía pensar en volver corriendo a su lado.

Lucía bostezó.

—¿Tienes sueño? —delicadamente subía y bajaba la mano por su espalda.

—Sí —repuso conteniendo otro bostezo. Había dormido poco la noche anterior y el calor del cuerpo de Alex la estaba adormilando.

Alex miró el reloj. Eran poco más de las diez

—Durmamos un rato, aún es pronto.

Se acomodaron juntos en la cama. Alex se tumbó de lado y Lucía se acurrucó pegada a él, que pasó un brazo alrededor de su cintura. Con la mano libre comenzó a acariciarle el pelo hasta que cayó dormida. Luego él también se dejó atrapar por el sueño.

17

Lucía estaba terminando de organizar el equipaje que se iba a llevar. Diego tenía que regresar unos días a Madrid para hacer unas gestiones de la matrícula de la universidad. Lucía iba con él. Quería aprovechar el viaje para preparar, con un par de compañeros, una ponencia de un trabajo que tenían que presentar en los primeros días de clase. El trabajo en sí estaba casi terminado, pero les faltaba pulirlo y ensayar la presentación.

Alex, tumbado de espaldas en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza, observaba sus movimientos.

—¿Cuánta ropa tienes que llevar para tres días? —miraba asombrado cómo ella no dejaba de meter pantalones, camisetas y faldas dentro de la bolsa.

—Nunca se sabe lo que vas a necesitar —repuso Lucía con una sonrisa doblando una chaqueta.

—A ojo, yo diría que llevas ropa, al menos, para dos semanas —con un dedo tiró de uno de los laterales de la bolsa y estudió su contenido.

—Tu opinión no vale en este caso, los hombres no entendéis de esto —le retiró la mano e introdujo una nueva pequeña pila de ropa.

Al volverse para ir de nuevo al armario Alex tiró de ella y cayó sentada en su regazo.

—¿Qué voy a hacer sin ti estos días?

Lucía contempló la expresión de cachorro abandonado en su cara y no pudo evitar reír.

—Lo mismo que hacías antes de mí —dijo burlona—. Son solo tres días.

—Te voy a extrañar.

—Y yo a ti.

Alex acunó su rostro con las palmas de las manos y la besó. Lucía rodeó su cuello con los brazos. Sus respiraciones se volvieron más rápidas y pesadas. Alex la estrechaba con fuerza, como si no quisiera dejarla escapar de su abrazo. Rodaron en la cama. El duro cuerpo del chico, apretando las suaves curvas femeninas contra el colchón, mientras su boca se deslizaba por la curva del cuello y los pechos.

Alguien carraspeó. Sara estaba en la puerta contemplando divertida la escena.

—Nosotros ya estamos listos así que si habéis terminado de hacer —miró la maleta— o deshacer —hizo una mueca volviendo su vista a la cama— o lo que sea con lo que estabais ocupados, os esperamos abajo.

—Mierda —Alex se movió de encima de Lucía y se dejó caer frustrado a su lado.

Ella se inclinó sobre su rostro con una pequeña sonrisa.

—Recuerda, son solo tres días.

—Que se me van a hacer eternos... —se lamentó Alex. Se levantó de la cama con Lucía en brazos, se agachó para recoger la maleta y bajaron entre risas y besos.

El teléfono dio tono. Esperó. Tres, cuatro, cinco. Colgó. Era la tercera vez que intentaba hablar con Lucía en dos días. Aparte de unos cuantos mensajes que habían cruzado cuando llegó a Madrid, comentando que estaba bien y, la misma noche, contando que le echaba de menos, no había conseguido cruzar ni una palabra más con ella. Decidió intentarlo una última vez.

—¿Diga? —una voz de chico respondió.

—¿Lucía? —preguntó sorprendido.

—No está en este momento.

—Pero este es su teléfono, ¿verdad? —Alex miró la pantalla confundido.

—Sí, sí. Soy un compañero suyo de clase. Se ha dejado olvidado el teléfono en mi casa.

Alex se mantuvo en silencio al otro lado de la línea.

—Esta noche hemos quedado, así que si quieres llama sobre las diez que ya lo tendrá de vuelta —continuó el chico sin notar nada.

—Bien. Gracias —la voz de Alex sonó contenida.

—De nada. Adiós.

Alex colgó de bastante mal humor.

A las diez un pitido le informó de que había recibió un Whatsapp.

“Hola amor. Acabo de recuperar mi teléfono. Con el ajetreo de la ponencia me lo dejé olvidado. He quedado con unos amigos y aquí hay mucho jaleo. Mejor hablamos mañana. Tengo ganas de escuchar tu voz. Más de verte. Besos. Te quiero”

Lo leyó de nuevo. Le había dejado una sensación agri dulce. De repente todo le parecía diferente. Difuso como un sueño. Él estaba allí y pronto volvería a Canadá. Lucía en Madrid tenía su vida y el papel que tenía él en ella no estaba nada claro. Se notaba intranquilo y un poco fuera de control. Era demasiada carga emocional. Sentía como si fuese una bomba a punto de estallar y no podría controlar los daños aunque quisiera.

Diego aparcó el coche frente a la casa de Sara. Habían llegado a San Roque una hora atrás, pero primero pasaron por su casa a dejar las maletas y comprobar que todo estaba en orden.

Lucía estaba impaciente por ver a Alex. Le había llamado antes de salir de Madrid, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura y así continuó toda la mañana.

Diego pulsó el botón del portero automático en el muro de la casa de Sara. Al momento, con un zumbido, la verja se abrió y avanzaron hacia la entrada de la casa. Antes de que pudiesen llegar la puerta se había abierto y Sara saltaba a los brazos de Diego, quien la acogió con una sonrisa y un tierno y a la vez apasionado beso.

Lucía les contemplaba conteniendo una sonrisa.

—Creo que te ha echado de menos —anunció con ironía mirando a su hermano cuando este hubo dejado a Sara de nuevo en el suelo.

Sara arrugó la nariz y le sacó la lengua.

—¡Qué mala es la envidia! —dijo guiándoles al interior. Caminaba abrazada a la cintura de Diego que le rodeaba el hombro con un brazo.

Lucía rio ante el comentario de su amiga.

Llegaron a la cocina y se acomodaron alrededor de la mesa mientras Sara sacaba unas Coca Colas de la nevera.

—Entonces, ¿bien por Madrid? ¿Os ha dado tiempo a acabarlo todo? —se sentó en el regazo de su novio.

—Yo solo tenía que escoger las optativas y pagar la matrícula, así que por mi parte todo solucionado hasta octubre —el chico dio un trago a la Coca Cola y apoyó el bote en la mesa volviendo a rodear a Sara por la cintura.

—¿Y tú, Luci?

—Bueno, más o menos. Hemos aclarado las conclusiones finales y establecido el orden de intervención. Creo que ha quedado bastante bien, pero ya veremos... Los nervios pueden jugar malas pasadas en la exposición oral —cogió una patata frita de una bolsa que Sara había dejado en la mesa—. Y por aquí, ¿qué tal?

—Bien. No he salido mucho. Tenía a mi padre abandonado después de tantos días sin dormir en casa, así que le he estado dando mimitos —apoyó la cabeza en el hombro de Diego.

—¿Has visto a Alex hoy? Le he estado llamando, pero tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura todo el tiempo.

—Debe estar en casa porque no he oído su moto en toda la mañana.

—Genial. Voy a acercarme a ver si le pillo —se levantó y tiró el bote vacío al cubo de basura debajo del fregadero. Dándose la vuelta advirtió burlona—: Sed buenos —les guiñó un ojo dejándoles solos para que se achuchasen a gusto.

Recorrió con pasos rápidos la escasa distancia que separaba la casa de Sara de la de la abuela de Alex. Se moría de ganas de verle, de estar entre sus brazos y besarle. Ansiaba su toque que la hacía palpar. Había salido con otros chicos, pero ninguno la hizo sentir así de consciente acerca de ella y de él y de la maravillosa tensión que se construía cuando estaban juntos.

Llamó al timbre y esperó. Pasaba el peso de un pie a otro, no podía estarse quieta. Oyó pasos dirigirse hacia la puerta. Cuando le vio miles de mariposas aletearon en su estómago. Estaba perfecto con sus vaqueros negros, una camiseta gris y el pelo oscuro cayéndole ligeramente sobre la frente.

—Hola —sonreía tanto que le dolía, pero no podía evitarlo al verle frente a ella. Le había extrañado. Solo habían sido tres días y, a pesar de que no tuvo tiempo para parar ni un momento, parecía que hacía una eternidad que no le veía.

—Lucía... —su cara mostraba una sonrisa, pero no le llegaba a los ojos —. ¿Qué estás haciendo aquí? —mantenía una mano sobre el tirador y la otra apoyada en el marco de la puerta.

—Te llamé. Tenía muchas ganas de verte —se acercó un paso para besarle.

Él, sutilmente, giró el rostro y desvió sus labios que se posaron en su mejilla. Lucía frunció el ceño internamente. ¿Qué estaba pasando?

—Me pillas a punto de salir. Tengo que recoger a Derrik. Prometí llevarle a recoger su coche al taller —se estaba excusando. Cogió el casco de un sillón que estaba al lado de la puerta y salió cerrando tras de sí.

Lucía le miraba desconcertada. No entendía nada. ¿Por qué actuaba así?

Alex se subió en la moto y pulsó el mando que abría la puerta del garaje.

—Tengo que irme —sus ojos recorrieron el rostro de Lucía antes de ponerse el casco—. Hablamos —le acarició la mejilla levemente con el pulgar, metió primera y salió sin mirar atrás.

Lucía regresó a casa de Sara como si fuera un zombi. Sentía una opresión desagradable en la boca del estómago. Y parecía que le estuvieran estrujando el cerebro.

Diego y Sara, que estaban tumbados tranquilamente en el sillón, se incorporaron nada más verla. Estaba pálida y su semblante nada tenía que ver con el de la chica alegre que había salido hacía diez minutos.

Diego fue el primero en preguntar.

—¿Qué pasa, Lucía? ¿Te encuentras bien? ¿Está bien Alex? —en su frente aparecieron unas arrugas de preocupación.

Sara se levantó. La rodeó con un brazo protector y la llevó hasta un sillón.

—No lo sé —sacudió la cabeza incrédula—. Estaba en casa. Ha abierto la puerta, pero era como si no fuera él. Me ha despachado. Me ha dicho que tenía que recoger a Derrik y se ha marchado.

—¿Así, sin más? —Sara estaba sorprendida.

—Así —Lucía se retorció nerviosa las manos. No comprendía su actitud. Cuando se fue, tres días antes, todo lo que vio en Alex fue amor. ¿Qué podía haber pasado en este tiempo para que fuese tan frío con ella?

—No lo entiendo —Sara puso palabras a sus pensamientos.

—Quizá estaba preocupado por algo y simplemente no le has pillado en un buen momento. No saques conclusiones precipitadas —alegó Diego intentando animar a su hermana.

—Sí, es posible. Puede que haya sido eso. Le llamaré más tarde —dijo Lucía sin mucha convicción, aunque intentando parecer más animada. Pero en su fuero interno sabía que algo no iba bien. ¿Pero el qué?

Pasaron varios días y la cosa iba de mal en peor. No había conseguido hablar con Alex. Siempre que le llamaba estaba ocupado para quedar. Tampoco le dejaba ocasión para sacar el tema porque en cuanto podía cortaba la conversación. De todas maneras, no era un asunto que Lucía quisiese tratar por teléfono, quería verle y que la mirase a la cara cuando le dijera por qué la estaba echando de su vida a patadas.

Cruzó decidida la calle. Se había cansado de esperar. Necesitaba respuestas y las quería ahora. Recorrió las mesas de La Sal con la mirada.

Cuando vio a David caminó hacia él. No era lo que estaba buscando, pero podría valer.

El chico levantó la vista del móvil al notar su presencia.

—¡Lucía! —una sonrisa dichosa le dio la bienvenida.

—Hola, David —se sentó en uno de los sillones vacíos al lado del chico.

—Qué sorpresa. Pensaba llamarte, tenía ganas de verte. Y ahora que Alex y tú...

—¿Que Alex y yo qué? —le interrumpió.

—Bueno, ya sabes...

—No, yo no sé nada, ese es el problema. Lo único que sé es que me evita y no habla conmigo —su voz se quebró en una especie de gemido—. ¿Qué pasa, David? Dímelo, por favor —rogó.

—Yo..., pensé que Alex y tú ya habíais hablado —se le veía incomodo—. Creo que lo mejor sería que lo aclarases con él.

—¿Cómo? Eso es lo que llevó intentando días. Ya no puedo más. Por favor —insistió una última vez aferrando la mano del chico.

David contempló su rostro ojeroso unos instantes.

—Está bien —asintió finalmente exhalando con fuerza.

Se tumbó en la cama. No recordaba cómo había llegado a casa. Lo único que se repetía en su cabeza eran las palabras de David: Se ha dado cuenta de que no te quiere lo suficiente... Desea volver a Canadá y seguir con su vida sin tener que preocuparse por ti... No te quiere. No te quiere. Era como un eco constante en su mente.

Logró quitarse las Converse y se tapó hasta la cabeza. Quería olvidarse por un rato del mundo y del maldito universo que jugaba con el destino de las personas como si fueran marionetas.

Ya por la tarde se dejó arrastrar por Sara hasta el salón para ver una película. La única condición que puso fue que hubiese tiros y sangre, no creía que pudiera soportar sin derrumbarse nada romántico, ni que tuviese que ver con sentimientos.

Su móvil vibró sobre la mesa. Tragó un nudo de nervios al ver el nombre en la pantalla. Alex. Sostuvo el teléfono en su mano unos segundos antes de deslizar el dedo y leer lo que había escrito. Quería verla.

Un sudor frío la recorrió. Había llegado el momento de la verdad y tenía que afrontarlo. Al menos, finalmente, le iba a echar valor y decírselo a la cara. La furia se fue abriendo paso entre la confusión y la pena y decidió aferrarse a ella. Alex no iba a ser el único que iba a hablar, ella también tenía unas cuantas cosas que decirle. Si pensaba que podía salir airoso con unas cuantas frases trilladas después de los últimos días de angustia e incertidumbre, se iba llevar una buena sorpresa.

Ese pensamiento le dio fuerzas y decidió subir a ducharse y arreglarse. Tenía que ponerse algo bonito y disimular las ojeras. No pensaba darle el placer de que viera el daño que le estaba haciendo, prefería mostrarle lo que se iba a perder.

Alex recorrió la sala por última vez. No quería dejarse nada olvidado. Había metido la pata hasta el fondo con Lucía y esperaba que no fuera demasiado tarde. Había sido un capullo egoísta alejándose así de ella, sin

dar ninguna explicación y sin tener en cuenta sus sentimientos. Bueno, eso no era del todo cierto, sabía que la estaba haciendo sufrir, pero no podía evitarlo. Solo necesitaba algo de tiempo para aclararse y poner orden en su cabeza, si no quería descontrolarse y que todo estallara por los aires, apartándola de él para siempre de manera irreparable.

Había sido la peor semana de su vida, la echaba de menos constantemente. Quería pedirle perdón y explicarle que se sentía perdido y asustado, pero que ahora tenía claro que nunca querría separarse de su lado. Que realmente era ella la que le mantenía centrado y que junto a ella se sentía capaz de superar todo lo demás.

Llegó a la playa y comenzó a prepararlo todo. Extendió una suave manta de lana, la rodeó por decenas de pequeñas velas que, de lejos, daban el aspecto de ser estrellas titilando en la oscuridad y en los bordes esparció fragantes pétalos de rosa. Quería que todo fuese perfecto. Comprobó que todo estaba en orden en la cesta de mimbre en la que había colocado la comida y el vino y se dispuso a esperar.

Lucía avanzó con las sandalias en la mano. Sentía sus pies hundirse en la suave arena que aún conservaba algo del calor del día. El cielo estaba cuajado de estrellas y una inmensa luna anaranjada se veía en el horizonte. Era una noche hermosa. Aún estaba furiosa, pero sentía que esa rabia se disipaba a cada paso que daba hacía Alex y la sustituía una inmensa pena. Le dolía el corazón, era increíble como algo figurado, ya que técnicamente el corazón no podía romperse por amor, o desamor en este caso, causaba un dolor totalmente real, físico, que irradiaba desde el pecho en todas direcciones.

Su respiración se quedó atorada cuando vio su silueta al fondo, cerca de la orilla. Un nudo apareció en su garganta y tuvo que detenerse e inspirar y expirar varias veces para calmar los nervios. Se obligó a seguir avanzando.

—Buenas noches, princesa.

El tono de la voz que la saludó la sobresaltó. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Pareces sorprendida —el chico se volvió para mirarla.

—¿David? —Lucía le observaba totalmente confundida—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Le ha ocurrido algo a Alex? —la preocupación tiñó su voz.

El gesto del chico se contrajo en una mueca horrible.

—Alex, Alex. Siempre pensando en él. ¿Cuándo vas a espabilar? Él ya no te quiere y tú aún, aquí, preocupándote como una tonta —su voz estaba cargada de desprecio—. Te creía más inteligente. Esperaba que en algún momento te dieras cuenta de que no merece la pena que sufras por él, que solo eres una más de una larga lista.

Lucía sentía el cuerpo rígido. No sabía qué era lo que ocurría, estaba claro que algo no iba bien. La persona que estaba delante suyo no tenía nada que ver con el David amable que había conocido ese verano. Sus movimientos eran nerviosos y tenía la mirada crispada.

—He tenido mucha paciencia contigo. Te he advertido una y otra vez de que te alejases de él —continuó el chico.

Su voz era suave, pero contenía un matiz que hizo que Lucía se estremeciera. Había sido él quien le había enviado los mensajes y había entrado en su casa.

—Pero ahora que estás aquí creo que podré hacerte ver las cosas con más claridad —se agachó y sacó dos copas de una cubitera apoyada en el suelo, a su lado.

Lucía le miraba horrorizada. Él le tendió una copa.

—Brindemos. Por los comienzos —entrechocó sus copas y dio un sorbo a la dorada bebida—. Delicioso, alguien como tú se merece el mejor champán —exclamó complacido.

Lucía tragó saliva, tenía la boca seca.

—Te lo agradezco mucho. Pero no tolero bien el champán —sujetaba la copa con dedos temblorosos—. La verdad es que no me encuentro muy bien. Creo que lo mejor será que vuelva a casa —dijo con voz suave.

—¡Bebe! —el grito hizo eco en la playa desierta.

Lucía apretó los dientes. Estaba claro que por las buenas no iba a conseguir nada de él. Podría salir corriendo, pero David era más rápido y fuerte y algo le decía que lo único que haría sería empeorar las cosas. Necesitaba ganar algo de tiempo.

Dio un pequeño sorbo de la copa.

—Todo —ordenó él poniendo un dedo en el pie de la copa e inclinándola hasta que no quedó nada en ella—. Buena chica.

Al momento, Lucía comenzó a sentir las piernas vacilantes. Se le nublaba la vista y sentía todos los miembros pesados, una gran sensación de somnolencia se apoderó de ella. Lo último que vio fue el rostro de David sobre el suyo, al sujetarla para que no cayera al suelo.

OceanofPDF.com

18

Alex miró el reloj. Llevaba más de una hora esperando a Lucía. Se pasó las manos por el pelo y suspiró. Ya estaba bien, las cosas no iban a quedar así. No pensaba dejar pasar ni la más mínima posibilidad de arreglar lo que había entre ellos, por lo que si Mahoma no iba a la montaña.... Se levantó decidido y comenzó a recogerlo todo.

En diez minutos estaba en la puerta de La Canela. Pulsó el timbre dos veces, con fuerza. Diego abrió la puerta.

—Quiero hablar con Lucía —espetó sin miramientos.

—No está —repuso Diego con frialdad.

—Déjate de mierdas, Diego. Quiero entrar. Tengo que hablar con ella —empujó la puerta que el otro chico mantenía entreabierta e irrumpió en la casa.

Sara se asomó al oír las voces.

—¿Dónde está? —se dirigió a Sara, echando fuego por los ojos.

—Tranquilízate, Alex. No está. Se fue hace más de una hora. Iba a verte.

—Imposible, no me he movido de allí. Si hubiera ido la habría visto —apretaba los puños nervioso.

—Quizá cambió de idea y no quiso verte. Yo, desde luego, no la culparía por eso —Diego se apoyaba en el respaldo del sillón con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión de pocos amigos.

Alex le lanzó una mirada asesina.

—Parad ya —les reprendió Sara—. A ver, Lucía recibió un mensaje tuyo diciendo que tenías que verla.

Alex asintió.

—No estaba muy contenta con ello, pero estoy segura de que no habría faltado —le echó una mirada cargada de reproche.

—No ha aparecido. He estado más de una hora esperándola en la cala.

—¿Cómo que en la cala? Lucía ha ido al espigón, lo ponía en tu mensaje.

—Es imposible. Yo no la he mandado allí. Debes haber entendido mal.

—No, yo también lo leí —aseguró Diego—. Y era tu número de móvil —continuó.

—Yo no le he enviado ese mensaje —sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón—. Mirad —entró en la ventana del chat del número de Lucía. El mensaje que habían leído Sara y Diego no se parecía en nada al que él había enviado.

Abrió la pantalla de contactos favoritos y pulsó el icono de llamada. Se movía por la habitación con grandes zancadas mientras esperaba que Derrik descolgara. Tenía un mal presentimiento y su amigo se lo confirmó al instante.

Había pasado la tarde en casa de Derrik jugando a la PlayStation, quería estar tranquilo y no pensar en lo que podía ocurrir esa noche. A eso de las seis apareció David. El único momento en el que no tuvo el teléfono a la vista fue cuando bajó a pedirle a Teresa algo de beber. Derrik le acababa de confirmar que David había cogido su móvil. Según su amigo, quería mirar algo de unas playlist de Spotify. Solo podía haber sido él.

No podía saber qué pretendía llevando a Lucía al espigón. Pero estaba preocupado. A la luz de estos nuevos hechos se daba cuenta de que la actitud de David había sido un tanto errática esas últimas semanas, con continuos cambios de humor. Lo había achacado a la situación en su casa, sus padres estaban en medio de un divorcio difícil.

Comprendió de repente que estaba equivocado, todo tenía relación con Lucía. Su carácter había ido empeorando a medida que Lucía y él estaban más unidos. Sin embargo, cuando empezó a tener dudas, David se mostró más amable y solícito.

—Tenemos que encontrarla —un ceño de preocupación oscureció su gesto. Presentía que no podían perder tiempo.

La neblina en su cabeza parecía que comenzaba a disiparse. Notaba aún la laxitud en sus miembros. Intentó moverse, pero no pudo. Entonces se dio cuenta de que algo la mantenía inmóvil. Trató de centrar la vista, los contornos se desdibujaban algo borrosos, pero pudo ver que tenía los pies atados con cuerdas a la estructura de una cama. Los brazos se los habían inmovilizado por encima de la cabeza y supuso que los tendría sujetos de la misma manera. No sabía dónde estaba, no recordaba nada excepto haber ido

a la playa a encontrarse con Alex. Ni siquiera podía intuir qué hora era, ya que la habitación estaba en penumbra, tan solo iluminada por la luz de varias velas.

Se esforzó por recordar o encontrar una posible explicación, pero fue inútil. Era como si tuviera la cabeza rellena de algodón. Escuchó unos pasos acercarse y el pánico la recorrió de pies a cabeza. Cuando vio aparecer a David casi lloró de alivio. Seguro que todo tenía una explicación.

—Veo que estás despierta. ¿Cómo te encuentras? —caminó hasta sentarse a su lado en la cama.

Lucía intentó hablar, pero tenía la garganta seca.

—Espera —el chico le acercó un vaso de agua a los labios para que pudiese beber.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —su voz sonó áspera y baja.

—¿No lo recuerdas? Eres mi invitada.

—Me duelen los brazos —Lucía aún estaba desorientada y no lograba ordenar las ideas en su cabeza.

—Lo siento, pero no puedo desatarte —se disculpó colocándole un mechón de cabello detrás de la oreja—. Además, así estás preciosa —le acarició el óvalo de la cara.

Los recuerdos iban apareciendo a medida que desaparecían los efectos de la droga.

—Tú me has traído aquí —le acusó aturdida.

Él hizo caso omiso de sus palabras.

—He preparado una velada especial para los dos —empezó a moverse por la estancia encendiendo más velas—. Tenemos que conocernos mejor. Compartir algo más profundo. Así te darás cuenta de que somos almas gemelas.

El tono de su voz hizo que a Lucía se le erizase la piel. Empezaba a darse cuenta de que algo estaba muy mal en David. El miedo la dominó. Comenzó a forcejear con sus ataduras intentando soltarlas. Al notarlo, el chico chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Shh... No te resistas, lo único que vas a conseguir es hacerte daño —se inclinó hacia ella y le pasó la mano suavemente por el pelo.

—Por favor, David, suéltame —rogó—. No tienes por qué hacer esto. Podemos hablar... —un sollozo se escapó de su garganta.

—No tienes que tener miedo —abrió un cajón de la mesilla de noche y sacó una pañuelo negro de seda. Se inclinó sobre ella.

Lucía, aterrorizada, comprendió que pretendía vendarle los ojos. Se agitó bruscamente moviendo la cabeza para evitarlo.

—No, no... —chilló.

David la agarró fuertemente del pelo, inmovilizándola.

—Solo quiero ser amable contigo, pero me lo estás poniendo muy difícil, amor. Ahora vas a ser una chica obediente y vas a estarte quietecita y en silencio mientras te preparo —intensificó su agarre haciendo que se le saltasen las lágrimas.

Lucía asintió.

Él la soltó y terminó de vendarle los ojos.

—Ves, mucho mejor —dijo con una sonrisa y la besó brevemente en los labios.

Lucía, al sentir su roce, quiso gritar, pero se contuvo. Las pocas fuerzas que tenía la estaban abandonando ante la desesperación.

Notó cómo le desabrochaba la camisa, botón a botón y tuvo que reprimir una nausea.

—Preciosa... —se deleitó dejando resbalar la palma de la mano desde la base de su cuello hasta el ombligo.

Lucía se encogió por el contacto.

—No, por favor, no lo hagas —suplicó entre sollozos.

—Estamos predestinados. Una vez que nos unamos siendo solo uno ya no habrá nada que pueda separarnos —susurró junto a su oído.

Lucía notó que se levantaba de la cama y escuchó cómo sus pasos se dirigían fuera de la habitación. Sollozó incontinentemente mientras las lágrimas mojaban la seda que cubría sus ojos. Estaba sola y aterrorizada, nadie iba a ayudarla. Una imagen fugaz de Alex abrazándola la reconfortó durante unos instantes, pero desapareció y la desesperanza ocupó todo el espacio en su mente. Se dejó ir y permitió que el entumecimiento se extendiese por su cuerpo y su mente.

El terror helado que le recorría el cuerpo hacía que no notase cómo le golpeaba el aire frío de la noche. La Suzuki volaba por la estrecha carretera llena de curvas. Habían podido localizar el móvil de Lucía por su señal GPS gracias a una aplicación que Sara y ella habían instalado tras el incidente de la playa. Sara lo había pasado tan mal aquella noche mientras la buscaban y no lograban dar con ella que la había obligado a descargarla y mantenerla activada. Solo rezaba porque tuviese el móvil con ella.

Se desvió de la carretera por un camino de tierra. Llegó a una cerca metálica. Un cartel indicaba: Propiedad privada. Se bajó de la moto y de un salto pasó la ancha verja que cerraba el camino. Al fondo, podía distinguir las luces de una casa de campo. Recordó que David les había contado una vez que de pequeño pasaba algunos fines de semana en una propiedad que tenían sus abuelos. Una finca en medio del campo. Saber que podía estar en el sitio correcto le acicateó.

Cauteloso corrió agazapado hacia la casa. Se asomó con cuidado a una de las ventanas iluminadas. Vio un salón con una enorme chimenea de piedra. Estaba amueblado con piezas de madera, de estilo rústico. Y estaba desierto. Rodeó la casa hasta la siguiente ventana en la que había luz. Allí estaba David. Silbaba contento. En la mano derecha tenía un CD de música. Sacó un cuchillo de un cajón.

La imagen hizo que la adrenalina se disparase por su cuerpo. Lucía estaba en alguna parte de aquella casa. Sintió el sabor metálico del miedo en la boca. Dependía de él, no podía perderla.

Despacio volvió a la ventana del salón. Había notado que no estaba bien cerrada. La corrió intentando que no hiciese ruido. Se introdujo por el vano hasta que sus pies tocaron el suelo. No sabía exactamente dónde tenía a Lucía. Pensó en sus posibilidades. Él era más alto y mucho más fuerte que David por lo que, si jugaba con el elemento sorpresa, podría reducirle antes de que el otro tuviese tiempo de reaccionar.

Se deslizó pegado a la pared del pasillo que separaba las dos estancias. Echó un vistazo rápido a la cocina. David seguía allí, estaba preparando algo en una bandeja. Avanzó lentamente. Estaba a menos de un metro de él cuando el crujido de una baldosa le delató. Inmediatamente su presa se dio la vuelta.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —sus ojos brillaban febriles cuando le miró—. ¿Con quién has venido? ¿Has llamado a la policía?

—No, he venido solo. Solo quiero saber dónde está Lucía y que está bien —contestó con voz calmada. Por nada del mundo quería alterarle más de lo que ya estaba.

La tensión en los hombros de David pareció relajarse un poco.

—Qué tierno. Casi me conmueve —acarició lentamente el filo del cuchillo que descansaba en su mano—. ¿Sabes? Tú eres el culpable de que ella esté aquí. Si solo te hubieras apartado... No eres bueno para ella, no la mereces —alzó el cuchillo señalándolo con él.

—Si no le has hecho daño aún podemos arreglar las cosas. Te juro que me mantendré alejado de ella, que no interferiré, pero tienes que soltarla —dio un par de pequeños pasos en un intento de acercarse más.

—Quédate dónde estás —advirtió David con voz dura—. Pensándolo bien, esto solo mejora las cosas —sus comisuras se elevaron en una sonrisa ladeada—. Vas a contemplar cómo la hago mía. Quiero verte sufrir. Siempre tan arrogante, tan pagado de ti mismo. Creyendo que puedes tomar lo que te venga en gana. Vas a padecer y después Lucía podrá decirte adiós y romper los lazos que aún la unen a ti porque no va a volver a verte. Nadie vuelve de donde te voy a enviar. Vamos —le hizo avanzar por el pasillo—. Es el momento de que os despidáis.

Alex intentaba mantener la calma. Disimuladamente se secó el sudor de las manos en el pantalón. Tenía que encontrar una oportunidad para desarmarlo.

—Piénsalo bien. Todo esto no es necesario —le habló con la esperanza de distraerle.

—No solo es necesario sino que voy a disfrutar cada momento.

El pasillo estaba ligeramente en penumbra. En su avance Alex divisó lo que parecía un jarrón de cristal en una repisa a su derecha. Sin perder un instante, lo atrapó en un rápido movimiento y se giró para golpear a su captor. El tiempo se ralentizó y fue como si todo ocurriera a cámara lenta. Alex alzó el brazo y estrelló el pesado cristal contra la cabeza de David, quien a su vez hundió el cuchillo en su espalda.

La violencia del movimiento y el latigazo de dolor que le cruzó la espalda le desestabilizaron y cayó al suelo. David se tambaleó por el golpe. Se presionaba la palma contra un lado del rostro por el que resbalaba la sangre, pero seguía en pie.

Alex sintió cómo David apoyaba el peso de su cuerpo sobre él, hundiéndole una rodilla en los riñones y cómo le aferraba del pelo dejando su cuello al descubierto. Podía ver el destello del metal por el rabillo del ojo.

Le pareció oír pasos a su alrededor.

—Suelta el cuchillo —una voz autoritaria había pronunciado la orden.

Expectante, sentía el tronar de la sangre en sus oídos y el latido del corazón en su garganta.

—Baja el arma —repitió la voz.

Tras unos instantes notó cómo el otro aflojaba el agarre sobre él y oyó el tintineo metálico del cuchillo al caer.

Un agente de la Guardia Civil se abalanzó sobre David y procedió a inmovilizarle contra el suelo.

Alex se volvió e intentó incorporarse. Sentía una quemazón en el costado y una mancha de sangre se extendía lentamente por su camiseta.

El guardia civil le puso una mano en el hombro conteniéndole.

—No deberías moverte —le tendió algo para que presionara la herida—. Una ambulancia viene de camino.

—Pero Lucía..., tengo que encontrarla.

—No te preocupes, mi compañero está inspeccionando la casa. Pronto dará con ella.

Sara, Diego y Derrik irrumpieron en el pasillo. Derrik fue el primero en verle.

—¿Estás bien, hermano? —se arrodilló junto a él.

Hizo un pequeño asentimiento con la cabeza. Ahora que el pico de adrenalina iba bajando se notaba desfallecer, pero no podía relajarse hasta saber que Lucía estaba sana y salva.

—¡Por Dios! Estás sangrando —Sara se llevó las manos a la boca con gesto desencajado.

—Es poca cosa —explicó intentando quitarle importancia.

Y la vio. El alivio que sintió al contemplarla allí, a tan solo unos pocos pasos de distancia de él, le cortó la respiración. Parecía tan pequeña e indefensa bajo el abrigo verde de la Guardia Civil. Las manchas negras de rímel que surcaban sus mejillas destacaban más su palidez.

Y entonces sus miradas se cruzaron. Por un momento no hubo reacción alguna en su rostro, luego un pequeño parpadeo de reconocimiento en sus ojos verdes seguido por una mueca de incredulidad, como si no fuese posible que él estuviese allí. Y al final, la comprensión, la mancha de sangre que la mano apenas cubría y la expresión horrorizada en el rostro de Lucía al verla.

Con un gemido ahogado corrió junto a él, apretándose contra su cuerpo y hundiendo la cara en su cuello mientras sollozaba descontroladamente. Alex la rodeó con el brazo que tenía libre y la estrechó con fuerza contra sí. Estaba con él y estaba bien. Tuvo que repetírselo varias veces para convencerse. Cerró los ojos y se apoyó sintiendo los suaves rizos contra la piel de su cara. Suspiró y dio gracias al cielo.

Poco después del amanecer conseguían llegar a La Canela. La noche había sido larga. Lo primero fue llevar a Alex y Lucía al hospital. Alex fue el primero en recibir el alta. Por suerte la cuchillada no había sido muy profunda y no tocó ninguna zona crítica. Le dejaron marcharse con unas cuantas grapas y un apósito que las cubría. Horas después Lucía entraba en la sala de espera, de la que no se había movido ninguno de sus amigos. También estaba sentado junto a ellos el padre de Sara que la aprisionó en sus brazos nada más verla. Le habían hecho pruebas y la visitó un médico de psiquiatría para informarla de las secuelas a nivel psicológico que se podían dar tras haber vivido tal horror. Finalmente, tras asegurarse de que los dos se sentían con fuerzas, Diego les había llevado a prestar declaración al cuartel de la Guardia Civil.

Ahora sentados en la calma de la casa de Diego y Lucía meditaban sobre lo ocurrido.

—Aún no me lo puedo creer —Derrick estaba consternado—. Cómo no he podido darme cuenta. Nos conocemos desde hace una vida —se mesó el cabello.

—No te culpes, tío. No podías saberlo —Diego le dio una palmada de ánimo en la espalda.

—Según sus padres, aún le estaban haciendo pruebas para confirmar el diagnóstico. Pero por lo que ha pasado debía hacer tiempo que había desarrollado la enfermedad. Un brote tan agudo no se da en los primeros estadios de la esquizofrenia —explicó Sara.

Habían visto a los padres de David en la comisaria. Estaban destrozados. Ellos mismos les habían informado de la enfermedad que padecía su hijo.

—Espero que le puedan ayudar —dijo Lucía con lástima. A pesar de lo que le había hecho, no podía evitar compadecerse de él y del futuro que le esperaba, con suerte, interno en un centro psiquiátrico.

Ninguno añadió nada, la misma idea estaba en la cabeza de todos.

—Bueno, yo me voy —Derrick se puso en pie y pasó las manos por las perneras de sus pantalones estirando las arrugas—. Intentad descansar, la noche ha sido larga —besó a Lucía y a Sara e intercambió apretones de manos con los chicos.

—Nosotros deberíamos dormir algo —Diego se levantó y tendió la mano a Sara—. Vamos, preciosa.

La chica se dejó arrastrar camino de las escaleras.

—Papá y mamá llegaron en unas horas —le recordó a su hermana según salía. Les había llamado mientras esperaban en el hospital.

El silencio pesaba sobre ellos como una losa. Estaban solos en el salón. Alex desde el extremo del sofá observaba a Lucía.

—Creo que deberíamos hablar —su expresión era tranquila a pesar de todo lo sufrido unas horas antes.

—No sé si es buen momento, aún tengo la cabeza bastante confusa —la voz de Lucía sonó exhausta.

—No quiero alargar más el momento de hablar contigo. Yo no estoy confuso.

—Habla entonces —encogió las piernas bajo su cuerpo acomodándose.

Alex exhaló y pasó las manos por sus muslos varias veces intentando centrarse.

—Quiero que estemos juntos. No quiero perder lo que tenemos —soltó a bocajarro.

Lucía no dijo nada.

—Siento todo lo que pasó y lo que te he hecho sufrir. Pero créeme, esta noche mi intención era arreglarlo —se movió con cuidado, por las grapas, y se deslizó por el asiento acortando la distancia que les separaba. La tomó de las manos—. Lo que siento por ti es tan fuerte que me asustaba pensar que no tenía el control. Pero cuando hoy he descubierto que estabas en problemas y que quizá no podría ayudarte o no llegaría a tiempo y creí que te perdería para siempre, en ese momento, he sabido lo que es estar de verdad descontrolado y aterrorizado. Y ni eso, ni cómo me sentía cuando murió Adriana tiene nada que ver con lo que siento cuando estoy contigo —sostuvo su mirada—. Te quiero, más de lo que nunca he querido a nadie —sostuvo su mirada unos segundos—. Di algo, por favor.

Lucía cerró los ojos y negó con la cabeza. Intentaba retener el torrente de lágrimas que se agolpaban tras sus párpados.

—No pienso volver a dejar que te apartes de mi lado —las lágrimas empezaron a caer libremente mojando su rostro— Te quiero tanto...

La expresión atormentada que hasta hace un momento reflejaba la cara de Alex desapareció cuando asaltó su boca. Se besaron con dureza, sin contenerse, volcando en ese beso todos los sentimientos dulces y amargos de la última semana. Lucía se separó para coger aliento, pero Alex colocó una mano en su nuca volviendo a atraerla a sus labios. Finalmente mordisqueó suavemente su boca y se apartó.

Él se recostó y Lucía se apoyó sobre su pecho, con cuidado de no hacerle daño en la herida. Escuchó los firmes latidos de su corazón mientras él acariciaba su cuello con ternura y ambos fueron muy conscientes de que esa noche se podían haber perdido el uno al otro.

—Gracias por venir a buscarme —dijo Lucía contra su piel.

—Créeme, ni la fuerza mayor del universo me hubiera impedido hacerlo.

Se abrazaron más fuerte y dejaron que el calor de sus cuerpos alejara ese pensamiento de sus mentes.

Era el momento de arriesgar y confiar el uno en el otro, esa había sido su elección. El destino había querido esa noche que tuviesen un final feliz y eso no se lo pensaban discutir.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

—Vamos, dormilona —la voz profunda de Alex sonó en su oído.

Lucía se dio la vuelta en el sofá y se arrebujó más en la manta.

—Son más de las cinco...

Lucía suspiró.

—Está bien, ya me levanto.

Alex tiró de sus tobillos y se sentó junto a ella dejando caer las piernas de Lucía sobre su regazo.

—Me ha dicho tu madre que no has dormido bien —su expresión era de preocupación.

—He tenido pesadillas otra vez.

Hacía dos semanas que estaba de vuelta en Madrid y aunque sus padres habían buscado un terapeuta y tomaba algo de medicación suave todavía tenía pesadillas algunas noches.

Su hermano y Sara entraron cogidos de la mano. Sara acababa de instalarse en un colegio mayor. Al finalizar el curso pasado había pedido el traslado a la Universidad Complutense, por lo que ese año estudiaría en Madrid. La fortuna había jugado a su favor ya que, aunque cuando lo solicitó era simplemente por cuestiones académicas, la cuestión era que le permitiría estar cerca de Diego.

Sus ojos se posaron en Alex. En un par de horas le acompañaría al aeropuerto, volvía a la universidad.

—No sabes cuánto siento no poder quedarme —al notar su expresión triste colocó la mano en su cara.

Lucía se dejó caer contra ella para poder sentir su calor.

—Yo también, pero tiene que ser así. Ya lo hemos hablado.

El curso universitario estaba a punto de comenzar en Canadá, ya no quedaba tiempo para hacer un traslado de expediente y todo el papeleo que eso conllevaba al venir de una universidad extranjera. También estaba el hecho de que puede que a los padres de Alex no les pareciese bien ese cambio tan repentino, y menos por el hecho de que lo motivaba una chica

con la que apenas acababa de comenzar una relación. Era todo demasiado precipitado.

Eran conscientes de que la distancia iba a ser difícil de llevar, pero estaban convencidos de que podrían con ello. Lo que les unía era más fuerte que unos cuantos miles de kilómetros.

—Vamos a estar bien —musitó Alex en su oído, sentándola en su regazo. Lucía asintió y le besó.

El despertador sonó y Lucía saltó de la cama. En un par de horas era la ponencia, así que tenía que prepararse.

Echó un vistazo al último mensaje que había recibido de Alex la noche anterior. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a llorar. Le iba a echar mucho de menos. Despedirse en el aeropuerto les había resultado casi imposible, ninguno quería separarse del otro. Tanto fue así que tuvieron que llamar a Alex por megafonía para embarcar.

También, esa noche, había hablado con Bella por Skype. Ella ya se encontraba en su residencia y se estaba instalando. Había bromeado un rato sobre lo decepcionadas que iban a estar las integrantes del “Club de fans de Alex”, que era como ella llamaba al montón de chicas que esperaban ansiosas el principio de curso pensando que este año tendrían su oportunidad con él. Luego, ya en un tono más serio, le aseguró que Alex no iba a ser tan tonto de hacer nada que estropease lo que tenían, que estaba loco por ella. Eso la hizo sentir algo mejor.

Miró el reloj, llevaba más de media hora perdida en sus pensamientos. Aún tenía que ducharse, vestirse, desayunar y llegar a la universidad. Iba a tener que darse prisa.

Cuando llegó al aula donde se iba a llevar a cabo la exposición sus compañeros ya la esperaban. Eran los siguientes. Tenía cinco minutos para prepararse. Cerró los ojos unos segundos para concentrarse y dio un repaso rápido al esquema. Era su turno. Inspiró con fuerza y con paso decidido siguió a sus compañeros dentro del aula.

Vio a su hermano y Sara nada más salir.

—¿Qué? —preguntó Sara nerviosa.

Lucía esbozó una amplia sonrisa.

—Lo sabía —gritó su amiga.

—Si es que mi hermanita es una empollona —bromeó Diego abrazándola con cariño.

Sus dos compañeros se acercaron a despedirse. Se verían en unas semanas al inicio del cuatrimestre.

—Bueno, vamos a celebrarlo —sugirió Sara

—Dadme diez minutos. Quedé en llamar a Alex nada más acabar para contarle qué tal me ha ido.

—Bien, entonces te esperamos abajo y vamos pensando dónde ir — Diego la besó en la mejilla y enfilaron el pasillo dirección a las escaleras.

Buscó el teléfono en la bandolera que llevaba y pulsó el icono de llamada al lado del nombre de Alex. Descolgó justo después del primer tono.

—Hola, princesa.

La cadencia de su voz sexy al otro lado de la línea resucitó el sentimiento de anhelo que había conseguido mantener a raya durante las últimas horas.

—¿Me estabas esperando? No has dejado sonar ni el segundo tono —aventuró burlona procurando no dejarle ver cuánto lo extrañaba. No servía de nada recrearse en el sentimiento.

—Por supuesto, acaso lo dudabas.

—Pensaba que tendrías cosas mejores que hacer que estar pegado al teléfono esperando la llamada de tu lejana novia.

—Nunca hay nada más importante para mí que tú. Veo que alguien quiere que le regalen los oídos —apuntó con ironía.

—Bueno, no me vendría mal que me recuerdes lo maravillosa que soy y lo mucho que me quieres, no sea que se te vaya a olvidar.

La risa suave de Alex la acarició haciéndole suspirar.

—Crees que podría olvidarme de lo preciosa que eres, de tus maravillosos ojos verdes en los que siempre me quiero perder, de tus tentadores labios, de la sensación de tu cuerpo junto al mío, de tu piel

suave. O de tu risa, de tu voz o tus caricias; estoy loco por ti y eso no es algo que se pueda olvidar.

La voz de Alex ya no le llegaba a través del teléfono sino que le susurraba al oído. Lucía se dio la vuelta muy despacio, casi como si temiese que fuese un sueño y que al volverse el sueño se esfumaría. Pero no, era real, él estaba allí, con el teléfono aún sujeto en la mano, mirándola con tal intensidad que el calor que desprendía su mirada podría deshacer el hielo.

—Nunca podría olvidarte, princesa. Ni tampoco estar apartado de ti —colocó las manos a ambos lados de su cintura y la atrajo hacia él.

Lucía tembló en sus manos. La emoción la sacudía con oleadas de sentimientos tan potentes que no la dejaban hablar.

—Así que, si te parece bien —continuó Alex—, a partir de ahora me tendrás que aguantar todos los días, porque tras convencer a mi padre de que utilizase sus contactos y moviese algunos hilos, me voy a quedar en Madrid y no pienso apartarme de tu lado ni un solo momento.

—¡Oh, Alex! —lágrimas de felicidad resbalaban desde sus ojos. Se abrazó fuertemente a él.

—No hay nada que no hiciera por estar contigo. Y nada que no te diera, incluso el cielo y las estrellas.

—Mira que te has vuelto cursi —rio entre lágrimas.

—Cursi y enamorado... Guárdame el secreto o será el fin de mi reputación —bromeó contra la piel de su cuello. Luego, alzó su rostro y la besó con todo el amor que contenía su corazón. No sabía qué les tendría el destino preparado, pero no tenía ninguna duda de que lo descubrirían juntos.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
EPÍLOGO